

DELICIAS VERANIEGAS

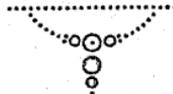


R. 41.766

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN, PBRO.



# Delicias veraniegas



SEVILLA

IMP. Y LIB. SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43-47



---

Es propiedad. Queda hecho el  
depósito del número de ejempla-  
res que marca la Ley.

---

## “ALEA JACTA EST”

¡Que me decido! ¡Que no lo pienso más! Esto de permanecer años y años, ensotado en Sevilla, sin ver más tierras, que las de aquende Utrera por un lado y de Lora del Río para acá, por otro, con Dios me acuesto, con Dios me levanto, todos los días lo mismo, sobre ser una nota de incultura y de adocenamiento humillantísima, es hasta pernicioso para un escritor, que medio se estime en algo. Los viajes ilustran mucho. El conversar con gentes de otras tierras ensancha los horizontes, así del léxico como de las costumbres, y ya ven si esto es de monta para quien ha profesado en la orden de costumbrista.

No diré «Dios lo quiere», como decían los Cruzados al poner el pie en el estribo, para echar a andar, camino de la Tierra Santa. Pero lo quiere el arte en cuyo altar

oficio, y en el servicio del arte, tomo perro, caballo y lanza, y me voy por esos mundos de Dios: o, mejor que por esos mundos de Dios, por esas tierras de España, pues fuera contrasentido, desconociendo la casa propia, pretender estudiar la del vecino de junto, mucho más, siendo la nuestra archivo de sabiduría y museo de todo arte, y, como tal, inagotable venero de inspiración artística.

Así, pues, un viajecito por España, con que ilustrarnos un poco y entretener durante las modorras veraniegas a mis queridos amigos, paréceme convenientísimo, lo mismo para ellos que para mí. Y con tal propósito, me pongo a hacer la maleta, y Dios sobre todo.

Una cosa que me encocora lo que no es decible y que no sé cómo decir, que no resulte inmodestia: la... poca ciertamente, e inmerecida desde luego; pero celebridad a la postre, de que han rodeado a uno los lectores, y que pueda parecer a los ojos de los malevolentes que sale uno de su casa a cosechar laureles y recoger aplausos.

Tan está esto fuera de mi programa, que

pienso parapetarme tras el más infranqueable de los anónimos y tras el más riguroso de los incógnitos, posibles a un escritor. En ninguna parte se sabrá que «voy sino que ya he estado»; redimiendo de esta suerte a mis amigos de la obligación social de agasajarme y hacerme la corte; permaneciendo en los puntos que visite el tiempo que mis estudios hayan menester, y usando de esa santa libertad con que las aves de paso tienden el vuelo a otros climas, cuando el natural instinto les dice: —¡ya!—

Hasta por sedes episcopales, en que se asientan Prelados, que con su amistad me distinguen, pienso pasar sin siquiera a ellos dar la cara. Para celebrar el Santo Sacrificio me entenderé con los señores Curas Párrocos, en cuya feligresía esté el hotel en que me hospede y a quienes en caso extremo—e si non, non—mostraré mis letras transitoriales.

Y ya todo el día por mío, para andar a mi placer por plazuelas olvidadas y callejas en desuso: huyendo como del pecado de toda europeización y de todo modernismo, de todo ensanche y de toda Gran

via... de todo, en fin, lo que en nuestras viejas ciudades me causa la impresión de una dentadura de adolescente en el rostro de un viejo, o de una abundante peluca rubia, o negra como la endrina, sobre la arrugada frente de una anciana.

Mi puntería va a las portaladas de vetustos palacios solariegos y a los ábsides de las añosas catedrales... a los acueductos y a las murallas de los mesones y a los mercados; a los soportales de las plazas y a los vestíbulos de los conventos... a los deterioros causados por los siglos y la pátina por el olvido y por la incuria. Un viaje por «España española», que me emborrache de historia y de leyendas, de belleza y de arte, o lo que viene a ser igual: de religión y de patria.

Para ver una calle recta, tirada a cordel, con edificios simétricos, sombreada por dos filas de árboles y solada de asfalto, con cafés y casinos, puntos de coches y paradas de tranvías, no hay que asaltar muchos trenes ni andar muchas tierras: basta con asomarse a cualquier población, de tercero o cuarto orden, y preguntar por la calle Isaac Peral, o Cánovas del Castillo.

Y esto, «género próximo» de todas las ciudades, donde haya habido un alcalde medío qué, con la puntería puesta en un título de Castilla—una gran cruz es poco—no es la «última diferencia» de ninguna. Y lo que yo quiero ver y estudiar y traerme en la retina de la memoria es lo típico y privativo de cada una de las ciudades que visite: por lo que Salamanca es Salamanca y no Córdoba, y Cádiz no es Palencia, sino Cádiz, aquello que es el alma de cada una, porque es su fisonomía, el compendio de su historia, porque es su natural desenvolvimiento, a través de los siglos: eso que hacía antiguamente en las fachadas de las casas la necesidad y que luego no acierta con tino el arte del arquitecto:—una ventana aquí, y acullá un ventanillo, sin que hubiera otra razón para este bello artístico desorden, que el que la ventana tenía que ser ventana y grande porque tenía que dar luz a la espaciosa cuadra, y el ventanillo tenía que ser ventanillo porque no permitía mayor altura el entresuelo de la cochera.

No como ahora que primero se dibujan los huecos con simetría, y después se distribu-

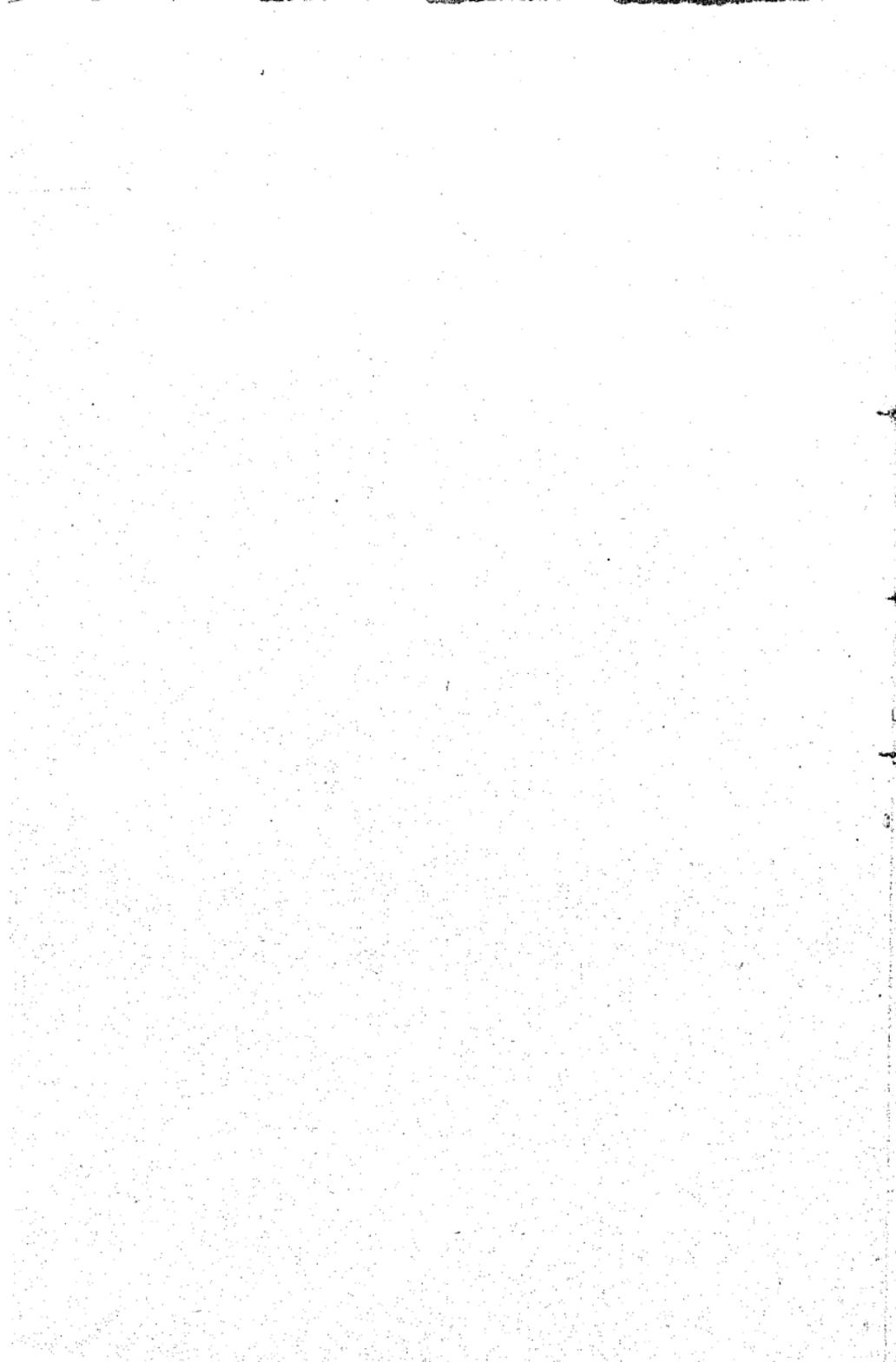
yen las habitaciones como éstos permiten: resultando, porque así tiene que ser, casas incómodas, y huecos muchas veces condenados, en trueque de fachadas vulgares y anodinas por lo simétricas, como esas tiras bordadas que venden los quinquilleros.

Pues sí: la España que busco es la de calles pinas, en que crece la yerba, y la de plazas soleadas, en que gime el surtidor de la señoril fontana en cuyo desahogado mar abreven los borricos del aguador, o en derredor de la cual comadorean las maritornes del barrio... la barreduela en que saltan y brincan los chiquillos... el retablo de la esquina cuya lámpara alimentan las viejas de la calle... el lavadero del río, con las mujeres metidas en el agua hasta la cintura... el tenducho primitivo... la indumentaria regional... todo eso que el turista de buen gusto dibuja con unos trazos en su cartera de apuntes, o de que toma nota el observador en su libro de impresiones, por temor de que se le vaya.

En busca, pues, de esos rincones, netamente españoles, o de esos chispazos de vida nacional, es por lo que me dispongo a

salir de esta Sevilla de mi alma, soñando con la hora de volver a su seno; donde, a vuelta de cuatro sofocos caniculares, también se pasa el verano muy guapamente, con un ventilador y una mecedora de rejilla, un agraz de la calle de las Sierpes, o una cerveza fresca; un libro entretenido que leer y un público con quien hablar, por medio de a telegrafía sin hilos.





## PREPARATIVOS

Me he llevado pensándolo toda la noche.  
¿Hay nada más molesto que un vagón, así sea de primera y en un «exprés»?

Tiene usted que encajonarse en una butaca, tapizada de paño o de terciopelo, que se caldea. Que adoptar una postura de visita de cumplido. Que abstenerse de fumar, o que pedir permiso para ello, sobre todo si viaja con señoras. Que ceder a todo el mundo lo mejor, so pena de que lo tengan por descortés y desconsiderado, y que soportar, en fin, la verbosidad de unos o el olímpico desdén de los que, desde que sacan el billete de viaje, se creen súbditos de Su Majestad Británica, aunque luego resulte que son de Bormujos, ¡que ser, en una palabra, todo para todos, sin el divino ideal de lucrarlos a todos para Cristo! No comprendo el deleite de viajar en

tren: siquiera háyalos tan aficionados al deporte, que lo hacen, a las veces, sin otro fin, que consumir los kilómetros del billete antes que éste caduque... ¡Viví pa vé!

En cambio, mi ideal en los viajes sería no tener que acoplarme en la jaula de un vagón; no tener que aburrirme horas y horas, mirando por la ventanilla, contando los palos del telégrafo; no tener que entendérmelas con mozos de estación ni con cocheros de punto, ni despertar la curiosidad de los conhuéspedes—esa mirada interrogativa y recelosa con que los que llegaron en el tren anterior escudriñan al novato, que, rodeado de portamantas y maletas, hace su epifanía en el vestíbulo del hotel... La casa, que por lo mismo que es de todos, no es de ninguno: ese hogar, donde todos nos sirven, y nadie nos quiere; ese mercado donde todo se compra... ese casillero, en fin, donde nuestra personalidad histórica queda reducida a un simple guarismo, por donde uno no es más que el 23 o el 47: cualquier número menos el 100, porque ese está recotado, usted allá para qué!...

Y como quiera que, si ha de ver usted

tierras distintas y ha de estudiar costumbres diversas; si ha de atracarse usted de belleza y de arte y de tradición y de lo de más allá, tiene usted que tirarse al coletto, y esto necesariamente, todos estos tragos, he aquí que quizás, cuanto más y mucho, deje el viaje para otro año; pues todavía no he visto yo la regla de tres, por la que tenga yo que salir de la frescura de mi patio y de mi cama sin chinches; de mi mesa, aunque sin complicaciones ni tiquismiquis, abundante, sazónada y limpia; de mis ratos de parloteo con mis amigos íntimos y de mi retozo espiritual, diableando con la pluma.

Crean que se me pone por delante lo del español, que estando bueno, quiso estar mejor, y hasta se me ha ocurrido la idea de, en lugar de un viaje por España, como el que tengo en proyecto, emprenderla con un viaje por Sevilla.

¿Querrán creer que hasta el título tengo? ¿Que no? Pues mírenlo ahí: «Rincones sevillanos».

¡Menudo libro el que se pudiera hacer con el Convento de Santa Clara y el Palacio de las Dueñas; la Casa de Pilatos y el Monas-

terio de San Clemente; el Compás de Santa Paula y la iglesia de la Caridad... el Callejón de Santa Marta, las torres de San Marcos, el Oro y don Fadrique... los jardines del Alcázar... los Hércules de la Alamedal...

Con la «Sevilla monumental y artística» de don José Gestoso sobre la mesa, para documentarme, un ratito de conversación en el libratorio con las monjas, o en su despacho con los administradores respectivos de esos palacios y... ¿por qué no decirlo? con mis no del todo escasos conocimientos en la historia del arte de por aquí, pudiera hacerse un libro de rechupete, que hasta podía dedicarse al Ayuntamiento y ser parte y motivo el día de mañana en que uno muriera, para que le dedicaran una calle..... ¡Poco que aliviaría esto las penas del Purgatorio!

Pero no: al buey por el asta y al hombre por la palabra. Me he comprometido a un viaje por España, y así lluevan peregrinos de acero lo hago y lo retehago.

Otra cosa, que también me encocora: el tener que retratarme para el kilométrico. Parece que eso no es nada, y, sin embargo,

es mucho para mí. No hay nada que me fastidie, como que me enfoque el objetivo de una máquina fotográfica.

Cuando en las procesiones en que asisto, o en los contados actos públicos a que concurre, veo ese enjambre de profesionales y aficionados, máquina en ristre, apuntar y disparar, no es que les desee la muerte, ¿sabe usted?, pero quisiera, a lo menos, que se les descompusiese el chisme.

¿Por qué razón, ni por qué ley, una cosa tan mía, como mi fisonomía—tan remía que no es «fiso» sin «mía»—ha de estar a disposición de todo el que la enfoque, para mandarla al periódico ilustrado y que le digan a uno a lo mejor:—¿se ha visto usted en tal o cual parte?—como si fuera uno reina de los Juegos Florales de tal cabeza de partido, que es donde ya se llevan, o aventajado joven, que ha sacado sobresaliente en los exámenes de fin de curso?

Como hay quien se perece por el retrato publicado, aunque sea en calidad de primo segundo del parricida de Valdepitás, yo detesto que me saquen a relucir con mis pelos y señales. Y moviéndome como un perláti-

co, en cuanto me doy cuenta de la «agresión», es como me las compongo.

Pero en fin: como no hay más remedio que retratarse, pues el que quiere el fin quiere los medios, pasaremos por las horcas caudinas de ponerse delante del fotógrafo.... adoptar las posturas que él indique.... mirar a donde él señale... y cuando esté uno más aburrido y abroncado, parpadear y sonreirse.

He aquí por qué tendré que permanecer aquí unos días, no muchos, pero algunos. No es tampoco puñalada de pícaro ni hay que ahogarse en la bulla, mucho más cuando no tenga que ir a ninguna parte a fecha fija, ni aprovechar la ventaja—que no entiendo—de los trenes baratos.

¿Qué importa que el billete cueste la mitad, si los coches cuestan el doble y los pupilajes el triple o cuádruple? Por donde ir con el señuelo del tren barato, a donde luego todo lo demás está por las nubes; donde el indígena abusa y el forastero ahoga, es lo mismo que comprarse unas botas chicas, porque están baratas, para luego tenerlas que tirar y que comprarse otras a medida, porque las «del negocio» le hicieron los pies agua.

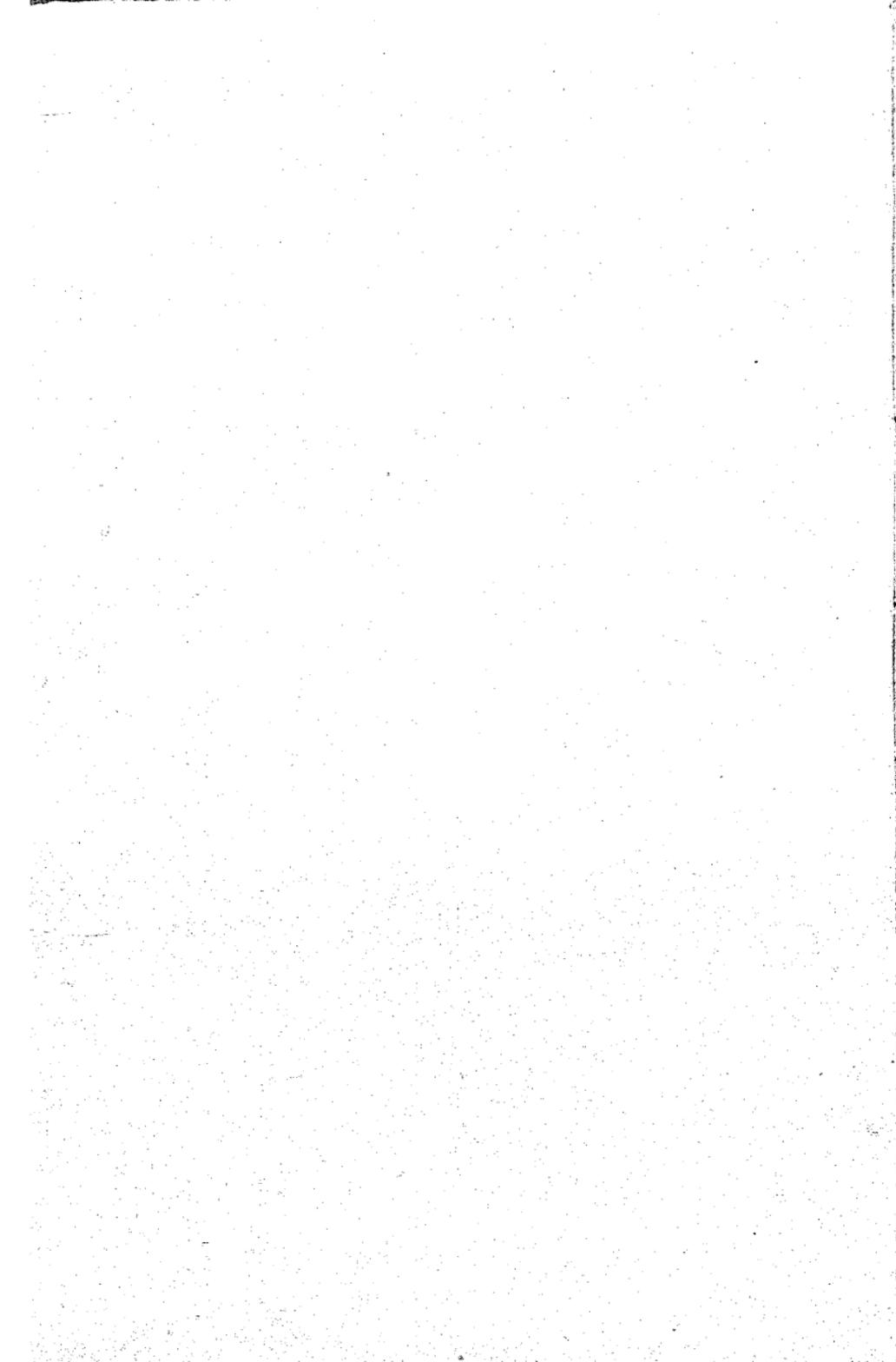
A las ciudades se debe ir en sus tiempos quebrados y en sus días corrientes y molientes. Por la mesa de un día de santo no se saca cómo es costumbre comer en una casa, ni por los perifollos de un día de feria, cómo se viste y calza de ordinario.

Y lo que al viajero le interesa es lo íntimamente privativo del pueblo que visita: sus usos, sus costumbres, su indumentaria, sus modismos de lenguaje, su modo de moverse y de vivir... todo eso que se pierde, en cuanto se visten de nuevo y se ponen finos, para recibir al forastero.

A retratarme, pues, y a esperar el retrato, tarde lo que tarde. A comprar una guía de ferrocarriles, y a proveerme de otras mil cosas que pueda necesitar en un viaje tan largo... A ver, hombre; a ver si logro venir hablando fino, como las mozas de servicio de mi pueblo, que apenas están un mes incardinadas en Sevilla, vuelven diciendo er badú, considensia, Saragosa...

Yo, cen venir diciendo urbe, rúa y pueblerino...





# LA MEZQUITA

## I

Tras unas horas de aburrimiento en el «expres», en un departamento, donde iban a la Corte, para de allí enderezar la proa a playas del Cantábrico, un matrimonio procedente de Jerez con una niña recién vestida de largo... siquiera lo largo no pareciera por ninguna parte; francote el caballero, estirada y ceremoniosa la señora y deliciosamente ingenua la muchacha—no sé por qué me estaba pareciendo el matrimonio Ulloa de mi novela inédita «Oro de ley»—he llegado a muy buena hora de la noche a esta tierra de Osio... y de Lagartijo, donde hago la primera escala de este viaje, que, como verán los lectores, es cosa hecha. He tomado una manola, de las que prestan servicio en la

estación, y he entrado en el paseo del Gran Capitan, en que están los hoteles de más fuste, en uno de los cuales me he instalado. De un hotel simplemente decente a un hotel bueno no suele haber arriba de cinco pesetas de diferencia, y es una falta de sentido práctico ahorrarse treinta duros en un mes de viaje de recreo. Bueno que ande con economías y hasta con miserias si a mano viene el que viaja por imperiosa necesidad y no puede extender los pies más allá de donde le alcanza la manta. Viajar «por delicia» en medio de molestias y privaciones, parécenos el absurdo de los absurdos. ¡O conde o nadal... siquiera nos quedemos muchas veces en «condenadas» como aquellas que, por poner la puntería en un conde, se quedaron a la postre para vestir imágenes.

## II

Por donde Dios me ha dado a entender, o sea, por cuestras y más cuestras, pues no en balde está Córdoba en las estribaciones de Sierra Morena; dejando aquí un case-

rón, de plateresca portalada, y allí un austero convento de monjas, cuyo compás soleado, florido y alegre parece una sonrisa de bienestar en el amojamado rostro de un anacoreta, he divagado más de una hora a mi placer, con el mundo por jaula; y por una puerta, hermana menor, pero hermana, de la que, de no existir ésta, estaría sola en el mundo—la del Perdón, de la Catedral de Sevilla—he entrado en un patio hermano—pero mucho mayor—del patio de los Naranjos de la Basílica hispalense: un patio de naranjos andaluces, con palmeras africanas y cedros bíblicos: un patio, digno margen de la estupenda página de arte musulmán, de la tres veces incomparable Mezquita cordobesa.

Y decimos tres veces incomparable, porque la aljama de Córdoba no se parece a nada, más que a sí misma. Ni el Alcázar sevillano, ni la Alhambra granadina, con ser dos sueños de luz y de color petrificados, son al lado de la Mezquita sino lo que la hembra es el macho; lo que la delicadeza y el primor, a la robustez y a la pujanza; lo que lo nimio, y quebradizo, y fútil, a lo gran-

dioso, y resistente, y atlético... lo que la hembra al macho en toda especie zoológica, o sea: la misma cosa, sólo menos fuerte, menos gallarda, menos majestuosa, menos bella... (perdóneme el bello sexo).

He aquí un punto eternamente a discutir, en el que sólo los ángeles, porque no tienen sexo, pueden ser jueces irrecusables. Para los hombres, lo más bello es la mujer, como para la mujer lo más bello es el hombre; por donde averigüe Vargas de parte de quién está la razón.

Por de pronto, acojámonos nosotros a la frase hecha: «bello sexo»; siquiera la especie humana constituya la excepción de la ley general de la zoología.

### III

El arte abderamánico—el árabe de la Mezquita de Córdoba—es netamente masculino; vigorosamente pujante; salvajemente bello... o enormemente sublime...

Grande, muy grande, cual si quisiera dar idea de la vastedad de los desiertos, la Mezquita está poblada de columnas, como

de palmeras el risueño oasis en que sesteaba la caravana... No dice nada del cielo, pero da la impresión del edén de Mahoma descendido a la tierra.

No importa que el arte cristiano la rompiera un día para «meter dentro de ella», por así decirlo, un crucero de catedral, con una capilla mayor, una cruzía y un coro.

Lo musulmán prevalece sobre lo cristiano, y lo abderamánico sobre lo plateresco, y aquello «permanece» Mezquita moruna, donde espera uno ver atravesar por cualquiera de sus naves, si naves pueden llamarse aquellos interminables intercolumnios, un hijo de la Media Luna, calada la capucha de la chilaba y descalzo el pie, diciendo con el Korán: ¡Aláh es grandel ¡Aláh es grandel. .

Se concibe, al verla mutilada, el reproche del Emperador Carlos V al Obispo don Fray Juan de Toledo, en su viaje a Andalucía con motivo de sus bodas con doña Isabel de Portugal:— «Si yo tuviera noticia de lo que hacíades no lo hiciérades: porque o que queréis labrar hallarás en muchas partes, pero lo que aquí teníades no lo hay en el mundo.—»

.....

Por cierto que se celebraba en una de las capillas un funeral, a cuyas pompas son muy dados los cordobeses. La salmodia del coro, con acompañamiento de melodium y de fagotes, llegaba hasta mí, diluída por la distancia, como lamentos y ayes del otro mundo; y la poesía oriental, llena de imágenes y de desrepositadas hipérboles; de aseveraciones rotundas y de imprecaciones trágicas que constituyen la urdimbre del libro de Job, nunca me ha parecido más dentro de su marco, que en aquel bosque de columnas de granito, chillonamente policromado, como serían los jaiques a rayas y los turbantes a cuadros de los reyes amigos del Patriarca de la Idumea.

Para mí todo lo árabe, más que al Mahoma del siglo VI, me sabe a la Agar y al Ismail de los días del Génesis. Yo no concibo a Abraham con Isaac, ni a Isaac con Esaú y con Jacob; ni a Jacob con los doce patriarcas, sino vestidos y tocados como los todavía llamados «agarenos»: ese pueblo de la circuncisión, que a pesar del repudio, permanece pueblo to-

davía, mientras el de la bendición y de las promesas dejó de ser pueblo en las laderas del Calvario, para no volver a serlo eternamente, y tener que vagar errante, despedazado desde entonces, lo mismo por el mundo que por la historia.

—«Ya no será más suyo el pueblo que le negara»—vaticinó el Profeta. E Israel, que fué ese pueblo, y que aceptó este anatema ante el isótroto de Pilatos—«su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos»—se quedó sin nacionalidad y sin patria, sin altar y sin trono, sin indumentaria y sin arte... en una desolación, ante la que palidece la llorada por el Profeta de los Trenos, y de la que es adecuada idea y expresión estricta el horrendo vaticinio del Hijo del Hombre:—«¡Ni piedra sobre piedra!».

De haber, pues, Israel prevalecido y tener arte, su arte sería «el hebreo» de la Mezquita. Tendría que ver a la hora de la oración de la alarma, en las diez últimas noches del Ramadán cuando ardían dentro de su recinto las siete mil cuatrocientas veinticinco lámparas, según unos, o las diez mil ochocientas

cinco, según otros, convirtiendo sus arcadas y cupulinos en otras tantas constelaciones, en derredor del adorable alqibia.....

#### IV

Tal impresión de grandiosidad y de magnificencia produce la Mezquita, que ya en Córdoba nada satisface: ni su Triunfo de San Rafael, de gracia versallesca; ni su puente sobre el Guadalquivir, de severidad romana; ni siquiera el guardajoyas de su catedral, con tener dentro de sí el portento de arte gótico de la Custodia de Arfe, que no cede la palma,—de lo ojival se entiende —ni a la misma de Toledo.

Todo, pero absolutamente todo cuanto en Córdoba hay, «se lo come la Mezquita». Todo Córdoba a su lado no parece más que el embalaje de esa joya estupenda, sola en el mundo... esa morada suprema, definitiva, que labró la Media Luna para morada de Aláh, y que Fernando III el Santo rescató a punta de lanza, para la gloria de Jesucristo.

¿Que Aláh es grande?

¡Más grande es Jesucristo!

---

# PARADA Y FONDA

## I

La impresión que experimenta el lugareño al llegar por la primera vez a la capital de su provincia, es la que sentimos los provincianos al encontrarnos de sopetón en la «Bábilon magna» de esta villa y corte...

¡Dios qué cosa más grande y más maciza de gente..., y qué aislado, insignificante e imperceptible se encuentra uno en medio de este mar de criaturas y al lado de tantas magnificencias y pompas y esplendores!...

Es el centro geográfico de España esta opulenta villa del oso y del madroño, a ella converge todo y de ella diverge todo, como al corazón y del corazón toda la sangre del sér viviente: desde la literatura a la política.... desde la industria al periodismo.... desde el capital al arte.

En ella se recibe todo, y desde ella se expide todo, con el marchamo de la única legitimidad: desde la credencial del cargo, hasta la ejecutoria nobiliaria... desde el «cartel» del torero, a la consagración del dramaturgo; pues, a la manera que las obras humanas, por edificantes que sean, no son meritorias para la vida eterna, como no se ejecuten dentro de la esfera de la divina gracia, así todo lo que se haga desde provincias no bastará a ungir al literato ni al artista, por genio que éste sea, como no ostente el marchamo de Madrid. Pudiendo hacerse en cualquier parte, hay que venir a Madrid a bautizarse, como me decía mi entrañable amigo el doctor Thebussem... Madrid es, pues, el baptisterio de todas las reputaciones, desde el polígrafo genio y el literato cumbre, a la zafia Maritornes, que, merced a un mantón de Manila, un cuplé sin sentido común y un palmito, adocenado la más de las veces, cristaliza en «estrella» de *varietés*.

De aquí que haya en Madrid tanta gente, o ansiosos del bautismo, aunque sea de sangre, u ostentando los trapitos de cristianar,

cuando ya han sido bautizados. Aquí los que no «van» es porque ya «han llegado»..., siquiera alguno que otro se haya pasado de la raya.

## II

Y esa es la primera impresión que se siente al llegar a este Madrid, aunque sea en pleno verano: la de muchísima gente, lo mismo por las aceras que en los cafés, en los comercios que en las iglesias, en los espectáculos que en los paseos—había que ver cómo estaba anoche ese Rosales—lo mismo en el «caballo de San Francisco», que en vehículos, en simones, landós, tranvías y automóviles, que se cruzan en todas direcciones, sin rozarse siquiera los unos con los otros, con precisión matemática.

Si supiéramos hacer definiciones oratorias, diríamos que Madrid es la gran estación ferroviaria, donde cruzan todos los trenes de toda la Península, donde encuentra hospedaje todo el mundo—claro que según el rango de la posición social de cada huésped—, el gran estadio de la lucha de todas las ambiciones de la Nación,—a Madrid se

viene por todo, el gran salón de espectáculos donde halla su diversión favorita, lo mismo el furibundo *diletanti* de la ópera, que el *virtuoso* del piano de manubrio; el que se perece por una capilla pública de Palacio o por un té en la Embajada, que el que se hace polvo por un *callosdansant* en un merendero de la «Bombi».

Madrid es el gran escaparate donde se exhibe todo: desde la sazónada fruta del cercado de la aldea perdida en lo más abrupto de la serranía, al incitante marisco de la más lejana costa... El mueble suntuoso, el aderezo deslumbrador, la condecoración o el uniforme, lo mismo que las botas usadas o el catre recién vacante por la muerte del tísico... Madrid es su mercado.

El que haya menester, por tanto, comprar alguna cosa, desde la baratija callejera a la antigüedad del museo, o tenga algo que vender, en Madrid se vende todo. ¡Hay aquí mucho dinero!

Como que aquí viene todo el de todas partes: desde la perra chica por el periódico hasta la fabulosa renta de los predios y latifundios del Grande de España... los rendi-

mientos de todas las Empresas... el valor de las acciones de todas las grandes Compañías... ¡En Madrid está la Bolsa, y es la bolsa; por donde entre las definiciones que estamos haciendo, también hay que apuntar ésta: ¡Madrid es el portamonedas de la razal

### III

Esta «universidad nacional»—y pase la frase—que es la nota más saliente de Madrid, lo desprovee a los ojos del visitante lugareño, de todo lo íntimo. No porque aquí no haya vida de hogar, ni lazos y afecciones de familia... sino porque el que llegó ayer de mañana por la línea del Mediodía, para salir mañana por la línea del Norte, cree lo que aquel patán que fué a Sevilla: «que no le «hiba» gustao, porque allí no había na má que forastero».

Y no: quien aquí es forastero es él y los demás que han venido, para irse en cuanto consigan lo que procuran... o los mande a mudar de aires el médico de la Casa de la Moneda... Madrid, si es una fonda para el que en la fonda vive, es hogar, y familia y

amor, para el que vive en su casa y con los suyos.

¿Que a pesar de esta soledad y aislamiento en que nos encontramos los que estamos de paso, esto es muy hermoso? Lo raro sería que no lo fuese, con tantos elementos de belleza natural y tanto conglomerado de bellezas artísticas.

Prescindiendo de su colección de monumentos y de su número incontable de palacios; con sólo su Parque del Oeste, con lontananzas de retrato ecuestre de Velázquez, y su Museo del Prado, Madrid puede reirse de cualquier corte europea. Pues desafío a todas a un trozo de naturaleza, siquiera aconsejada por el arte, que se parezca al primero, y a una galería artística, donde Rivera abrumba y fulge Rubens; donde Alberto Durer y Teniers compiten con Van-Dick; donde el Tintoretto se sostiene al lado de Tiziano; donde Rafael seduce con la sabiduría de su dibujo y Murillo enamora con la magia de su color; donde las almas del Greco disputarían el cetro y la corona a las carnes de Goya, de no andar por allí el rey ungido «su Real Majestad» don Diego de Velázquez.

## IV

Madrid, que es todo lo dicho, da además la cifra de la majeza y como la quinta esencia de la gracia y del donaire; ora «agolfado» y chulón a lo López Silva; ora, entre manolesco y currutaco, como la musa de don Ramón de la Cruz. Quizás la expresión del espíritu de Toledo sea el alma de un retrato de Domenico, como el del «Caballero de la mano». La personificación de este Madrid, entre señoril y chulo, entre gentil-hombre y chispero, jaranero y aristocrático, es una dama de Goya, con zapatitos de bailarina, basquiña de duquesa, joya de reina María Luisa, mantilla de manola y ojazos de Tirana.

Quizás haya miseria en los barrios bajos y hasta hambre en las buhardillas, a lo Pérez Escrich; pero sus calles son ríos de desatentado lujo y exposición de exquisitas elegancias.

¿Qué será esto, en un día de fiesta nacional, en una tarde de toros... en el célebre paseo del Jueves Santo, a lo largo de la calle Alcalá? Si con cuatro batistas veraniegas

está tan rebonito, tan pinturero, tan señor y tan garboso ¡qué no será cuando despliegue toda su lujosa pompa de Casa de Austria y todo su salero de chula del Lavapiés?...

Es lo que llevo visto desde ayer por la mañana, en que llegué en el expreso de Andalucía... Veremos lo que veo, pues la verdad, no traigo la pretensión de «descubrir» a Madrid.

A la Biblioteca Nacional no voy por no romper el incógnito con Rodríguez Marín, que me conoce como a su sombra; ni a la Real tampoco, por no hacer otro tanto con el conde de las Navas, a quien conocí hace años en la tertulia de don Juan Valera... ¡Crean que estoy ya fastidiado de tanto incógnito!



## ADIOS INCOGNITO

### I

—¡Juanito!... ¡Juanito!... ¡Juan Muñoz!...  
¡¡Muñoz Pabón!!

¿¿.....??

—¡Ay qué alegría tan grande, Juan de  
mi alma; encontrarme con uno de mi tierra!...  
Ante todo: ¿cómo estás?

—Bien y tú?

—Yo, hijo mío, pasando la 'er beri, en  
en este Madrí de mis pecaos... ¡Ya sé que  
estás en grande! ¡Que eres canónigo, creo  
que dignidad, de aquella.. sucursal de la bien-  
aventuranza eterna, que a todos os deseol  
En cambio yo, hijo mío de mi alma, estoy  
como Ovidio en el Ponto, cuando lo traduca-  
mamos con don José Pérez, en la clase de  
Perfección Latina: «ubi non intélligor ulli»;

donde nadie me entiende, ni yo entiendo a nadie. Pasando cá carpanta por estas calles, Juan de mi alma, que riéte tú del paso de las Termópilas, porque allí se comería algo, ¡digo yo!... Pues, hijo: a mí se me pasan los días y las noches, como a don Quijote: ¡de claro en claro y de turbio en turbio!

¡Querrás creer que a la hora ésta—mírala: las tres y cuarenta en el reloj del ministerio de la Gobernación—estoy sin haberme desayunao?... (Si te huelo algo a vino, será de una copa que me derramaron ayer encima: na más que el vino de aquí es mu escandaloso pa el olor) pero créete, hermanito, que podía comulgar.

No es sablazo ¿te enteras?... Es decírtelo... por vía de información. «Altiora peto». Y lo que yo quisiera de tí es que te empeñaras con Sánchez Toca, a ver si me daba, desde una subsecretaría, a una plaza de ugier en el Congreso. Si no lo conseguías, que me proporcionaras un billete para mi Sevilla de mi alma.. (Llora) aunque sea en la perreira: y, si ni eso podía ser, que te vinieras conmigo al acueducto de Segovia, para que me pegaras un empujón con toas tus ganas,

y me echaras la absolución cuando fuera por el aire.

Sí, Juan: mi vida en este Madrid es imposible. ¿Ves esta Puerta del Sol?... Pues aquí tiene usted su casa, pa lo que usted guste mandar. En un banco del Retiro, su dormitorio... en la Cibeles, su cuarto tocador, y en cualquier fonda de tres perras chicas—claro que el día que las recojo—vucencia está servido...

Pues mira la ropa blanca... ¡La que me hizo la pobrecita de mi madre (Llora) en el claustro materno! Pues ya, mira las botas: ¿Tú no has visto la función de teatro «La Carcajada»? Pues eso es esta risa... histérica... ¡sardónica! ¡No se dice de esa manera, cuando uno rompe a reir y ya no puede contenerse?... ¡Y luego dicen que tó tiene arreglo en este mundo, menos la muerte!... ¡Cualquierilla arregla esto!...

La chaqueta medio pué pasar, y hasta, si a mano viene, los pantalones... Ahora he oído decir que los flecos se llevan mucho, de modo que mira tú por dónde me encuentro de última moda... El sombrero es lo que no puedes figurarte ná más cómodo

pa el tiempo en que estamos. ¡Míralo: un ventilador, ponde quiera que lo enfoques!

De modo que si ves po ahí a los siete sabios de Grecia, har favó de echármelos pa acá, a ver si se les ocurre entre los siete otra solución pa mí que no sea el suicidio... Créete, Juan, que más de cuatro veces no he atentao contra mi vida, porque la primera papilla no se digiere nunca. Pero créete, hermano, que hay horas que no son horas: que son... «ora pro nobis» (Pausa).

Conque, ¡que Dios te pague, hermano, el gusto que me has dao, na má con haberte visto!—¡Qué rebién te conservas, y qué rebuén mozo estás! ¡Parece que no pasan días por tí—y con haberme atendío en mitá de la calle una persona de tantísimo mérito como tú tienes, y lo que yo te he querido siempre, na más que por ese mérito tan atrozo!

¡Querrás creer que la otra mañana—era mi cumpleaños y, la verdá, lo quise festejá—compré una gorda de calentitos, churros, que es como los llaman por aquí, y me los liaron en un DEBATE. Y lo mismo fué ver tu firma, que rompé a llorá de emoción, que se me echó un núo en la garganta y

no me púe ni acabá de comé los calentitos de la cosa que me entró?... ¡Yo quiero mucho a tós mis compañeros de Seminario y a tí más que a ninguno!... ¡Porque te lo mereces, sí señor!

¿Te acuerdas del día que nos castigaron a los dos en la clase de Química?

—¿.....?

—Sí, hombre. Llevábamos la escala de Mos, y me la preguntó don Jerónimo.

—¡Vamos, Ocaña: ¡la escala de los cuerpos simples!

¡Y que si quieres! Yo no había ni saludado la lección «¡tanquam tábula rasa!». Entonces empiezo a darte con el codo, para que me alumbraras: y tú, con toda tu sangre gorda me alumbraste...

Me agarro a tu «iluminación», como a un clavo ardiendo, y salto muy decidido, como en la clase de cantollano: ¡Do!... Rel... ¡Mil... ¡Fal...

Y la carcajada número uno en toda la clase y el libro de don Jerónimo en lo alto de mi cabeza y los dos de rodillas en la puerta del gabinete.

De modo que, aunque no sea más que

por eso, Juanito de mi alma,—porque tú para mi siempre serás Juanito—haz por este desgraciao... ¡por este roa!... ¡por esta bala perdía! lo que te dicte tu buen corazón... Te dije que no te pedía nada, y ahora me arrepiento, no lo vayas a tomar a altanería. Y sin pedirte tanto mas cuanto, te entrego y me entrego a ese corazón: a ese corazonazo, «quasi arenam quae est in littore maris»... Sí, Juan; ¡tú has tenido desde niño un corazón muy hermoso: tú no has tenido nunca nada tuyo, ni lo tendrás!... ¡Tú has sido siempre muy bueno! ¡Tú hablas de la caridad en el púlpito, pero es porque la sientes!.. ¡Tú eres de los que dan a manos llenas, pero sin que ni tu mano izquierda se entere de lo que hace tu derecha!

(Llora).

¡Eso lo has heredao tú de tu madre, que tantísimo bien ha hecho en este mundo; de modo que el que lo hereda no lo hurta! ¡De casta le viene al galgo!

Por eso no reunirás nunca ni dos pesetas, y saldrás de este mundo, lo comío por lo servío... ¡Y no te pese, mi alma! ¡dichoso tú que puedes hacer bien, y que tienes co-

razón para querer hacerlo!... Así las bendiciones de los pobres te seguirán a donde quiera que vayas y no te pasará como al Póstumo de Horacio:—«El más digno de tus herederos sacará de tu bodega esos vinos cécubos, guardados con cien llaves; y rociará el soberbio pavimento con vino mejor que el de las cenas de los pontífices.»

«Absumet haeres caecuba dignior,  
 Servata centum clavibus: et mero  
 Tinget pavimentum superbum,  
 Pontificum potiore caenis».

???. . . . . ???

II

¡Oh, Puerta del Sol funestal ¡Oh, calle de Alcalá vitanda! y ¡oh Carrera de San Jerónimo... del enemigol... ¡¡Oh, puesto de perdices, o de «codornices sencillas» donde caemos, y esto necesariamente, todos los isidros!!...

¿Quién no tiene en este Madrid, a donde viene todo, un paisano... un camarada... un compañero de colegio?

. . . . .

Anda: ¡dichoso uno, que en vez de tener que sablear puede ser sableado!...

Ya lo dijo el Evangelio, en que está todo: «*beatus est magis dare quam accipere:*» mejor es dar que recibir.

¡Pobrecillo!



# EL ENTIERRO DEL CONDE ORGAZ

## I

Lō que digimos al descuido y como de pasada en nuestra primera crónica desde Madrid: el alma de Toledo es el espíritu de cualquier retrato del Greco, y hasta nos atrevimos a apuntar el del Caballero de la mano.

Por eso sería imperdonable, en esta Corte de Carlos V, no dejarse llevar de la influencia avasalladora que ejerce el Greco en el alma del viajero que se la da de artista. Imposible, por consiguiente, no dedicar ¿qué menos que una crónica? más que al Greco, en todo lo fecundo y complicado de su labor artística, al Greco en su obra definitiva y suprema: su entierro del señor de Orgaz, don Gonzalo Ruiz de Toledo.

Para ello he emprendido esta mañana el camino desde la calle de la Plata en donde está el hotel en que me hospedo, a la parroquia de Santo Tomé, en donde está la capilla del enterramiento del conde. Me he hecho descorrer la cortina que cubre el cuadro, y me he quedado frente a frente con esa incomparable maravilla; con esa última expresión de todas las modalidades del can-diota veneciano: con esa obra, en fin, la más estupenda, de su pincel maravilloso.

## II

Al alcance de todas las erudiciones está la tradición toledana, perpetuada en este cuadro: la acendrada devoción de don Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de Orgaz, a San Agustín y San Esteban; quienes, en el momento de darle cristiana sepultura sus deudos y amigos, bajan de la bienaventuranza para, solamente entre los dos, colocar en el sepulcro el cadáver de su devoto caballero.

Dividido el cuadro en dos mitades—la inferior representando el sepelio del cadáver del conde, y la superior representando a su

vez el juicio de su alma—es el cuadro más del Greco, y con ello se dice todo, que ha podido brotar de su paleta portentosa: con un realismo que espanta, en la primera de las dos, y un idealismo y una espiritualidad, que diríase que extasía, en la segunda.

Pobre aficionado yo al arte de la pintura, echo de menos en este punto la erudición y el tecnicismo necesarios, para hablar de estas cosas con autoridad de crítico de arte. Pero valga por lo que valiere, allá va esta observación, enteramente subjetiva, que es lo que después de todo hay que pedir en el que hace un viaje para trasladar al público sus impresiones.—Para no decir nada más que lo que dicen los libros, se queda uno en el patio de su casa y se ahorra las molestias del viaje. El público de un escritor tiene derecho a saber lo que la autovisión váyale sugiriendo.

Y mi observación ante el cuadro ha sido esa: ¿Por qué dos modalidades tan distintas, tan diametralmente opuestas, tan palmaria-mente contradictorias en «una obra misma»? ¿Por qué en la parte baja del prodigioso lienzo cada cabeza es un retrato acabadísimo; el

cadáver del conde diríase que pesa realmente; la armadura milanesa que lo viste delata en su factura al miniaturista, a pesar de lo grandioso de su ejecución—no las pintaba mejor el Tiziano—; las imaginerías de la dalmática de San Esteban parecen un trozo del natural pegado en el lienzo; la capa del San Agustín tiene todo el verismo y toda la riqueza suntuaria de San Eugenio del Escorial; la tosquedad del sayal del capuchino contrasta con la goyesca transparencia de la sobrepelliz del clérigo, y todo es verdad de dibujo y justeza de valores, hasta hacer recordar las nimiedades que salen de la cámara fotográfica... y en cambio la parte superior de la asombrosa composición pictórica está llena de esos escorzos atrevidísimos y de esos alargamientos inverosímiles y de esas tonalidades arbitrarias, que constituyen el bagaje plástico de este poeta de la espiritualidad; de este vidente del misticismo español; ¡de este artistazo, en fin! que, para pintar cosas de la tierra y de la historia se ciñe a lo que da el modelo y nada más, y, para pintar lo ultraterreno y celeste, lo sobrenatural y divino, pinta lo que se imagina,

tal y como se lo imagina y no lo que vé; cual si tuviera el propósito firme y decidido de prescindir de los cánones de la anatomía humana, para mejor dar la idea de la impalpabilidad y agilidad y sutileza... de la espiritualidad, en fin, de los cuerpos gloriosos?

Mientras la parte baja de un cuadro mismo es verismo fotográfico, porque lo que hay que perpetuar por medio del arte es una escena de la vida humana—el entierro de un cadáver—, la parte alta del «mismo cuadro» es de esa espiritualidad fantástica, secreto del candiota; acaso porque lo que había que expresar en ella no era nada de la tierra ni del tiempo, sino el juicio de un alma, el alma del conde, representada en un desnudo que crispera, y que hace recordar lo de «*opera enim illorum sequuntur illos*»: sólo sus obras seguirán al hombre.

Desnudo es éste, que, por ser de un hombre, parece como que ha hecho a la Virgen, que le sirve de intercesora y medianera, cerrar los ojos pudorosa; y esperar, como espera el conde, que el Juez de vivos y muertos, el Cristo clave del arco y de la composición, que le ha abierto los brazos redento-

res, acabe de pronunciar el «venid benditos de mi Padre a disfrutar del reino que os está aparejado».

. . . . .  
Nada de esto columbra el grupo de caballeros, clérigos y frailes, que constituye, con San Esteban y San Agustín, toda la parte baja, y cuya única preocupación parece ser sólo el sepelio de un ser querido. En cambio en la superior no se para mientes en lo que está teniendo lugar en el mundo de los hombres; sin que al mismo interesado le preocupe lo que hagan con su carne que habrán de roer los gusanos a la postre, sino lo que habrán de fallar eternamente los labios del que «hace el don de remisión, antes del día de la cuenta».

«Juxte judex ultionis,  
Donum fac remisionis  
Ante diem rationis».

### III

¿Astigmatismo?... ¿Defecto de visión?...  
¡Infundios y más que infundios, amontonados sobre la modalidad del Grecol

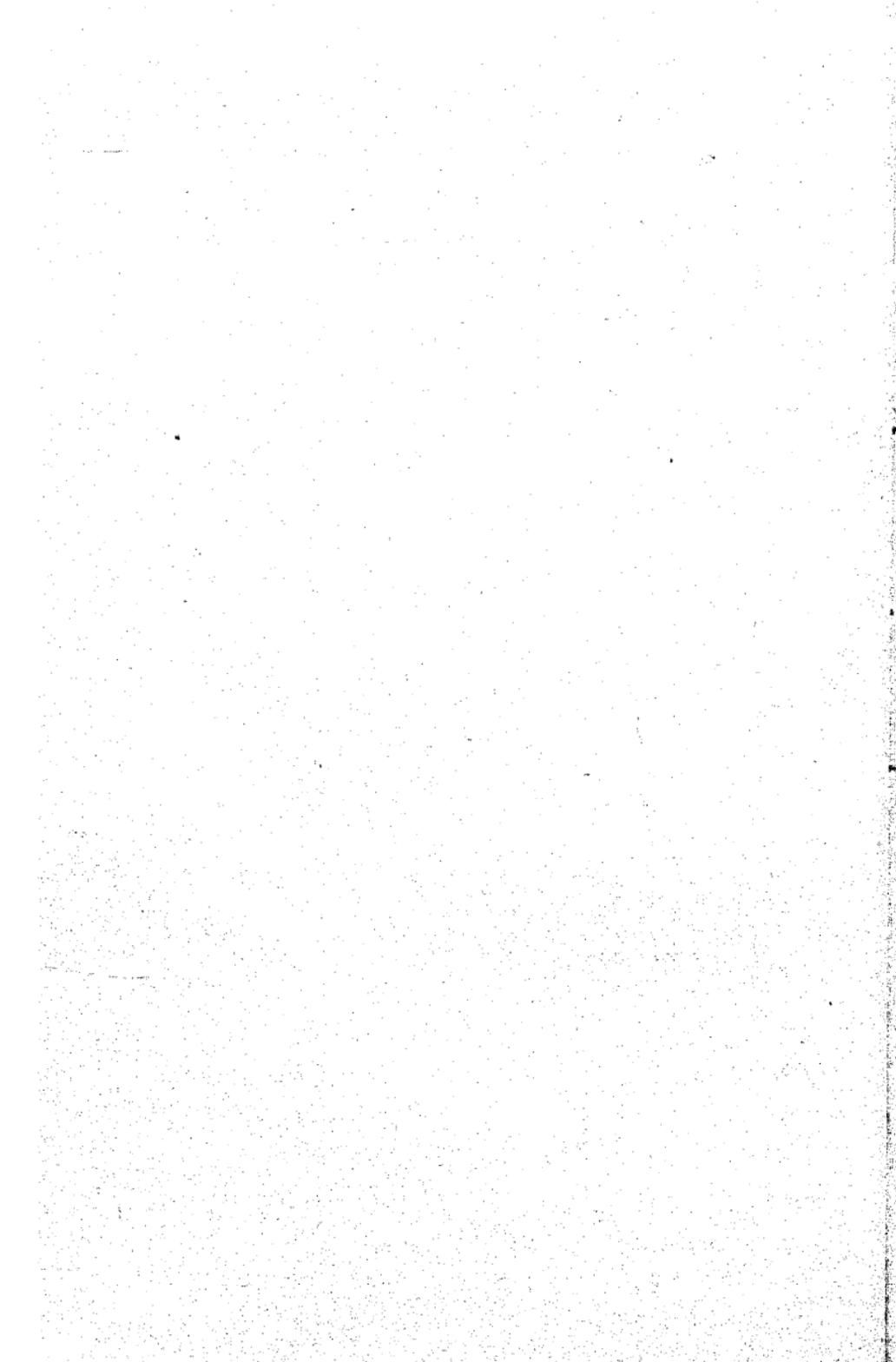
Es que sentía el arte de esta manera, y como lo sentía lo expresaba: con una sinceridad, y una despreocupación... ¡una honradez, digna de toda loa!

Lo primero que hay que buscar en todo artista es la honradez de la sinceridad. Y si él sentía la tierra como tierra, y el espíritu y el cielo, como espíritu y como cielo, dejémoslo que nos hable con su lenguaje propio. Y que «en un cuadro mismo», prótasis y cenit de su arte subjetivamente genial, se valga de los dos diccionarios de que sabía hacer uso el hálito creador de su verbo de artista.

Quien haya podido poner su firma en el entierro del conde de Orgaz, no tiene nada que envidiar a nadie: ora se llamen Diego Velázquez maestro de la verdad, ora Fray Angélico di Fiésole, mago del misticismo.

Así, pues, ¡paso al Genio!





## “TRAPOS” SUBLIMES

### I

Lo que va del ropero y guardajoyas de .. una gobernadora de provincia al ropero y guardajoyas de una reina, va del «tesoro» de la Catedral de Sevilla—¡perdóname, madre mía, siquiera por la honradez de confesarlo!—al «tesoro» de la Catedral de Toledo.

Hermosa la Basílica Primada sobre toda ponderación, no es ni más ni menos, sin embargo, que una de tantas Catedrales de España: desde luego más rica de ornamentación que la de Sevilla, pero bastante más baja y más pequeña.

Con una colección de verjas de hierro, de las que me decía el cicerone que eran de plata sólo que fueron pintadas en tiempo de

los franceses por temor a un expolio—como si valieran menos siendo de hierro y «como» son, que si fuesen en efecto de plata fina—; con un coro en que los dos colosos del Renacimiento español, Felipe de Borgoña y Berruguete, se pusieron a porfía a derrochar primores... con un retablo mayor que de no conocer el de la Catedral de Sevilla, se disputaría por el primero del mundo. Lo que en la Catedral Primada descuella y sobresale por encima de todas es el número abrumador y el exquisito arte de sus joyas de argentería—su colección de arquetas y portapaces, relicarios y bandejas—siquiera la de doña Ana de Paiva de la Catedral de Sevilla eclipse milenta veces la de Benvenuto Cellini, y aquí está quien lo sostiene—y más aún que en sus piezas de plata labrada, en el número y calidad de sus telas, de las que guarda colección riquísima del más rancio abolengo español, y, lo que es más glorioso todavía para este pueblo, emporio del arte: del más rancio abolengo toledano.

Yo, que tengo chifladura por las telas; yo, que siento... la voluptuosidad del trapo viejo como otros sienten la de la música; yo,

que soy «el virtuoso del guiñapo», figúrense los lectores lo que habré experimentado en este paraíso terrenal: ante esta embriaguez de matices, patinados por el tiempo; ante esta orgía de terciopelos y de tisús, de brocados y de bordaduras... ¡ante este arco iris, cosido a la aguja sobre estos paños supremos en la historia del arte!

## II

¿Y por dónde empieza uno aquí, Madre mía del Sagrario?... Empezaremos por uno de tus vestidos. Por el de perlas; por «lo que nunca el ojo vió» hasta darse de cara con semejante hermosura.

Imagínese el lector, que no lo conozca, un recio cañamazo, cubierto todo él de perlas y más perlas, hasta desaparecer por entero todo vestigio de la tela base. Y luego, sobre este fondo de perlas por el estilo de los bolsos de mostacilla hoy tan en moda, un dibujo elegantísimo, formado todo él por perlas gruesas, que le dan relieve...

¿Habrá en el mundo nada más rico?... ¿Es posible nada, más delicadó de entonación,

ni nada más alambicadamente fastuoso?... ¡Amante de la Virgen, que concebiste el pensamiento de vestir a la Madre de Dios y de los hombres «con una sola perla» obtenida con millares y millones de perlas finas! en nombre de todos los corazones marianos: ¡muchas gracias!

Pues todavía hay entre los «trapos» toledanos algo, si no más bello, más «bonito»: un frontal, también de perlas todo el fondo con opulento dibujo de colosales flores ejecutadas con corales. Conocerán desde luego los lectores esos pañuelos de talle, de percal, blanco hueso con floripones grana, que llamamos por aquí «pañuelos de sandía» y que trascienden a gitana buñolera... Pues toda esa alegría y todo ese color, esa... caricia para los ojos, es ese frontal hechizo, que dan ganas de pagarle acariciándolo.

Y puesto a ver frontales, ahí es nada uno que he visto, de tisú con orla y centro de imaginería plateresca, que produce la ilusión de una gigantesca hoja de Misal, de plenitud del siglo XVI; sólo que el pergamino se ha trocado en delicada urdimbre de seda y oro, y las viñetas y garambainas, las frutas y las

flores, en lugar de estar hechas a la aguada y con pincel están hechas «a la seda» y con aguja... desde luego por manos de los ángeles. ¡A mí que no me digan que aquello es obra humana!

Contrastando a maravilla con tanto color, aún hay en aquel tesoro otro frontal, de esos definitivos en su género: uno de terciopelo; pero de esos terciopelos toledanos, de un dedo de gordo; negro, pero de esos negros aristocráticos a que da el vulgo el despectivo dictado de «color de ala de mosca», de un dibujo, abrumador por lo grandioso y encantador por lo elegante, limitado en los recortes de su traza—porque es de terciopelo cortado—por un cordoncillo de oro de esa tonalidad de nácar verde que da al oro de la pasamanería de las iglesias el humo del incienso.

Crean que tiene aquello más color, que el mismo que hemos dado en llamar «el de sandía» ¡Dan ganas de comérselo!

¡Ternos de los Cardenales Mendoza y Fonseca de tisú toledano, y nada más que tisú: verdaderos alardes de riqueza textil. Vosotros no necesitáis más adobos que vuestra

sustancia propia. Con ser como sois, basta. Os pasa, como a las grandes hermosuras, que no necesitan más adornos que ellas mismas... ¡Sois muchas telas! ¿Veis esa mitra de terciopelo negro bordada de imaginería gótica cuyo grupo de Jesús resucitado y María Magdalena en adoración, más que un bordado parece un bajo-relieve de marfil rubio? Pues al lado de esa brujería medioeval os sostenéis... ¡Sois muchas telas!

. . . . .

### III

¡Y eso digo yo, Dios mío!: ¿que después de estas magnificencias realmente abrumadoras; de esta suntuosidad... ¡de estos ensañamientos de riqueza y de arte! hayamos venido a parar a esas telas indecentes de pie de algodón por supuesto; de tintes de anilina por de contado; y de... extracto de pensamiento de gusano de seda, cuando no de yute! ¡De esa casulla de Alfonso VI, de tisú del siglo XI, que no atraviesa un puñal y que es un ejemplar estupendo de dibujo mu-  
dejárico, haber venido a parar a estas casu-

llas de raso pesetero, con bordados de aplicación hechos a máquina y galón entrefino, o... ¡pintadas a la acuarela por la profesora de las niñas!!

¡Ah! Si todos los adelantos de esta época de cultura y de progreso, de este siglo «de las luces»—por más que esto de las luces es del anterior—es como el que se desprende de estas telas fusilables más endeble que el mahón, más falsas que el alma de Judas, más agrias que el vinagre de yema, y más caras después de todo que una mortaja: si todo el adelanto se reduce a semejante retroceso, ¡mal haya el florecimiento industrial y la cultura artística, que supone el tener que ir a Lyon en busca de esas cursilerías imperdonables por habernos quedado para siempre sin nuestros venerandos talleres de Toledo!

¡Ah, si reconstituyésemos todo lo español! ¡Ah, si recuperásemos todo lo nuestro!... En los dominios de nuestro arte sí que no se pondría el sol!

No hay más que ver lo que hacen los chamarileros y los anticuarios: rebuscar con un candil por almacenes, desvanes, cajoneras

de sacristías y arcones de palacios venidos a menos, todo lo que huela a español, para dejar boquiabiertos a todos los conservadores de museos de todas las naciones estupefactas y a todos los aficionados de buen gusto.



# ALTA TOLETUM

## I

Pasa con estas ciudades como Toledo, que no acierta uno a dejarlas: ¡que se quedaba uno «en pique», como el baturro del chascarrillo!

(—¿Y si se va el barco a pique?

—Pues, si se va el barco a pique y me gusta aquélla, me quedo en pique).

Así, pues, me quedo aquí un día más para andar de callejeo.

Hay cada callejuela por aquí, que los Reyes Católicos reconocerían si las vieran, si no le pasaba tres cuartos de lo propio a don Pedro el Cruel: con cada escudo heráldico, donde menos es de esperar; cada portada de piedra; cada alero de tejado; cada retablo de esquina y cada herraje de ventana y de bal-

cón, que se tiene uno que acordar del séptimo mandamiento... y de la cárcel.

Como Toledo es tan grande, de tan remota antigüedad histórica y de tanto florecimiento en todos los siglos, en Toledo hay de todo, y de lo mejor de todo; lo mismo musulmánico que judío; ojival que mudéjar; plateresco que barroco; cual si todas las generaciones, al pasar por ella, la hubieran ido enjoyando con un nuevo delicado broche para su veste de soberana, con un nuevo florón para su corona de emperatriz de dos mundos.

.....

¿Hablaba usted de árabe?... Pues crea que, aun con haber visto, hace unos días, la Mezquita de Córdoba, todavía sorprenden «el taller del Moro» y «la sinagoga del Tránsito»: maravillando, hasta más no poder, lo que nos atreveríamos a llamar «el hijo primogénito de la aljama cordobesa»; la mezquita de Santa María la Blanca, desde luego no posterior al siglo XIII.

Noten que no la llamamos hija sino hijo, hijo, tan masculino y tan pujante como su padre, si no es más vigoroso, más atlético

—¡Aláh es grande!—parecía percibirse en la mezquita de Abderramán. — ¡Aláh es fuerte!— parece percibirse en Santa María la Blanca.

## II

¿Monumentos del arte mudéjar? Búsqueme usted otra puerta de muralla, como la denominada «Puerta del Sol», otra torre, como la de la parroquia de Santo Tomé; u otras portadas como la de la casa de los Toledos; la del palacio del conde de Fuen-salida... o la de la Posada de la Hermandad... ¡pero, ¡por Dios! que le quiten el letrado! Parece una postilla en el rostro de una hermosa.

Pues vaya canela fina, para el que sienta en el arpa eólica de su alma de artista las vibraciones del arte gótico—yo es el que menos siento—la iglesia y el claustro de San Juan de los Reyes: los Católicos; tan devotos del Santo Evangelista del Amor, que introdujeron en la heráldica española el águila emblemática del cuarto Evangelio.

Efecto de esta acendrada devoción al Santo Evangelista, al que fué dedicado, es por

parte de los Reyes la erección a sus expensas de este relicario del arte ojival: arte que, cual si quisiese despedirse de la historia, para dejar paso franco al gusto plateresco, quiso alardear aquí de todas las exquisiteces de sus primores...

¡Canto de cisne de un arte próximo ya a morir; no dejes de resonar eternamente en los dentados pináculos, rasgados ventanales, vigorosos estribos y delicadas frondas de ese... vaso de alabastro puesto a los pies del Dios Hombre por unos Reyes agradecidos por el triunfo de las armas españolas en la batalla de Toro!

### III

Y ya, el arte plateresco: mi arte; el arte más pulido y más galán de entre todos los artes de todas las centurias: el arte de los nacidos en gótico, que se sienten influir—o influenciar, como bárbaramente se dice hoy—por la magia del Renacimiento, floreciente a la sazón en otras naciones; ese arte que conservando la traza ojiva para el pie de los cálices y de los ostensorios, y las agujas y

los contrafuertes para los nudos sustituye las rígidas cardinas de austeridad de la—Edad media—por sensuales guirnaldas de frutas turgentes, sostenidas con la boca por expresivas cariátides si no es que cabalgan en ellas angelitos mofletudos... ese arte, sin cánones definidos todavía, aunque ya se le ve a dónde apunta: ese arte que, sin abrir la portada de El Escorial, labra las casas capitulares de Sevilla, la iglesia de San Marcos de León y esa fachada de este Hospital de Santa Cruz de Toledo.

¡Gloria a ese arte que proveyó de custodias a todas las catedrales que no se habían adelantado a construirlas medio siglo; invadió de arquetas y relicarios, ánforas y portapaces todos los guardajoyas e irisó de viñetas todos los santorales de todas las Catedrales y abadías, después de haber polícromado con sedas, la estofa de casullas y dalmáticas!. Con sólo el parcheado de cualquier terno de Toledo, de El Escorial o Guadalupe, tendría suficiente cualquier arte para ser inmortal. «Mi arte», por consiguiente, es el plateresco y mi Mahoma Berruguete... y si no, ahí está su sepulcro del Cardenal Ta-

vera, que no desdeciría ni en el mismo Vaticano, y que hubiera ocupado con orgullo cualquier Médicis.. Si me pierdo alguna vez, que me busquen ante la portada del Hospital de Santa Cruz... que es que me he quedado en pique.

#### IV

Y ya, ni la fachada del Alcázar, ni aun con todo su aplomo señorial... ni la Puerta de la Visagra, con su enorme escusón Austria por cimera, me sacan de mi apoteosis. ¡Es menester tropezar por ahí con una puerta mudéjar como la de Santa Isabel o con un «cacho de hierro» como la verja del presbiterio de San Juan de la Penitencia, para que reciba sensación un paladar, tan embotado a fuerza de percibir bellezas, como tengo yo hoy el mío.

. . . . .  
Y a todo esto, son las siete y media de la tarde. He andado «más que el tío de la lista», como decimos en Sevilla, y, la verdad: tengo hambre.—Esto es muy humano.—

—¿Qué hacer?... A bien que no es día de

ayuno, gracias a Dios, y las confiterías de Toledo tienen fama...

Invito, pues, al lector a que me haga la merced de acompañarme.

—Ande usted. Lo que usted guste y todo lo que usted quiera... Pagan mis herederos.

—¿Mazapanes?... ¡No sea usted Vicente, hombre!

—¿.....?

—Vicente, que siempre iba al golpe de la gente. Lo que hay que comer en Toledo ¡y en el universo mundo! son los albaricoques escarchados.

Como aquella elegante de lugar, que, creyendo poner una pica en Flandes, decía: «Acá todo lo comemos con cuchillo», yo como los albaricoques escarchados de Toledo, ¡con rosario!

—¿.....?

—Es la única forma de poder llevar la cuenta.





## LA FAMILIA DE CARLOS IV

### I

La contemplación y el estudio en Santo Tomé de Toledo del «entierro del conde de Orgaz», me ha sugerido la idea al tornar a Madrid, para desde aquí proseguir mi viaje, de volver hoy al Museo del Prado, a estudiar la obra magna de otro pintor genial: la «Familia de Carlos IV», de «don Francisco», como le llaman «sus íntimos», de Goya, como lo denominamos los demás mortales, que no estamos tan bien relacionados. ¡Aún hay clases!

Comparando es como se aprende.

Tan distintos, como puedan ser la noche y el día, son Domenico Theotocópuli y don Francisco Goya y Luciente: aquél, poético y

ensoñador como la noche, y éste, luminoso y risueño como las ocho de la mañana; aquél, austero y místico, como un anacoreta, y estotro mundano y galante, como una cortesana; aquél retratista de espíritus pensadores y preocupados, y éste pintor de carnes nacarinas y turgentes.

Diríase que mientras el Greco es el pintor de los santos y de los hombres, Goya es el pintor casi exclusivamente de las mujeres.. Goya es el pintor de cámara de la mujer española.

«Desde la princesa altiva»,

—la Reina, como María Luisa de Parma, y las Grandes, como la de Alba y la de Osuna, la Fernán-Núñez y la Montijo, la Benavente y la Abrantes,—

«A la que pesca en ruin barca»,

—la Tirana y la librera de la calle Carreta, —no hubo mujer española que, al ser por él perpetuada en el arte, no viera centuplicados sus encantos... Diríase que era un retratista de los que «hacen favor». Y, si no, ahí está su infanta doña María Josefa, encantan-

do los ojos de cuantos la ven, a pesar de su fealdad nativa y los estragos de los años.

Sin que sea en menoscabo de su bondad, Goya es más bonito que bueno—¡y mira que es bueno! encajado de dibujo, ceñido de color y prodigioso de factura.—Pero mientras el Greco acaba por gustar, a fuerza de ser bueno, Goya empieza por gustar y luego se cae en la cuenta de lo bueno que es. Le pasa lo que a Murillo: que le gusta a todo el mundo.

## II

En plena época Goya de la influencia de las modas francesas en la corte de España, y con una perceptibilidad exquisitísima para los trapos, y los moños, no se contenta con trasladarlos al lienzo, con toda justeza y toda verdad: hace más; los embellece, los idealiza, por medio de transparencias realmente lumínicas y un... me atrevo a decir: cromatismo de color, como no lo ha tenido jamás ninguna otra paleta. ¿No recordáis la falda de linón de doña Tadea Arias de Enríquez, la mantilla blanca de «la librera», o la ne-

gra de la duquesa de Alba, y la mantilla y traje negro de la reina María Luisa? Si hay nada más machuno en el modo de ejecutar, ni nada más exquisitamente femenino, en causar el efecto de taller de modista que produce todo aquello, yo, por mí, no lo conozco en el mundo del arte.

Lo mismo que con las telas y los encajes, hacía con las joyas: no reproducirlas foto gráficamente, o sea: al modo del joyel de doña María de Inglaterra, segunda esposa de Felipe II, retratada por Antonio Moro, o el de la emperatriz Isabel, pintada por Tiziano, que podrían ser valuados en su justo precio por cualquier tasador; sino como las puede reproducir la propia luz en la retina del que las contempla, y no ya en la quietud estática del estuche; sino en la inseguridad del movimiento. Las joyas de Goya parece que se mueven... Por eso brillan tanto.

Es tal la picardía artística, con que están tratadas, que tengo yo para mí, que primeramente las hacía hasta lo infinito. Y, una vez acabadas de pintar, las raía a trechos con la rasqueta, a fin de que la opacidad de un trozo abrigara al otro, y obtener el

efecto que en las joyas de verdad hace la luz: cuando parece como que se ensaña en el oriente de una perla, o en el brío de un brillante, dejando lo demás de la joya meramente colorido... La pedrería de Goya son picotazos de luz.

### III

Con este bagaje artístico; con esta manera de tratar las carnes, las telas y las joyas, figúrese el lector que no conozca «la Familia de Carlos IV» más que por fotografías, lo que será en el natural este lienzo de catorce retratos digno de la egregia firma del retratista; vestidos con toda fastuosidad de un acto de corte española y cargados de bandas y de cruces, joyas y encomiendas, y en esa época galana y presumida, toda feminidad en las modas de los hombres, hasta el punto de vestirlos con más acicalamiento y más color que a las mujeres, desde lo alto de la empolvada peluca, a la fastuosa hebilla del brillante zapato de charol, pasando por la chorrera de sutiles holanes y encajes delicadísimos, y el luengo casacón de joyante seda cuajado de bordaduras y pasamanos.

## IV

Diríase que aquel día la familia de Carlos IV, lujosísima de suyo, se había tocado el arca, como cualquier familia burguesa lo hace para retratarse. Y, vestido con lo mejor y más majo de los roperos y enjoyados con lo más deslumbrador de los estuches, habían hecho venir al retratista para que los colocara...: según se había pensado en familia a la hora de los postres— desde luego este retrato ha tenido que hacerse después de bien comer—. ¿No los veis qué rubicundos y qué felices?...

Y se había dicho después de la comida: —Mamá y papá, en el centro, con Francisquito de Paula de la mano, por ser el más chico; y luego todos los demás alrededor, pero indistintamente..., como si no estuviésemos haciendo nada..., mirando cada cual a donde le parezca, sin más preocupación en cada uno, que la de tenerse bien... y salir lo más guapo posible... Si acaso, que se retrate Goya también... Está admitido...

Mientras en el entierro del conde de Orgaz hay dos asuntos: el sepelio del cadáver

del conde y el juicio de su alma, en el cuadro de la Familia de Carlos IV no hay ninguno; a no ser que sea asunto trece o catorce personas bien vestidas, cada cual por su cuenta, pensando en lo que a cada uno le parece.

## V

¿Que a pesar de esta falta de asunto y de esta carencia de protagonista, la agrupación de los personajes es un acierto; cada uno de los retratos que integran la obra es el *non plus ultra* de la obra, y la factura de toda la fastuosa y realmente regia indumentaria es el último peldaño de la escala del desenfado artístico, de la maestría pictórica... de *eso* que sabía hacer Goya, y que, ni antes ni después de él, ha acertado a hacer nadie, con los pinceles en la mano?...

Todo esto es verdad, mucha verdad. Por eso la Familia de Carlos IV, aun sin más asunto, que una familia elegante que se ha vestido para retratarse, figura y figurará siempre en esa docena de cuadros, que estarán a la cabeza de la pintura de España... y del universo mundo.

. . . . .  
Y aquí sí que viene bien lo de—perdón por las muchas faltas—.

¿Quién me ha visto a mí, metido a crítico, y de pintura? Menos mal que no abrigo la pretensión de hacer dogmas; sino lisa y llanamente transmitir a los lectores mis impresiones.

Para ello he salido de mi casa.



## LAS "MENINAS"

### I

Y porque sería pecado de lesa majestad —aquí la majestad es su Real Majestad don Diego Velázquez— no dedicarle siquiera unas «cortas letras», después de haber sido recibido en audiencia por él en el Museo del Prado, que es su Palacio de Oriente, he resuelto quedarme un día más en Madrid, para hacerle unas cuartillas, en caliente todavía de la impresión. No es lo mismo escribir recordando, que a vista del modelo.

Saco, pues, mi cartera, y salga lo que «salgare».

### II

Mientras la obra maestra del Greco es «el entierro del Conde Orgaz» y la de Goya es

«la Familia de Carlos IV», la de Velázquez es... la última que se vé: ora sea su sobrepuerta de Mercurio, ora cualquiera de sus infantes cazadores.., ora el prodigio de verdad de sus enanos y juglares, ora el alarde de magnificencia y realismo de sus reinas ecuestres... ora la maravilla de color y de ambiente de la visita a San Pablo, primer ermitaño, cualquiera de sus retratos de Felipe IV... Y a propósito de lo de IV: a mí que no se me diga que no hay números con suerte. Dígolo por la de Carlos IV.; tropezarse con un Goya, y la de Felipe IV, darse de manos a boca con Velázquez... siquiera Carlos V y Felipe II toparan con «un tal Tiziano».

Es nota característica de Velázquez el ser supremo en todo lo que pinta. Lo mismo en su principito Baltasar Carlos, aéreo de inocencia y de candor, que en su Conde-Duque de Olivares, hinchado de presunción y de fanfarronería de favorito; en su doña Mariana de Austria, con las ampulósidades de su vestido negro y plata, que en su encantadora infanta doña María Teresa, en los despropósitos del suyo, plata y rojo; lo mismo

en su retrato de Martínez Montañés, de sobriedad de Greco, que en su coronación de la Virgen, de unción murillesca.

A pesar de esta igualdad consigo mismo que distingue a Velázquez en toda su pintura, su obra definitiva y culminante es su cuadro de Las Lanzas... (digo) Las Hilanderas... (digo) tampoco; su cuadro de más empuje y de mayor acierto o a lo menos el que los críticos de arte disputan por culminante, es el de «Las Meninas».

Genio es preciso ser y de la arrolladora magnitud del Aposentador de los Reales Alcázares de Felipe IV, para obtener obra tan bella, con elementos tan feos unos, y tan... monstruosos otros. Un fondo de habitación, adocenado y vulgarísimo y una indumentaria absurda... horrorosa... ¡grotesca!

Pues retrate usted ahora un perro, de lo menos lindo que ha producido la raza canina... un enano, cabezudo como Nicolasito Pertusato y una enana, como Marí Bárbola, que parece el engendro de una pesadilla, hasta vestida de descarado verde, para más ensañamiento de fealdad.. ¡Es que duelen los ojos de cosa tan fea!

Cierto que andan por allí dos Meninas: doña María Agustina Sarmiento y doña Isabel de Velasco, de una sobria belleza de semblante y una distinción suprema en la manera de tenerse: cierto que hay en el segundo plano, una dueña de honor, doña Marcela de Ulloa, y un guarda-damas, que, como el aposentador de la Reina, de último término, son de correctas facciones y elegante indumentaria, y cierto, en fin, que los bustos de los reyes, reflejados en el espejo, embellecen y alegran la pared del fondo, de propósito oscurecida toda ella para hacer más descaradamente brillante la puerta por donde diríase que «realmente» entra la luz... Pero con el cancerbero de Marí Bárbola hay bastante, y aun sobrado, para afean un pueblo, cuanto más un cuadro.

A pesar de todo esto, el cuadro de «Las Meninas» retiene al espectador como si le pusiese esposas en los pies. Hay allí una infantita doña Margarita María, protagonista del cuadro, que al agruparlo todo en torno suyo, lo sincera todo. Es una niña... de luz; de carnicitas de nácar y de crenchas de sol, que poetiza con el encanto de su inocencia

lo mismo el cuadro en conjunto, que todos los elementos de la obra. Todo está allí por ella y para ella: aquello no es otra cosa que el desenvolvimiento de su vida de Infanta — niña, hija de Rey. — Un perro, para que la siga a todas partes. Dos enanos, para que la diviertan a modo de muñecos semovientes. Una dueña de honor, un aposentador y un guarda-damas para que la sirvan. Dos señoras Meninas para que le hagan reverencias de corte o le ofrezcan de rodillas lo que haya de beber. Una Reina y un Rey, para que la contemplen embebecidos, desde donde está el espectador, y... como quien no dice nada, un don Diego de Velázquez, caballero del hábito de Santiago, para que la perpetúe en el arte y en la historia, embelecida por los resplandores del genio.

### III

Mientras «la familia de Carlos IV» no tiene protagonista, o tiene tantos protagonistas como personajes destacan del fondo, el protagonista del cuadro de las Meninas, es uno y «único»: una Infanta que ena-

mora con su candor infantil, que no obsta a su empaque principesco; cual si estuviese ya persuadida—tan chica y todo—de que es Infanta de España...

Se tiene con tan soberana majestad: es tal su gesto de aristocratiquez nativa y distinción principesca, que se le nota la costumbre de estar servida y mimada y adorada... Más que una Infanta nena, parece una reinecita, que empieza a hacer pininos de soberana... ¿No la véis cómo se deja servir de rodillas, sin ni siquiera mirar cómo se le está sirviendo? Como así la sirven siempre, está ya acostumbrada... Lo que no le gusta mucho es que el desconsiderado Pertusato le esté pateando el perro... ¡Cómetelo, Marí Bárbolal

Por lo demás, aire y luz: mucho aire y mucha luz. Ese aire diáfano de todas las composiciones de Velázquez, que parece que se puede andar por entre todas las figuras como si fuesen corpóreas y no pintadas: y esa luz, que el sol de mi Sevilla de mi alma puso en su paleta, para que él la fuese cogiendo a manojos, cada y cuando la hubiese menester: ora para el casco de Marte,

ora para el anca del caballo de la «rendición de Breda»... o para que la derramara toda entera en los áureos rizos y ebúrnea frente de esa Intantita que fulge, cual si estuviese por dentro iluminada...

## IV

Hay quien dice que esto no parece cuadro: que la impresión que hace o que produce—y es la verdad—es la de un hueco en la pared, por el que se percibe, del lado allá de unos cuantos siglos, un trozo de historia, un pedazo de vida: o que, si en realidad de verdad está pintado, lo está con esa facilidad «quid supremum» del arte, sea cual sea, a donde sólo el genio llega sin fatiga, bien así como sólo el condor se remonta sereno y sin esfuerzo, sobre los más altos picos de la cordillera de los Andes.

Bien hiciste, maestro, en perpetuar tu imagen en esa cámara regia de tu majestad artística. Quien así supo sentarse en el trono del genio, bien pudo permitirse el lujo de co-

dearse, como uno de tantos, con príncipes y con reyes.

Yo, por mí, no cambiaría el llamarme Diego de Velázquez, por haberme llamado Felipe IV de Austria.



# EL ESCORIAL

## I

Lo de célebre soneto:

«Érase un hombre a una nariz pegado»,  
se le ocurre decir al viajero al llegar a este  
pueblo tan petimetre, tan pulcro, tan bonito:  
este arrabal de Madrid, como quien dice,  
formado poco a poco y embellecido más  
cada día, a la sombra e influencia de su  
Real Monasterio, como en derredor de una  
joya se pliega el terciopelo de un estuche.

Mas, como no hemos venido a ver el  
pueblo, sino a abrumarnos con el peso de  
nuestra pasada grandeza, nos hemos ido  
derechitos desde la estación a esta, con ra-  
zón denominada octava maravilla. Nos he-  
mos apeado ante la grandiosa puerta prin-

cipal, hemos, no atravesado, sino andado a lo largo el... infinito patio de los Reyes, y dejando la iglesia para lo último, nos hemos zambullido en aquel verdadero mar de grandezas históricas que fueron y de grandezas de arte que habrán de durar siempre.

Y he estudiado sus cuadros maravillosos —Grecos, Riveras, Carduccis, Navarretes... de Vaccaro y del Bosco, de Jordán y del Veronés, de Patinier y de Van-der Weyden..., de Velázquez y de Guercino, del Tintoretto y de Tiziano—: he visto sus telas estupendas y sus aún más estupendas bordaduras, que no se dejarían eclipsar, ni por las mismas de Toledo; sus joyas... de emperador Carlos V, y sus libros únicos... hasta la casa del príncipe: ese aureo camarín, de brocados y de porcelanas, que parece un rinconcito de Versalles y que hace el efecto en medio de tanta severidad y austeridad monástica, de un alfiler de pecho rococó sobre el burdo sayal de un anacoreta.

Por encima, sin embargo, de este museo de maravillas, la maravilla suprema es el portento petrificado de esta gigante mole, de aciertos arquitectónicos de Vaticano.

Alma de granito de un Rey de piedra, El Escorial parece una estribación de la sierra de Guadarrama, vaciada a cincel y martillo por la mano de un Cíclope. No parece un monumento de piedra, hecho a fuerza de bloques superpuestos... Parece una piedra sola: gigantesca desde luego, ¡infinita! en la que se hubiesen horadado galerías, abierto patios y calado ventanales y portadas, pero dejando torres y respetando cúpulas. Los tejados de pizarra acaso ayuden y contribuyan a la ilusión. Todo en él es de piedra; o granito, o pizarra, o mármol, o jaspe. Lo que en él no es de piedra, es porque es de bronce, dorado a fuego.

Claro que sabe uno, desde niño, que el Real Monasterio del Escorial es obra de Felipe II, para perpetuar el recuerdo de la batalla de San Quintín contra los franceses; proveer a su padre «el Emperador» de una sepultura digna de su augusta majestad cesárea, y labrarse él mismo un retiro en que, más que descansar de las fatigas del gobierno de dos mundos, enfrascarse en el estudio de todos los problemas de la Europa de su época. Pero, aunque no supiéramos nada de

esto: con sólo conocer someramente la psicología de los Reyes de España, a la pregunta:—vamos a ver: ¿qué Rey cree usted que pudo hacer esto?—desde luego, responderíamos sin titubeos ni vacilaciones:—Esto tan grande y tan fuerte; tan pujante, tan austero, tan sobrio y tan señor, ¡esto es Felipe II en cuerpo y alma!... ¡El Felipe II, retratado por Pantoja!... ¡El Escorial es él!

Más aún que su misma celda: ese pudridero en vida, de su carne, lecho de su muerte y tribunal del juicio de su alma, nos lo pinta, ¿qué digo, nos lo pinta? ¡Nos lo esculpe!; esta sequedad magnífica o esta magnificencia con sequedad como de corcho: la sobriedad espartana de todo lo que integra la armonía suprema de este conjunto pétreo: de dureza de granito, y frialdad de mármol; de esta austeridad de vestíbulo de panteón: el más magnífico, ciertamente, de todos los panteones; pero a la vez la más panteónica—y pase la palabra y el retruécano—de todas las imaginables magnificencias.

¡Qué hermosa idea del señorío de la muerte, y de la muerte de todos los seño-



ríos!—Y siguen los retruécanos—¡El Escorial es un *de profundis* petrificado! El *de profundis* de un Rey, por un Emperador, su padre; por sí mismo, y por todos los Reyes españoles que en el transcurso de los siglos le sucedan en el trono que fué ¡ay! de dos mundos. El Escorial más que un himno de triunfo, es un responso...

Esculpida el alma de Felipe II en todo lo que es esta fábrica portentosa, parece como que se lo va uno a tropezar por todas partes: ora al volver la esquina de cada claustro; ora al subir por la escalera, pintada por Jordano; ora paseando sombrío y taciturno a lo largo de la sala «de las Batallas»; ora por la severa sacristía, que parece una logia del Vaticano...; ora por el jardín—el único que conozco, que no se ría nunca—; ora sentado en el lugar, denominado su *silla*, contemplando su obra duplicándose, al reflejarse en el agua muerta del estanque...

¡Mira que hasta el agua misma estar aquí muerta!... Diríase ser traída, por arte de encantamiento, en ánforas cinerarias, de la laguna Estigia.

## II

He despedido al religioso que me ha servido de cicerone, y me he quedado en la iglesia, que he querido dejar para lo último. He querido quedarme solo para rezar el oficio divino dentro de este templazo, solo ahora para mí.

Me he sentado en un escaño del lado de la Epístola, cogiendo en escorzo el enterramiento del Fundador, frente por frente al retablo de mármoles oscuros y diaspros rojos, y de bronce dorado la estatuaria. Ese altar, lauro eterno del Herrera que lo traza y del Jácome Trezzo que lo ejecuta; al par que de los dos maestreros de la escultura, o sea: León y Pòmpeyo Leoni, que pueblan de figuras las hornacinas.

Por cierto que también entraba dentro de mí cono óptico el grupo gemelo al del Fundador, o sea el del enterramiento de Carlos V, cuya clásica estatua, de policromada indumentaria, rodeada de las de su mujer la emperatriz Isabel, su hija doña María y sus hermanas doña María y doña Leonor, hace el bis a la de su hijo, a quien acompañan a

su vez sus tres esposas doña Isabel de Valois, doña María de Inglaterra y doña Ana de Austria, y el primogénito don Carlos, plañido en el epitafio de fray Luis de León, que aprendimos en las aulas, cuando nos andábamos en Retórica y Poética:

«Aquí yacen de Carlos los despojos.

La parte principal volóse al cielo.

Con ella fué el valor. Quedóle al suelo

Miedo en el corazón, llanto en los ojos.»

. . . . .  
¡Las cosas que han dicho en este mundo los poetas, aunque se hayan llamado fray Luis de León!...

### III

Siento frío, y me voy. Pero me detengo y digo:

¡Estatuas estupendas, que parece como que vais a levantaros de vuestros reclinatorios, en cuanto acabéis de orar! Seguid, seguid orando por la prosperidad de vuestros reinos, desde «el lugar donde *asistís* eternamente»...—la erudición de hoy no puede ser más de alumno de Poética—. Y, perdo-

nados por Dios vuestros pecados, habida en cuenta vuestra edificante penitencia y ejemplares virtudes, alcanzad para España en la persona de su Rey, en su Ejército y en su Pueblo la gracia de que vuelva a ser lo que fué en vuestra época gloriosa: el martillo de la herejía y el brazo derecho de la Santa Madre Iglesia...

Ya en el panteón de Infantes, he hecho el mismo encargo a vuestro hijo y hermano, respectivamente: al «divino» Jeromín; al León de Austria. A él también «le dolía» España.



## LA VIRGEN ESPAÑOLA

Era, desde que salí de Sevilla, una de las escalas obligadas de mi viaje: este Avila del Rey... y de Carlos Luis de Cuenca: así como lo ha dicho él mismo en una de sus «Frustrerías», no ha mucho tiempo. De modo que ni quito ni pongo, Carlos.

Quien sale, como yo, «de su tierra y de su cognación» a darse un hartazgo de tradición y de historia, de Religión y de Patria, no puede, en modo alguno, pasar de largo por delante de esta casa solariega de Santa Teresa de Jesús, como quien no dice nada: esa última expresión de españolismo neto, o sea: de la fe que traslada los montes: y, con la fe, primera de todas las virtudes, del amor en que radica toda santidad... esa mujer angelical, o ángel en carne humana, que,

aun en medio de trajinantes y mozos de mulas, venteros y maritornes, por caminos y ventas, calles y posadas, vive esa vida divina de los que son exclusivamente para el Amado, como el Amado es para ellos, sin que las malas andanzas del mal comer y del peor dormir, del viajar de pueblo en pueblo y del andar de ceca en meca, ora haciendo antesalas a grandes y prelados, príncipes y hasta reyes, ora habiendo de entenderse para toda la barahunda de fundaciones y de reformas con entalladores y alarifes, los arranquen de ese tercer cielo a que los tiene perpetuamente transportados la alta contemplación, síntesis de su vida de unión y de éxtasis..., esa mujer del pueblo castellano, que habla como el pueblo de su época; sabe como un doctor, escribe como un consumado literato y trova como un altísimo poeta: todo ello *en español*; esto es: en cristiano, pues cristiano y español era en su tiempo todo uno, cual si el cristianismo hubiese venido a ser el patrimonio de España, y España, en sus costumbres y en sus modos, en sus instituciones y en su ambiente, la expresión y forma plástica del cristianismo.

Por eso, Teresa de Jesús es tan española y tan santa a la vez: tan rica-hembra castellana y tan hija de la Santa Madre Iglesia, por la que hubiese dado toda su sangre... ¿Quién no recuerda su frustrado viaje a tierras de moros, en busca del martirio?..

¡Teresa de Jesús es España! España desposándose con Jesucristo y cambiando con Él el nupcial anillo como en el alto-relieve del altar mayor de los Descalzos, iglesia hoy emplazada en el mismo hidalgo solar en que se meció su cuna.

Teresa de Jesús es España, transverberada del amor a Cristo, como ella en su celda del convento de la Encarnación, Tabor de espinas de donde salió, más que transverberada, transfigurada, para transfigurar el Carmelo y en el Carmelo al mundo.

Monjitas de la Encarnación, conservadoras, como ángeles custodios, de ese augusto relicario de esa vida... de esa escalera, teatro de aquel diálogo.

—¿Cómo te llamas, niño?

—Pues dime tú primero cómo te llamas.

—Yo, Teresa de Jesús.

—Pues yo, Jesús de Teresa.

Angeles custodios, digo, de esos claustros hollados por sus plantas, de ese refectorio santificado por su ayuno, de ese coro aromatizado por su oración, ¡de esa celda... calvario de su lanzada!

¿Queréis hacerme la merced de besar, en nombre mío, esas paredes salpicadas aún por la sangre de sus penitencias, recalentadas por las llamaradas de su amor..., impregnadas aún, como la santa casa de Bethania, del aroma del unguento de nardo del vaso de alabastro de aquel corazón amante, que tuvo que ser roto por ministerio angélico, so pena de morir, por no acabar de morir...

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero?

Cosas grandes ha hecho el Señor con sus santos. Pero lo hecho con Teresa de Jesús, ni tuvo precedente antes de ella ni repetición después. Fué favor, y merced, y fineza, para ella sola. Como Dios rompió el molde en que la hizo, así también rompió el molde en que labró esa fineza tan exquisita.

¿Queréis que os transcriba las palabras con que ella misma nos refiere el portentoso? Descubríos y leed:

«En esta visión quiso el Señor que lo viese así (un ángel en figura corporal). No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía a los Angeles muy subidos, que parece todos se abrasan; deben ser los que llaman Seraphines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos Angeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir. Veíale en las manos un dardo de oro, largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego.

Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas; al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dexaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacían dar aquellos quexidos, y tan excesiva la suavidad, que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no dexa de participar el cuerpo algo

y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento».

. . . . .

Y ahora caigo en la cuenta de que llevo escritas diez u once cuartillas, sin haber dicho otra cosa de Avila sino que he llegado a ella y es la tierra de Santa Teresa de Jesús.

Pero ¿quién llega a Avila y no consagra un recuerdo y tributa un saludo a esta obra maestra de la Naturaleza y de la gracia?

¡Ah! ¿Por qué no está en Avila, donde fué transverberado, ese corazón transverberado?... ¡Ese corazón que puede contestar a las palabras de Jesucristo a su sierva Margarita María de Alacoque:—He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres—con estas otras palabras no menos verdaderas:

—He aquí este corazón que tanto ha amado a Jesucristo.



# A V I L A

## I

Sin una piedra más, ni una piedra menos, que en la memorable mañana del 5 de Junio de 1465, cuando en el grotesco monigote, modelado en barro por Perucho Gómez y desnarigado por Fernando de Alarcón, se denigró y se vilipendió y se le arrastró por los suelos después de pateada, la Real Majestad del malaventurado Rey de Castilla, Enrique IV, para en el mismo enlutado caldo que elevaron a una la ambición y la perfidia, proclamar Rey al Infante don Alfonso, están hoy, 14 de Agosto de 1919, las almenadas murallas que encierran esta vieja ciudad castellana que parece desmentir lo del rodar de los siglos.

Escena por escena, he estado reconstituyendo en mi imaginación de peregrino, des-

de el adarve que mira al mediodía, la farsa sin epíteto que le cuadre, pintada de mano maestra por el P. Luis Coloma en su inacabado libro «Fray Francisco». O sea: viendo salir de la ciudad, por la puerta de S. Vicente, y avanzar por entre el consternado vecindario, el pelele de barro sin cocer, policromado de bermellón y albayalde, con la cola de un buey rubio por barbas y guedejas, montado sobre una mula encapazonada de negro, cubierto de un enlutado capuz, en que campeaban las armas reales y seguido de Prelados y de Grandes, para, una vez en lo alto del tablado, desposeído primeramente de la corona, del estoque después, y a seguida del cetro, todo ello en medio de tremendos cargos, ser derribado del trono y arrojado a puntapiés hasta del cadalso mismo...

Hasta he señalado el cubo de muralla, contra el que el mestre de Alcántara y el marqués de Villena, de quien.

Ni palabra mala ni obra buena, resguardaron, a fin de que no presenciara la deshonrable ceremonia, al Infante «de carita de manzana» y bucles de oro, vestido de

brocado azul celeste con joyel de rubíes en la caperuza, durante la incruenta—siquiera sangrientísima—ejecución del deshonorado hijo de su mismo padre, Juan II de Castilla...

Y basta de a propósitos sobre Avila, no nos vaya a pasar lo que en el capítulo anterior.

## II

Como el que hace el jubileo de la Porciúncula, así me he llevado yo todo el día: entrando y saliendo en la ciudad y de la ciudad, por todas y cada una de las puertas de la muralla. Claro que una tontería como otra cualquiera: pero cualquiera le pone puertas al campo de los gustos particulares de cada uno...

Celebré el santo sacrificio en la capilla de Mosén Rubí de Bracamonte, de patronato particular—el ducado de Parcent—que forma todo el lado de una plaza, que reconocería, si hoy la viera, Santa Teresa de Jesús: y por calles solitarias y tortuosas, a que abren sus vetustas portaladas casonas sola-

riegas—imposible más casas nobiliarias que este Avila de los Caballeros—con su enorme escusón sobre la jamba y sus dos cerdos de mármol o de granito en el patio, dejando aquí una parroquia de traza bizantina y acullá la portada plateresca de un convento, me he ido a la Catedral, empotrada, si vale la expresión, en los cubos de la muralla, y si no ahí está su puerta de San Segundo, que diríase el aprovechamiento de una aspillera, siquiera ornamentada al gusto Renacimiento... ¿Quién no entraba y salía por esa puerta aunque no fuese más que para subir y bajar su señorial escalinata de severo antepecho, con pingorotes de cantería?...

De curso de arqueología cristiana puede calificarse la puerta principal: con un arco románico—el de entrada—alrededor del que se desenvuelve graciosísima una serie de arcos ojivales; y encima, y con el fondo de un gran ventanal ojivo, un imponente friso plateresco, con colosales estatuas en los recuadros de los intercolumnios.

Saludo a los dos Hércules que dan guardia de honor a la famosa puerta y penetro en el interior del sagrado recinto.

—¿.....?

Altars de alabastro primorosísimos, dignos de Berruguete, si no son de él, y sepulcros como el del Tostado que está en la girola, y que excede a todo encomio, relieves de alabastro platerescos, como los de la sacristía, y herrajes maravillosos como las verjas del coro y del altar mayor... todo este conjunto de riqueza, en fin, que hace de esta Catedral, lo que son, después de todo, todas estas Catedrales de Castilla; museos de todo arte, en que lo último que se ve es lo más quintiesenciado.

### III

Además de las truchas, que me han hecho llevadera la vigilia de la Virgen—no he comido en mi vida cosa más rica—recomiendo a mis lectores la fachada de San Pedro: ejemplar románico de primer orden, cuyo enorme rosetón, de mayor diámetro aún que el arco mismo de la portada, es uno de esos aciertos arquitectónicos que acreditan el buen gusto a la Edad Media: la simbólica rosa de vidrios de colores, en el pecho de la

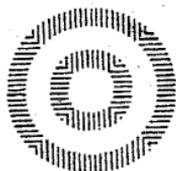
Esposa del Cordero. ¡Lástima que no le haya quedado vidrio sano y que toda la obra de restauración se vaya a reducir a la valla que le han puesto! «¿Quousque tandem?»

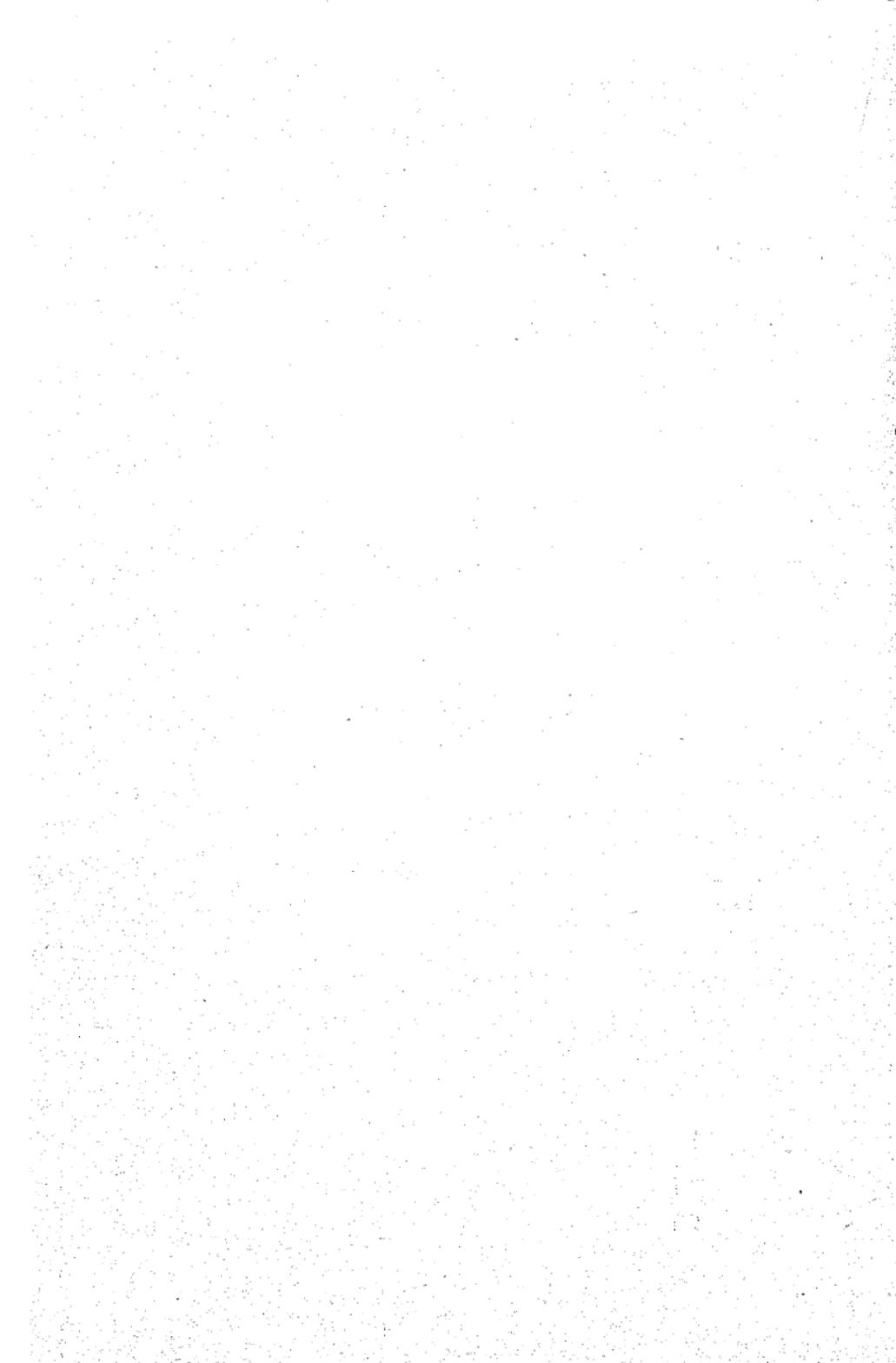
Y ya ¿quién no va a la parroquia de San Vicente, fábrica bizantina que no cede a la de San Pedro —con ello se dice todo— con el sepulcro románico de los Santos Vicente, Sabina y Cristeta... y *de camino*, como el encargo de las monjas del cuento, a la iglesia del convento de Santo Tomás, con la novedad de sus dos altares mayores, el bajo y el superpuesto, sagrario éste de la Hostia incorrupta del milagro eucarístico?

Si su portada de piedra y los primores de sillería coral no merecieran la caminata, por Dios que la merecería el sepulcro del Infante don Juan: flor segada por la muerte del cuidado jardín de la Reina más grande de nuestra historia... y de todas las historias; no sé si esposa, si madre, si reina, si santa, si todo ello a la vez, que se llamó Isabel I de Castilla: flor en que ella tenía puestos todos sus encantos, y que al morir sin sucesión dejó libre el acceso al trono de España a su hermana doña Juana, cuyo enlace con el archi-

duque de Austria Felipe el hermoso, había de resolverse en Carlos V prótasis y cenit de las grandezas de nuestra historia.

¡Sabe Dios hacer las cosas con tanta suavidad!





# DOMUS AUREA

## I

Y la verdad; como siempre he oído decir—el que quiera saber, que vaya a Salamanca—he venido a Salamanca.

Mientras la tonalidad de la piedra de Avila es verdinegra, pero de ese verdinegro sefiñoril, que recuerda el claroscuro de los terciopelos rancios, la tonalidad de la piedra salmantina es de oro viejo. *Domus aurea*: casa de oro, puede apodarse esta *sedes sapientiae*, o casa solariega de la sabiduría española; esta ciudad castellana, con razón denominada Roma de occidente. Como mi madre Sevilla, la *alma mater* castellana es

«Roma triunfante en su mayor alteza».

Diríase que el sol, enamorado de ella, había ídole imprimiendo poco a poco el color

de su lumbre. Y de oro parecen las moles de sus palacios—el de Monterrey, las easas «de las Muertes» y de «las Conchas»—y de oro parecen las fábricas de sus templos—el de San Martín, el de *Sancti Spiritus*, el de la Clerecía—de oro la fachada de su Universidad famosa, que parece un enorme retablo de la época de transición, ante la que se levanta prestigiándola, como hoy se dice, la estatua del teólogo de «Los Nombres de Cristo» o del hablista supremo de «La Perfecta casada», y de oro, en fin, su templo «catedralicio», «partido por gala en dos», o sea: su Catedral Nueva, del gótico más florido, y su Catedral Vieja, del románico bizantino más austero... siquiera haya dentro de ella atildamientos y exquisiteces ojivales, como el tríptico de Gallegos, que recuerda el de nuestra capilla de la Puerta de Jerez, fundación de nuestro Maese Rodrigo de Santaella; prodigios platerescos, como el sepulcro de don Gutiérrez y de doña Constanza, que es de esas cosas que nunca se olvidan... la capilla de Santa Bárbara, ecúleo de tormento de todos los graduados por Salamanca, con un frontal de azulejos de Talavera,

que parece un brocado del siglo XVI y que no se deja eclipsar por los de los altares del claustro del convento de San José de Avila... y la otra monumental capilla del rito muzá-rabe, cuyo altar Renacimiento corre parejas con la maravilla de herrería de la verja del enterramiento del fundador, que... ¡hasta allí Castilleja de la Cuesta, que decimos en Sevilla!

Es una verja forjada, de balaustres de macolla, que circunda un túmulo: reforzada por seis columnas del plateresco más alambicado, rematadas en blandones para cirios, como no he visto nada que pueda parecerseles, como no sean los cuatro «Bizarrones» de plata, que repujó y cinceló la época plateresca para la gloria de Dios en el presbiterio de la Catedral de Sevilla... Sólo que lo que allí es de plata, aquí es de hierro, y lo que allí está aislado y por su cuenta, aquí está aprisionado por un friso y por un zócalo, causando la impresión de un aparato fúnebre, para unas exequias que no se acaban nunca... No falta más que les coloquen las amarillas hachas, para empezar a cantar: *Regem cui omnia vivunt, venite adoremus.*

## II

Varias veces he salido de la Catedral Vieja para entrar en la Nueva—no hay más que subir unos escalones para ello—y otras tantas, después de un ligero vistazo, me he tenido que volver a mi punto de partida.

Y no porque no haya en la Nueva maravillas que admirar, siendo así que por sí sola la «Capilla Dorada» merecería un viaje a Salamanca.—Ahí están, si no, su verja despampanante; su retablo estupendo; su sepulcro mural del fundador, con que juega la puerta, creo que de una sacristía, y su azulejería talaverana;—si no porque la placidez monacal del claustro de la Vieja, con sepulcros como el de don Alfonso y don Aparicio; sus rincones como el últimamente descubierto, que parece un *lóculus* de las Catacumbas, y su serie de capillas como las ya citadas, con las mil que se me quedan en el tintero, cada una notable por su cosa, son como para incardinarse en Salamanca y pedir al señor Obispo, a quien saludo, que lo nombre a uno conservador de este artístico

ramillete, donde han ido colocando sus más peregrinas flores todas y cada una de las centurias ¡Es mucho esta Salamanca!

### III

Otra vez que viaje, no habrá de ser así. No se puede ver en un día lo que necesita un mes, ni recorrer en una semana lo que ha menester un año. Hay que dar tiempo al tiempo para impresionarse bien, sin yustaponer las impresiones, y escribir más que de conjunto, de pormenores, o séase: «memorias» de cosas particulares y concretas, mucho más cuando son *únicas*, como estas de Salamanca.

¿Quién dice que con sólo «la Casa de las Conchas», que yo denominaría primera casa de España, no podría hacerse un libro que pudiera titularse «la morada española»?

¿Quién dice que no merece otro libro por sí solo el sepulcro del Obispo Tavira, existente en la Catedral Vieja, cuya verja de hierro deja tamañita a la misma mismísima de la capilla muzárabe? ¡Creo que no se puede hacer más con el hierro! ¿Quién dice, en

fin, que la Virgen de la Vega, Patrona de Salamanca, imagen bizantina de plata y esmaltes, digna de presidir honrosamente un museo de iconografía cristiana, en donde se exhibieran los más interesantes ejemplares del mundo, no merecería otro libro..... y hasta una biblioteca?

Pero amigo: ni yo sé tanto, por una parte, como para echar un libro por cada dedo de la mano, ni son, por otra, libros los que quieren los lectores. El lector gusta más de lo chispeante que de lo amazacotado, y sé que está prefiriendo este «no decir nada» de estas crónicas, a estudios concienzudos de monje benedictino.

#### IV

Me pregunta un lector en una carta recibida en Avila, que si no me ha pasado ningún incidente cuyo relato logre entretener.

Pues sí señor: me han pasado: ayer, sir ir más lejos, me han robado el «cabás», en la estación de Medina del Campo. ¡Pero anda: que en el pecado lleva la penitencia!

Hubiera sido de una cupletista, y se hubiera mi hombre aviado para un poco de tiempo.

Pero era de un escritor, y clérigo por añadidura, y todo lo que se ha llevado ha sido un bloque de cuartillas, una guía de ferrocarriles, dos o tres calcetines y otros tantos pañuelos; un cucurucho de bombones, todavía de El Escorial... ¡y un tomo del breviario!

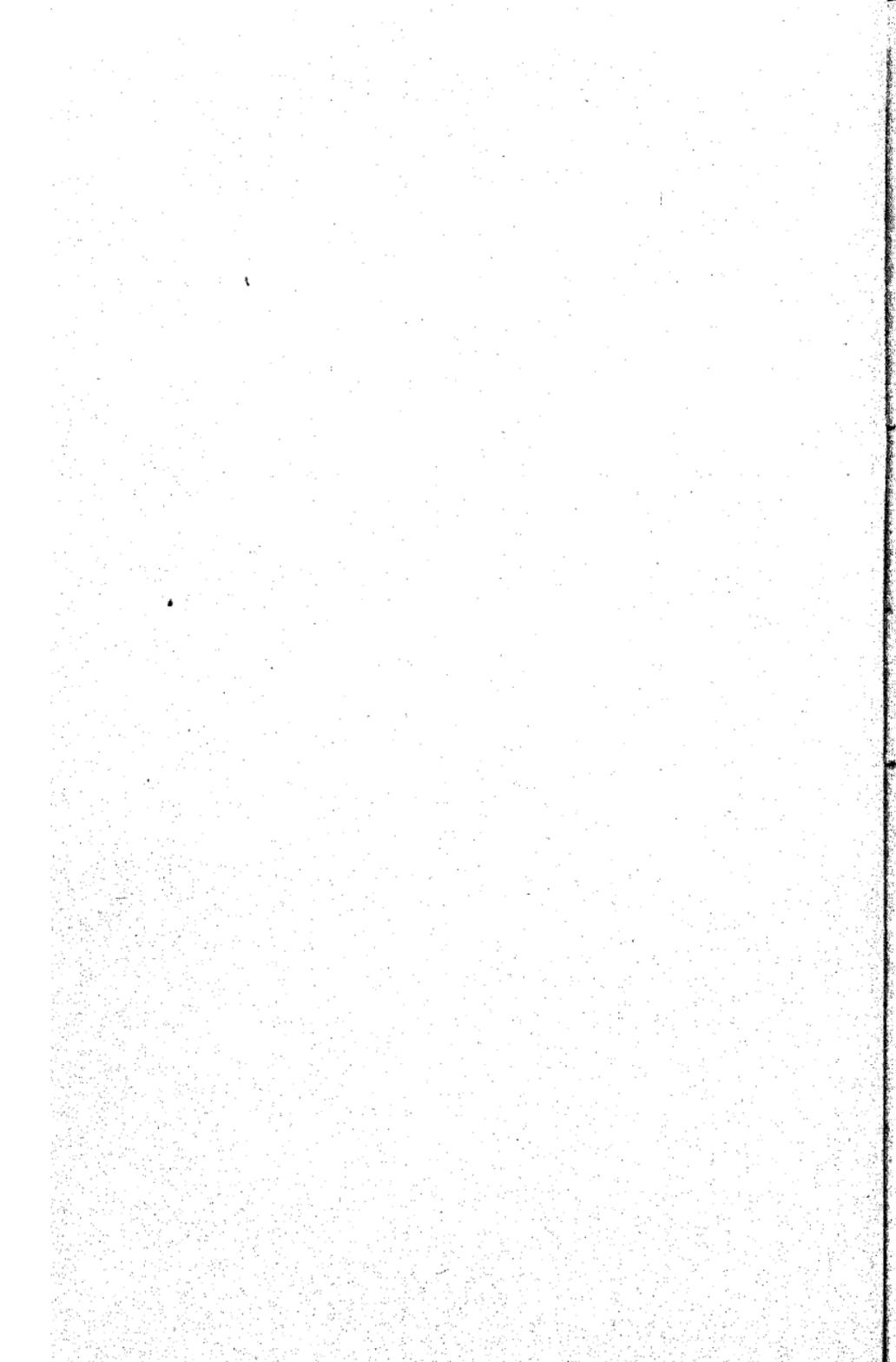
¡Mire usted qué pecado más infructuoso!.. ¡Lo que irá a hacer esa criatura de Dios, con ese breviario que retantísima falta me hace a mí! Ya ven: el rezo divino obliga *sub gravi* y tengo que comprar un juego, y para hoy mismo, so pena de «rezar con los dedos, como los moros», que se dice por mis tierras de Andalucía.

¡Vaya que el señor Obispo me prestaba uno?...

Pero, como de todos modos hay que comprarlo, no importunemos a su Excelencia, y apuntamos veinticuatro duros en la lista de imprevistos de viaje.

Más se lleva el diablo al cabo del año.

.....



# CHARRAS SALMANTINAS

## I

¡Lástima que se vayan extinguiendo poco a poco—¿qué digo: que se vayan extinguiendo? ¡que se hayan extinguido enteramente! —los trajes regionales: tan lindos, tan pintorescos, tan garbosos, y sobre todo, tan españoles, que bastarían por sí solos a darnos hecho el mapa de la nación.

Merced a los confiscados figurines, caricatura siempre de la estructura de la mujer, pues tan pronto le ponen el talle por la rodilla como se lo colocan debajo de los brazos; tan pronto la ahuecan de mangas como de ellas las desproveen; ora la ciñen y la encanutan, ora le levantan calumnias de polisones y miriñaques; cuándo nos las presentan con cintura de avispa, cuándo, como ahora mismo, con silueta de costal; tan pronto nos

la tocan de sombrero de picadores de toros, como de ceñido birrete de doctor de claustro; tan pronto nos la abrigan con salerosa capa que trasciende a Esquilache, como nos la zambullen en ruso de lacayo... tan pronto les ponen cola por delante, como nos las acortan de vestimenta, que ya pueden hincarse de rodillas sin temor de que la falda se les deteriore... Merced a los confiscados figurines, vuelvo a decir, la elegante lugareña hace por vestirse, y se viste (aunque en mala comparación), como la de la capital de su provincia, a donde fué para el Corpus o la Semana Santa. La elegante de la capital de provincia hace a su vez por vestirse como la madrileña (aunque en mala comparación) y la madrileña, en fin, como la parisién o la newyorkina, por donde averigüe Vargas de qué pueblo, ni casta, ni lengua, es la mujer que se nos presenta, liada en esos trapos, homogéneos en hechura e idénticos en desgabo; sin más punto de discrepancia de unos a otros, que la que hay entre el terciopelo y el tartán, el tisú y la batista, la piel de zorro azul y la de gato, que le dan a usted por liebre... (digo) por marta.

Por lo demás, lo mismo verá usted a la de levante que a la de poniente, y a la santederina que a la gaditana; a la gallega, que a la extremeña, a la que baila la jota a la orilla del Ebro, que a la que se arranca por bulerías allá por los Remedios de Triana... A lo de «una fe y un bautismo» de los teólogos, añaden las mujeres—«y un figurín»—mientras más despropositado mejor, con tal de aparecer todas uniformadas como las niñas del asilo.

Quite usted cuatro Juegos Florales en que la reina de la fiesta propone para la corte de amor el traje regional, o la ida de alguna Real Persona a la capital de la provincia, y no verá usted un traje de la región ni para un remedio: ora sea tan idílico como el de la asturiana y la gallega, ora tan femenino y coquetón como el de la valenciana; ya tenga la severidad casi monástica del de las damas de la Edad Media, del poético valle de Ansó, ya el donaire del de las de la Serranía de Aracena, de ampulosidad gitana; ya el recato moruno del de Marcheneras y Tarifeñas, ya el hieratismo y la riqueza de imagen de retablo, de este de las charras salmantinas.

## II

Unos buenos amigos, oriundos de la ciudad de Antequera, con quienes me tropecé esta mañana en los soportales de esta plaza Mayor, la más completa que he visto, pues parece el patio claustrado de una abadía, me han invitado a su casa a tomar con ellos el chocolate vespertino.

Más que la mantelería de lienzo del país, con randas de barañuelas por el estilo de las de las camisas de los charros—la señora es muy artista—; más que la finísima porcelana de Lemoche del servicio y que el delicioso centro de mesa—una alcarraza de Talavera antigua con varas de nardo—ya he dicho que la señora *se las trae*— más que las golosinas de cajón en todo chocolate salmantino, como las guindas en almíbar, la mermelada de ciruela, los azucarillos de anís y el bizcocho maimón de hechura casera... más que todo el lujo de detalles de buen gusto y de exquisito *sabor*, de que allí se hizo gala, lo que más impresionó mis ojos de artista, fué la pareja de servidoras del agasajo, o sea:

las dos hijas de los obsequiosísimos anfitriones, vestidas, en honor del huésped, con toda la donosura y el esplendor, todo el rumbo y la majeza de las charras salmantinas.

Empiece usted por el zapatito escotado, que empequeñece el ya de suyo diminuto pie y acabe usted por la toca de delicado encaje blanco, que les cubre la cabeza; y dígame si es posible nada más suntuoso ni más bello, nada más recargado, ni a la vez más elegante.

El manteo, o sea la falda, de forma acampanada, suele ser de rico paño de Béjar, de color siempre oscuro, con fastuosa guardilla, recortada y bordada de sedas y abalorios. De igual gusto y riqueza, solamente que es grana y con bordados de felpina, es el manteo interior que les sirve de refajo. De terciopelo negro con bordados de oro el delantal, cubre una faltriquera de lo mismo con bordado de oro, al cuadrado, de reminiscencias árabes... Y, encima de los hombros esculturales una amplia pañoleta de blondas blancas, profusamente bordada de lentejuelas de oro, que le dan «caída», y sobre la

pañoleta el honesto dengue, de terciopelo asimismo, con bordaduras de oro, que formándoles semicírculo por la espalda, se les cruza graciosísimo por delante... ¿Cabe mayor riqueza?... Pues eche usted después cadenas y collares, y medallas, y cruces de cuatro brazos en el busto, y arracadas de magnificencia bizantina en las menudas orejas, y anillos y sortijas, muchas de ellas de lanzadera, en los dedos de las manos... y, si esto parece a usted poco todavía, eche usted una cincuentena de agujetas u horquillas con cabeza de filigrana, para orlar los dos nenes o rodetillos, hechos de apretadas trenzas, que les descansan sobre las sienas.

Ahora, recójales usted todo el pelo restante en opulenta castaña, que parece de esterilla, sobre la nuca, amarrada con un lazo de seda de colorines, arcáico, que huele a cajonera de sacristía de monjas, con su fleco de oro en las puntas, y ya encima, la toca, vaporosa y nítida, de recato de novicia...

—Díganme—decía yo a mis anfitriones, realmente hechizado con la cosa—si es posible en el mundo indumentaria de mujer,

más bella, ni más femenina; más señoril ni más maja al mismo tiempo; más rica ni más chula, y, sobre todo: ¡más española!...

¿De esto, a esos canutos de tela de cebolla, con bordados de *cotón perlé*... desabrochados por todas partes ¡a pesar de tantísimas docenas de botones!?... ¿De estas grandiosidades de Vírgenes bizantinas, a esas... cursilerías de cocotas?...

¡Lo que va de lo que nos traen de París a lo que tenemos en España!...

Por supuesto—concluí—que de tener que representar a España, vestida de mujer, lo que toca yo, pintor, no me andaría con titubeos. Yo me vendría a Salamanca, y con perdón de todas las demás regiones españolas, yo vestiría a España de charra salmantina. ¿Y cómo se llaman estas charritas tan resaladas?

—¿Cómo quiere usted que se llamen hijas de padres antequeranos? Remedios la rubinche y Soledad la morena.

--¡¡Bien por la calle de Estepa y por el barrio 'e er Carmen!!

Y nos dimos una de Antequera y de Andalucía, que nos crujía el pelo.

¡Se quiere tanto a la patria, cuando se está lejos de ella!...

—¡Anda, Remedios: cántale a don Juan al piano unas granadinas!

—Adios Granada,  
Granada mía,  
Ya no volveré a verte  
Más en la vía.  
No llores, niña,  
Que tu llanto me da pena!  
¡Lo mismo que la campana  
De la torre de la Velal!...

### III

Y cuando acabó la nena de cantar, estábamos llorando los cinco a una... ¿Seríamos andaluces?... ¡Luego hablan de la «morriña» de los gallegos!



## PURO DE INCOGNITO

Me lo hizo simpático, encontrármelo leyendo «Temple de acero». Me gusta que me lean los militares.

Lo saludé muy cortesmente, como hago siempre en los viajes, cuando entro en el vagón—en esto, como en otras muchas cosas, no me siento muy inglés—y, sacando del «cabás» el breviario, me dispuse a rezar el oficio divino. Eso menos tendría que hacer después.

—¿Quiere usted un cigarro? — me dijo abriéndome la petaca, con ganas a ojos vistas de que se lo aceptase, para que empezáramos a hablar.

—Iba a rezar—le dije:—pero se lo aceptaré.

.....  
—¿Reside usted en Palencia?

—No señor: soy... andaluz.—Y, como cayese en la cuenta de la tontería que había

dicho; pues, como comprenderá el lector, el ser andaluz no es obstáculo para residir en Palencia, añadí de latiguillo—: y resido habitualmente en Andalucía.

—¿En Sevilla, quizás?

—Sí señor: en Sevilla.

—De allí es mi mujer y mis dos hijos mayores. Los demás, de todo el mapa, porque he tenido diez y la vida del militar es la del judío errante... Es muy hermosa Sevilla y el que ha vivido en ella no la olvida.

—Ya lo dice el refrán: «a quien Dios quiso bien, en Sevilla le dió de comer»...

—«Y a quien quiso mejor, en la Iglesia Mayor»... ¿Es usted por casualidad y si no es indiscreción, del clero catedral?

—Sí señor: gracias a Dios, tengo en ella un beneficio.

—Conocerá usted entonces a Muñoz Pabón.

—Como que hemos hecho juntos la carrera.

—Será un hombre muy alegre y muy dicharachero, ¿no es verdad?...

—Más bien peca de callado. Como no se le tire de la lengua, generalmente observa y calla.

—¡Pues crea que me lo imaginaba tocando las castañuelas día y noche!... Ahora anda de viaje por ahí, según he leído en *El Debate*.

—Sí señor: por ahí anda. Y crea usted que ha sido un triunfo hacerlo salir de sus casillas. Es un hombre—solemos decir de él los compañeros—«que no va a ninguna parte.» Ha caído en la cuenta de que un escritor necesita viajar, y ha hecho la hombrada de liar el petate y largarse por ahí.

—Lo que no sé es a lo que viene ese incógnito tan a rajatabla. ¡Mire que haber estado en Madrid y no haberse presentado ni a *El Debate*!

—¿Quiere usted que le diga lo que tengo yo para mí con respecto a ese incógnito?

—¡Encantado!

—Pues que no es ni más ni menos que coquetearías de artista. Creo que no busca otra cosa que hacer más interesantes con el misterio las crónicas del viaje.. A mí que no me digan que con comunicarse con la gente y dejarse acompañar, no se documentaría mejor que él solo por su cuenta y riesgo. Ya antes de salir de Sevilla, había recibido un

montón de cartas de lectores, ofreciéndole todo género de facilidades, incluso la de dejarle tiempo libre para escribir.

—¿Y no sabe usted, sobre poco más o menos, hacia dónde endereza la proa?

—Creo que ni en su casa lo saben... Su plan es telegrafiar desde los puntos de llegada, con las señas del hotel, para que le reexpidieran la correspondencia, que es toda su delicia, y...

—Pues ¿sabe usted que me va resultando un poco raro el tipo?

—No hay hombre sin idiosincrasia, y esa es la suya.

—Y ahora dicen que va a publicar otra nueva novela.

—Sí: «Oro de ley».

—¿La conoce usted quizás?

—Desde que estaba en pañales, o sea, en los primeros borradores.

—¡Ah! ¿pero hace borradores?

—Para las novelas, sí. Dice que mientras más horas de trabajo se le echan a un libro, más garantías tiene de solidez, y que lo que se hace para que dure, debe ser algo más que una impresión.

—¿Y tarda mucho en hacerlas?

—Esta, la empezó en Enero y la fechó en Marzo, haciéndose además las «Siluetas Sevillanas» que publicó en ese tiempo.

—¡Pero eso supone una labor enorme!

—Ocho horas diarias de pluma, un día con otro.

—¿Y no se aburre?

—Dice que es lo que más le divierte.

—¡Claro! ¡Como que es el primer lector!  
(Pausa).

—¿Y pudiera usted adelantarme, si no es indiscreción, el argumento de la novela?

—Como usted comprenderá, antes de salir a luz, no debo desflorarla. A mí no me parece inferior a la otra. Ahora, que ha trabajado, como no ha trabajado nunca. El éxito de «Temple de acero» ha sido mucho acicate para su natural amor propio de escritor, y ha hecho cuanto ha podido. Ha sido, como él dice, un autopugilato.—Quedarse detrás de cualquiera—me decía—bien está: yo no compito con nadie. ¿Quedarse detrás de sí mismo, como la tía Perala, cá vez más mala...?

—Pues nada: esperaremos a ver en qué

acaban estas misas. La Coral, aunque no tanto como Maricruz, va resultando un tipo interesante y creo que tendrá lectores.

—Lectoras, sobre todo. Es obra de otro corte, más de salón que la otra, y eso gusta más a la mujeres. Las mujeres se parecen por los trapos y los moños, hasta en los libros; y las toaletas de Maricruz no podían ser más descorazonadoras. Así es que aquí ha echado el resto.

—Y eso digo yo: y este hombre ¿dónde se documenta para estas cosas?

—Pues con una sencillez... que llega al alma. Se lee tres o cuatro crónicas de modas, para llenarse de nombres de telas y de pieles y hechuras y colores: consulta con alguna dama de las que trata, cuál sería la toaleta más «chic» para el caso o momento que describe, y allá sale del paso, como Dios le da a entender. Había vestido a Coral, para la toma de dichos, de *charmeuse* color coral, «cubierta de arriba abajo de legítimo Chantilly». Y le dice la hermana; con quien vive, y que oía la lectura del borrador con los dos o tres íntimos que constituíamos el auditorio:—Mira Juan, que eso es mucho vestido

para una soltera, y tan *litri*, y para una ceremonia de esa índole, en que se extrema la nota de lo infantil. Quítale el sobrevestido de encajes y déjala con sólo el traje de *charmeuse*. Lo del aderezo pase, porque es regalo de los suegros y entra, después de todo, en el género de joyas de fantasía. Si no, tampoco.—Y mi hombre inclinó la cabecita y le dió un desplegón al Chantilly. Eso tiene de bueno, ahora que no nos oye. Que toma muy en cuenta todo lo que se le advierte. Se documenta mucho para todo lo que hace y cuenta con muy buena información. Sólo así puede acertar en muchas cosas.

—¡Pues a bien que mi mujer y mis hijas tienen poca curiosidad por saber de dónde se documenta!

—Pues ya ve qué sencillo le sale el procedimiento.

—Y dígame usted: ¿fuma?

—Como un carretero, sobre todo, cuando escribe, que es todo el día como quien dice.

—Pues me va usted a hacer el obsequio de entregarle este veguero de mi parte.

—¿Su nombre...?

—Un lector de *El Debate*, y nada más.

¿O es que solamente él va a tener derecho al incógnito?

—Pues nada: en nombre suyo, muchas gracias.

—Y ahora, otro para usted, por el mandado.

—Con este había bastante. Mientras él se lo fumaba yo escupía, y entre dos que bien se quieren, con uno que coma basta.



# P A L E N C I A

## I

Como cada uno tiene su idiosincrasia en este mundo, yo también tengo la mía en los viajes. Me gusta llegar de noche a los puntos a que voy, para hallarme por la mañana, al despertar en tierra nueva, con dos virginidades: la virginidad de un nuevo día y la de mi impresionabilidad de peregrino.

Por eso preferí ayer, para llegar a Palencia el correo de León y Santander, que llega aquí a media noche.

Me instalé en un hotel de la calle Mayor, especie de Gran-Vía que atraviesa la ciudad de extremo a extremo, donde, lavado de pata a oreja—hay que ver el polvazo y el humo que se traga por esos trenes—, me acosté como un bendito y me quedé dormido como un patriarca.

—A ver, hombre—me decía a dormivela: —¡a ver si esta Palencia es lo que con su enamoramiento de esposo bueno dice de ella el Cardenal Almaraz!

Por de pronto, parece tan chica, que cualquier pueblo de mi Condado de Niebla puede escupir aquí por el colmillo...

## II

—Oiga: ¿dónde habrá por aquí cerca una iglesia, en que poder celebrar?

—Enfrente de la puerta accesoria del hotel la tiene el señor. No tiene más el señor, sino atravesar la calle, y está el señor en la iglesia de las Siervas de María. La primera puerta, una vez vuelta la esquina de la calle Pedro Romero, esa es la puerta de la iglesia.

He seguido las instrucciones del portero del hotel y he penetrado en el templo más de monjas que he visto por estas tierras de Castilla. Si las buenas de las Madres no se picaran conmigo, me atrevería a decir que empachaba de repulido, femenino y pulcro: desde el encerado *parquet*, en que se ve uno

la cara, hasta el último grumo de la aguja del retablo gótico modernísimo; desde los ángeles orantes de sobre el barandal del presbiterio, hasta el tornavoz del púlpito... ¡De esto, a San Juan de la Penitencia en Toledo o al monasterio de San Clemente en Sevilla! Pero *distingue tempora et concordabis jura*; o lo que es igual: no busquemos en las iglesias de instituciones religiosas de pleno siglo XIX la seriedad monástica y severidad machuna de las de las religiones de los siglos medios.

### III

Por la calle Gil de Fuentes, y después por la del Ocho, he desembocado en una gran plaza: la de la Catedral, donde la piedad concepcionista del Obispo Almaraz y Santos levantó un monumento a la Concepción sin mancha de la Virgen.

La he saludado al pasar, con toda reverencia, y me he quedado boquiabierto ante la estupenda puerta del Obispo, de una pureza de líneas y de un lujo de decorado que no desdeciría ni en Toledo ni en Salaman-

ca, y, dejando a la izquierda la robusta torre de austeridad castellana, me he entrado por la delicadamente sobria puerta de los Novios.

¡Y en Dios y en mi ánimo, que nunca creí, ni me pasó siquiera por las mientes tanta y tan avasalladora magnificencia en una Catedral de tan poca nombradía, a lo menos por tierras andaluzas!... Hay que ver aquel retablo de la capilla mayor, del que parece modelo el de campaña de Carlos V, que se conserva en El Escorial...; aquel otro del trascoro, que recuerda las... brujerías de las capillas de alabastro de la Catedral sevillana, y que sirve de marco a ocho tablas flamencas, dignas de Van-Eyek...; aquel hechizo de puerta plateresca de la capilla de los Reyes, que parece arrancada de la Universidad de Alcalá de Henares...; aquella capilla del Sacramento, donde aguarda la resurrección de la carne la memoria de la reina de Castilla doña Urraca...; aquella verja del coro, fina y pulida como un *pendentif*, siquiera sea de hierro, labrado a martillazos...; aquel púlpito del trascoro, de Berruguete, que parece un relicario del si-

glo XVI, abierto en dos mitades...; aquel otro retablo, sin epíteto que le cuadre, de la Visitación, *non plus ultra* de la arquitectura gótica y de la pintura sobre oro...; aquel sepulcro de don Juan de Arce, o aquel otro del Abad de Husillos de la nave del Evangelio...; aquel retablo de San Ildefonso, que parece un portapaz de la época plateresca, digno hermano del de San Gregorio, verdadera filigrana de primores...; la «monería» del de San Cosme y San Damián, de traza díptica, y lo mucho que se me queda en el tintero. ¿Pues dónde me deja usted el respaldo del coro, del lado del Evangelio, con el portentoso altar del Obispo Fonseca, que apura el gusto, junto al no menos notable, siquiera aquél sea plateresco y éste gótico, del Santo Cristo, a que sirve como de nube-la de dosel la tribuna del órgano..., y *la blonda*, la blonda de hierro, de delicadísima urdimbre, de la verja forjada por Cristóbal de Andino para la puerta en ex-viaje de la capilla del presbiterio?... ¿Tapices decía usted?... Pues a ver si puede usted pedir ni mayor número, ni de más valiente composición, ni de más armónico colorido, que los que lleva usted vistos por esas capillas...

Catedral que poseyera solamente esa «historia de Abraham» bien puede no sentir envidia ni ante la misma de Zamora. Y eso que no he logrado ver más que los de diario... conque ¿cómo serán los que se guardan para las grandes solemnidades?...

Yo no salía de mi apoteosis, mientras he permanecido dentro de la Catedral, viendo tanto y tan bueno, así en bronce como en madera, en hierro como en mármol: bendiciendo la hora en que se me ocurrió venir por estas lejas tierras de Castilla y a esta Palencia que nunca olvidaré.

Y no: yo no me voy de Palencia tan pronto como pensaba. Esto no se ve en un día. Un día se lo lleva su Catedral, sólo por fuera. Pues si hermosa es su puerta del Obispo, no le va en zaga la de los Reyes, de marcado período de transición; y si elegante es su ábside de rasgados ventanales y robustos hastiales y contrafuertes, su claustro es maravilla de sobriedad y elegancia.

¡Qué quietud monacal en aquel rincón del pozo!... ¡Qué majestuoso señorío en la sobria portada de aquella sala capitular!...

Ya aquí, ¿quién no se da un vistazo por

el guardajoyas..., no baja a la románica cripta de San Antolín, razón de ser de toda la Catedral y hasta de toda Palencia, ni consagra siquiera unas horas a la estupenda iglesia de San Pablo, de la que tengo informes tentadores?

Por eso lo mejor que puedo hacer es detenerme aquí un día más. Para ver tanto y tanto, y sobre todo tan seguido, hay que dar tiempo al tiempo.

La belleza debe saborearse poco a poco, sobre todo cuando es tan exquisita como la del arte palentino. Como los pájaros beben, o sea, gota a gota, es como debe paladearse la belleza. En grandes cantidades atrofia el paladar.

Así, pues, hasta mañana; que bueno está lo bueno. Ahora al hotel a rezar el oficio divino y a refrescar: a escribir estas cuartillas, y a proveerme de un coche, que me lleve esta tarde a dar un paseo por las afueras.

A ver gente campesina, tornando a sus hogares con sus arreos aldeanos y sus aperos agrícolas. No sé por qué me imagino que sobre el río Carrión ha de haber algún puente romano... ¡Ven! ¡El arte otra vez! Pues

bueno, prescindiendo del puente: de fijo que debe haber en sus orillas pintorescos lavaderos de ropa, llenos de lavanderas con el tocado regional, y árboles seculares, reflejándose en el espejo de los remansos con todo el auto-enamoramiento de Narciso...., algo que sirva para desengrasar de tanto arte y de tanta belleza, ejecutada por la mano del hombre. ¡Algo de naturaleza «al natural», y, mientras más al natural, tanto mejor!... ¡Dios es *también* tan artista!...



# LA IGLESIA DE SAN PABLO

## I

Deán era de la Catedral Palentina el arrogante y presumido mozo don Pedro González Telmo, cuando vestido de punta en blanco, con todas las exquisiteces de la moda, en brioso corcel, arreado y engualdrapado como el de un príncipe, paseaba pinturero por la calle Mayor—Mayor Antigua hoy—, pretendiendo levantar de cascos a una linda.

En el lugar que me ha señalado una vieja, vendedora de periódicos, que me ha referido la historia con un lujo de pormenores, como si hubiese sido testigo presencial del suceso—, enfrente de la ventana de la hermosa y cuando más alardeaba el galán de garridez y de majeza, una brusca pirueta del caballo le hizo dar con el

santo, más que en tierra, en el hediondo fango de un albañal; del que salió como pudo, emporcado y corrido, maltrecho y humillado..., pero tocado en su interior por la divina gracia, para irse sin dilación ni demora a llorar sus devaneos de desaprensivo mozo al convento de San Pablo, donde la vergüenza de su pasado y la contrición; la oración y la guarda de los sentidos lo trocaron en San Pedro González Telmo, o sea en el de San Telmo de los altares.

Una hornacina con una imagen de San Pedro—pero de San Pedro Apóstol—perpetúa en el lugar del suceso la memoria de la conversión a Dios por parte del Deán del Cabildo de Palencia.

Y aquí, una nota muy de turista: posee el Cabildo un muy estimable cuadro con la imagen de su Santo Deán, que entrega a cada nuevo sucesor del Santo en el día de su posesión del deanato, para recogerlo el día de su muerte, y tornar a entregárselo al que le suceda en la prebenda.

## II

Pues bien: por el mismo camino por que el apabullado Deán se fué de la calle Mayor al claustro de la religión dominicana del convento de San Pablo, fundado en 1219 por Santo Domingo de Guzmán, me he ido yo esta mañana al prodigio de arte de su incomparable iglesia. Y en verdad que estuve inspirado, al resolver a mis solas quedarme aquí un día más.

Con sólo su retablo del altar mayor, de mediado del siglo XVI—compuesto de ocho recuadros con relieves ojivales, que parecen arrancados del sin igual en el mundo de la Catedral de Sevilla—y de una colección de estatuas de santos en las dos filas u órdenes de hornacinas de la parte superior; mas una Virgen asumpta en el centro del primero de estos dos órdenes y un San Pablo en el del segundo; de *ese modo de estar de pie* elegantísimo, secreto, que se llevaron a la tumba los artífices estatuarios de época del Renacimiento... Con una puerta a la sacristía en que campean las armas de los Rojas y los Enríquez, puerta de complicado zócalo

ojival y gracioso remate plateresco—curso completo de ese arte de transición, que empezando con la coronación de Carlos V, remata con su sepultura en vida en el monasterio de Yuste—... Con el retablo de fines del siglo XV de la capilla absidal de la Epístola, con lo que queda dicho que es la voluptuosidad del gusto gótico, retablo en que aparece bajo filigranado chapitel un Cristo descendido de la cruz en los brazos de la Virgen dolorida, entre los santos amigos del Calvario, prodigios de expresión y acabados ejemplares de la indumentaria de la época... Y sobre todo: con el monumental mausoleo del marqués de Pozas y de doña Marina Sarmiento, su mujer, obra definitiva del Renacimiento castellano, en que el brujo de los angelotes desnudos, de las cariátides atrevidas, de las expresivas máscaras y de las guirnaldas de frutas, calaveras y atributos—el divino Berruguete, en fin—, vació toda la áurea copa de su genio pagano, la iglesia de San Pablo de Palencia sinceraría un viaje, no digo yo a estas, para un andaluz, apartadas tierras de Castilla: ¡un viaje al polo Norte!

## III

He visto un gran retrato de San Pío V, original de Salimbeni, existente en la casa Ayuntamiento, y una Anunciación de principio del siglo XVI, del corte delicado y ambiente místico de las de Fra Angélico di Fiessole. Pero quien vió ayer, en la sacristía de la Catedral, el San Sebastián del Greco, o sea: el trozo de pintura más hermosamente realista al par que del espiritualismo más sobrehumano que ha brotado de la paleta de que brotó el San Eugenio del Escorial, no puede hallar en Palencia pintura que se sostenga al lado de ese ensañamiento de espiritualidad y de verismo: al lado de ese portentoso desnudo de *hombre santo y mártir*, de un misticismo de primitivo y de una verdad de fragua de Vulcano.

## IV

Con la cripta de San Antolín no me atrevo. ¿Para qué voy a decir otra cosa? Es

aquello tan salvajemente románico, que diríase que amedrenta y hace enmudecer. Muy posterior a las catacumbas de Roma, parece un pedazo de ellas...

En cambio he visto una fachada de San Bernardo, de depurado gusto Renacimiento, tan notable en su género como las del convento de San Francisco en el suyo—siglo XIII clavado—; una torre de San Miguel, que me ha hecho recordar al pronto la nuestra de don Fadrique, y que es peregrino conglomerado de un ábside románico del siglo XII, y de un torreón mudéjar, aéreo y transparente como un encaje. He visto un ábside de San Miguel, digno hermano de la torre, y una fachada gótica del convento de Santa Clara, de esas que nunca se olvidan; todo esto en destartaladas plazuelas y tranquilas calles de lugar, y al lado de miserables casuquines y casonas solariegas de heráldica portalada. Pero todo ello tan castizamente castellano, esto es, tan apretadamente español, tan netamente *nuestro*—lo que es de España es de los españoles—, que no tiene perdón de Dios el que teniendo tiem-

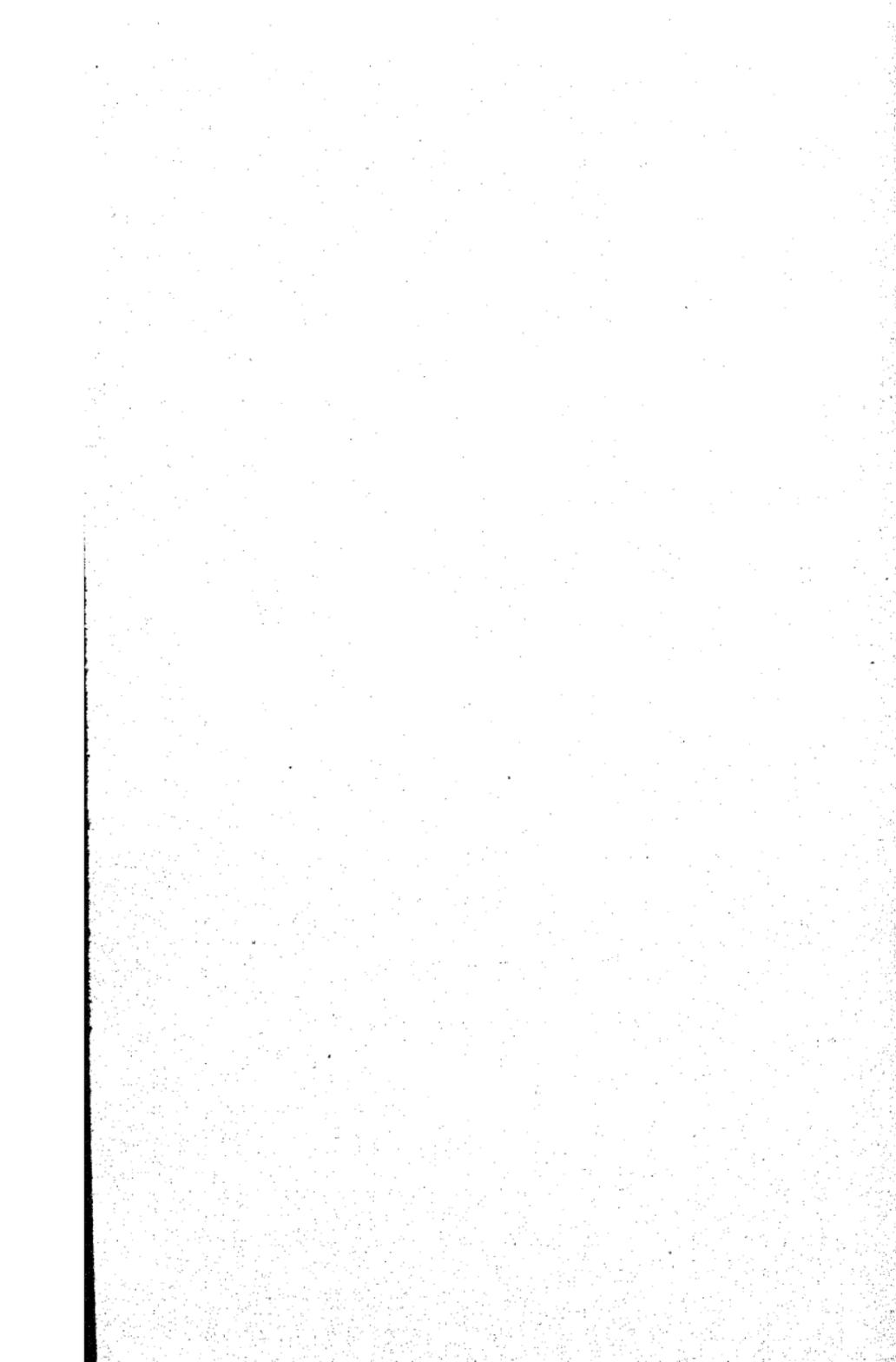
po y un puñado de pesetas, no haga un viaje  
por España.

¿Qué de aquí, a dónde?

«Allá va la nave

¿Quién sabe do va?»





# PULCHRA LEONINA

## I

Con la menor posible cantidad de piedra y la mayor posible cantidad de vidrios, hay en el Norte de España un... una... no sé cómo decirlo, que resulte exacto: pues, si digo primor y hechizo, me parece poco, y si digo hermosura y maravilla, me parece que tampoco acierto, por donde lo mejor será llamar las cosas por su nombre. Y dejándonos de rodeos y de perífrasis, digámoslo en cristiano: una Catedral famosa con razón, denominada *pulchra leonina*: la Catedral de León, en donde soy peregrino desde ayer.

## II

Admirablemente emplazada, se la puede ver y estudiar perfectamente por todos la-

dos. Ora sea por la fachada principal—la de Poniente,—ora sea por la del Mediodía, desde la hermosa plaza de Nuestra Señora de Regla; ora por la del Norte, desde el estu-  
pendo claustro, ora, en fin, por el lado de Levante, a donde da el ábside, desde la carretera de los Cubos.

Y cuidado que traía propósitos, desde el hartazgo de templos, capillas y retablos que me dí en Palencia, de «fumarme» al visitar a León la descripción de su Catedral, si-  
quiera sea la prótasis de la arquitectura oji-  
val en Castilla... Pero, ¿quién está en la capital leonesa y no ve su Catedral, ni quién, habiéndola visto, como yo, no dice esta boca es mía?

—Soy leonesa—me escribe una lectora,—  
y no perdonaría a usted que dejase de ir a León para que conociera la primera maravilla del mundo de su Catedral, e hiciera la justicia de decirlo.—*Una leonesa ausente.*

Haremos por complacer a la señora, haciendo por hacer justicia a la verdad.

## III

No conozco la, hoy mal parada, Catedral de Reims, más que por fotografías—que, dicho sea de paso, es un gran medio de ilustración artística y educación del gusto;—pero no encuentro comparación para la maravillosa joya que se yergue en este rincón del mundo civilizado, más que ese, hoy montón de ruinas y emporio ayer del arte de la Edad Media. Son dos joyas hermanas..., si no es más exquisita todavía la de León.

Sus pórticos, cada uno de tres puertas, con la central,

Partida por gala en dos, están profusamente poblados de estatuas estantes; que, si carecen del verismo de las de Pedro Millán de nuestras puertas de San Miguel y del Baptisterio—ahí no ha llegado ningún imaginero gótico—, tienen toda la espiritualidad, en medio de su rudeza, al par que todo el candor, en medio de sus angulosidades bizantinas, de las hoy mutiladas de la Catedral de Reims, o de las del

pórtico de la gloria, de la de Santiago de Compostela, que tampoco conozco más que por fotografías.

De la misma apocalíptica grandiosidad semisalvaje, son los tímpanos correspondientes a todas estas puertas: tímpanos que diríanse diseñados por la mano de un niño y ejecutados luego por la mano de un cílope: pues no hallamos otro medio de expresar su candor de primitivo por un lado, y por otro su titánica pujanza... No son cuadros, como los de épocas posteriores, en que el ojival decae: son anaqueles, en que se han ido colocando con simetría santos, ángeles, monstruos... Apocalípticos dije, y dije bien. Aquello es un Apocalipsis tallado en piedra...

¿Hay nada más apocalíptico, que ese friso primero de esa puerta central, con ese San Miguel, «pesando» las almas, para que, o vayan a su derecha, o sea: al grupo de los bienaventurados—Obispos, anacoretas, mártires, vírgenes, entre ellas Santa Cecilia tocando el órgano—, o vayan a los horrores de su izquierda—dos crisoles llenos de llamas, a los que van arrojando los demo-

nios las almas de los réprobos, mientras otros demonios de catadura horrible avivan con sendos fuelles el fuego de esas llamas que no se extinguen nunca, si no es que son devoradas por las insaciabiles bocas de hambrientos monstruos?...

Aquello, más que friso tallado en piedra para la puerta de una Catedral, parece la petrificación del espíritu de la Edad Media, con su saludable terror al tremendo juicio. ¡Únicamente el siglo del *Dies irae* ha podido ejecutar en piedra esa espeluznante estrofa:

*Judex ergo cum sedebit,  
Quidquid latet apparebit.  
¡Nihil inultum remanebit!...*

—Nada quedará sin venganza—dice con lengua de piedra ese elocuente friso de miticismo de siglo XIII.

#### IV

He ido a entrar varias veces en el sagrado recinto, y otras tantas me ha hecho volverme atrás, yo no sé si el temor de pisarlo,

si el deseo de aprenderme de memoria por fuera ese... delicado vaso de cristal con nervaduras de piedra. Y, de la fachada del sur, me he vuelto a la del norte; y de la del poniente o principal, al ábside... si ábside de catedral puede llamarse ese... primer cuerpo de custodia gótica, como las que recorren las calles de Córdoba o de Toledo en el solemne día del «Corpus Christi».

Delicadeza mayor no es concebible por el entendimiento humano. Y calado, y transparente y aéreo, parece la forma plástica de una oración jaculatoria, que se está pronunciando todavía, y por eso no ha acabado de remontarse al Cielo...

Tal es su misticidad, su hieratismo, que me parecía profanación poner el pie en aquel filigranado tabernáculo. ¿Quién no sentiría escalofrío de tener que pisar un ostensorio?...

Y he tenido que hacer por persuadirme de que los templos cristianos, si bien son para que la Divinidad los habite «corporaliter» como hablando de Jesucristo, dice el Apóstol, también son para que el hombre entre dentro de ellos a adorar al que ha puesto sus delicias en esta con los hijos de los

hombres. Por eso he entrado al fin, sintiendo al penetrar la belleza impalpable del Increado, hecha visible, ¡palpable!, hecha... joyeros inmensos de pedrería, en forma de vidrieras, encerrados en la estrictamente precisa armazón de unas espiritadas nervaduras, que diríase que siente eclipsar tanta luz y oscurecer tanto y tan bello color... constituyendo a la postre, entre lo uno y lo otro, ese ensueño de «pulchra leonina», con la menor posible cantidad de piedra y la mayor posible cantidad de vidrios.

¿Un trascoro estupendo, de puro Renacimiento castellano?... ¿Un coro sin igual del gótico más puro?... ¿Sepulcros bizantinos como el del Obispo Martín Rodríguez, u ojivales del primer período como el del Obispo Martín Fernández, o el sencillamente abrumador del Rey Ordoño?... ¿Frescos como el de la Piedad y del Ecce-Homo del trasaltar, el de San Erasmo en el crucero y el del despojo de Nuestro Señor sobre la puerta de San Nicolás en el claustro?...

Aquí todo se esfuma, todo se pierde dentro de este «tabernáculo de Dios con los hombres», que parece un tabernáculo «non hujus creationis».

De destacarse algo de este conjunto armónico, sería «La Virgen Blanca» de la entrepuerta principal, obra la más perfecta, a decir de los críticos de arte, de toda la estatuaria del siglo XIV, tan perfilada de paños, tan mística de expresión y tan rebonitísima de facciones, que... parece sevillana.

Me pareció la Virgen de la Sede, de detrás del tabernáculo de nuestra catedral, que se había puesto de pie, para venir a León, como vinieron un día las sagradas reliquias de nuestro San Isidoro.

La señora leonesa, ausente, creo que está servida.



# EL MAESTRAZO

## I

Al igual que el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, a fuerza de leer libros de caballerías, se sintió caballero, y cabalgando sobre Rocinante, saliéndose por la puerta de la corralada de su casona empezó a caminar por el conocido camino de Montiel, así yo, a fuerza de leer a Pereda, hubo un día en que me sentí novelista y por la puerta de una «Justa y Rufina» que anda por ahí, me lancé por los caminos del arte de la novela a donde Dios fuere servido que llegase con mis huesos literarios.

Entre las cincuenta mil bellezas y los cien mil primores de la obra del maestro santanderino, había una especialidad que me electrizaba hasta hacerme saltar de entusiasmo en el asiento en que leía: sus diá-

logos populares: esos «trozos de verdad», recogidos como por gramófono de labios del pueblo: esas sublimes prosas castellanas, salpimentadas de frases de la región: esas páginas de oro, más que de ley, «nativo», en que la gente menuda de sus novelas expresaban sus sentires, tal y como los expresa el pueblo de todas partes, vaciando el costal de trigo limpio de sus honrados deseos, de sus hondas convicciones... de todo, en fin, lo que nos sale por la boca cuando la sinceridad nos abre el grifo, y tenemos a nuestro alcance el modismo apropiado, el refrán que se cae de su peso, la alusión que ni de molde, la cita que no tiene vuelta de hoja... la imagen pintoresca; la interjección oportuna; la réplica no estudiada; el epíteto fotográfico o el mote caricatura, con que el pueblo de ayer, de hoy y de siempre, será el mejor hablista, dicho sea con perdón de todas las Academias.

Y decía yo para mi sotana—no siempre ha de ser para mi capote:—si esto que hace este hombre, este brujo cincelador y nielador del habla popular, con el léxico de la Montaña y con los aldeanos de sus pueblu-

cos, lo intentase otro artista de Andalucía, con este léxico de... paleta de Velázquez, y estos tipos populares, todos espontaneidad y todos pasión... y entusiasmo, e hipérbolo, lo mismo en sus despropositados decirs: (apóstrofes, pregones, comparaciones, requiebros) que en sus corazonadas temerarias; tan prontos para la acometida, como para el perdón... tan moros para cdiar, como cristianos para querer; tan bulliciosos y jaraneros para reir y divertirse, como heróicos para sufrir y trabajar... tan cantadores, tan chilindrineros y tan cuentistas; tan cáusticos en la chunga y tan pródigos en el obsequio... ¿qué prodigios de pintura de caracteres y qué hechizos de diálogos populares no podrían salir de su pluma de novelista?

Recogidas nuestras cosas en un libro, pero no meramente coleccionadas y en catálogos que son letra muerta; sino dichas y *vividas* en el hermoso escenario de la novela ¡qué obra tan española (porque andaluza es poco) para el feliz mortal que lograra darle cimal!

Y digo tan *española*, porque, acá para

*inter nos* la manera de hacer patria grande, es hacer patria chica. Y hacer patria chica es enfocar un pedazo de nuestro mapa, ora sea de montes y peñascos, ora de barros y de arenales. Estudiar lo que tiene de bueno, de hidalgo, de trabajador y de sufrido: de bello, en fin, moralmente, y de hermoso y pintoresco en su particular topografía; hacer por llevarlo al arte con la mayor justeza, y decirle, mostrándolo, al resto de la nación:—¡Así eres!: porque, antes que Andalucía o que Vizcaya, que Asturias o que Valencia, esto es ESPAÑA...

Decoro para una casa es demostrar que tiene un rincón tan lindo, y tan digno de admiración para el resto de las gentes, y que parece tan bello a los que en él habitan... ¡El regionalismo que separa y que amputa es el pernicioso para la comunidad!... El que el hermano refitolero esté orgulloso de su refectorio y el hermano portero lo esté de su portería, pareciéndole a cada uno lo suyo lo mejor, eso es una bendición para el convento de que son una y otra dependencia, con tal que el refitolero no cierre el refectorio para sí, ni el portero

haga un cantón de lo que es del procomún; sino que todo sea de todos y para todos.

¿Pues qué? Porque yo pueda vivir de por mí solo, ¿voy a reñirme con mis hermanos ni a desacatar la autoridad «divina» de mi madre?... El que reniegue de su familia y se avergüence de su casa y apellido, está juzgado.

## II

Devotísimo yo de Pereda, como de ningún otro novelista del mundo, conozco sus obras, como las propias mías, y que puedo recitar de memoria diálogos enteros de los suyos.

Y es que la que más y la que menos la leí milenta veces, de aficionado, y la leí y la releí y la estudié, de aprendiz a profesional. Únicamente «Pachín González» es la que no se me ha llevado más que una lectura.

Ni sea esto en menoscabo del mérito literario de la obra. Precisamente por eso: porque leerla es lo mismo que presenciar la espeluznante catástrofe del Machichaco, es por lo que no he querido volver a soñar no-

ches y noches con cabezas sin tronco y troncos sin cabeza... con entrañas humanas, enredadas en hierros de balcones y madres con esponjas, limpiando rostros de ensangrentados cadáveres, en busca del de sus hijos...

Será quizás mi falta de erudición: pero yo no conozco nada tan dantescamente horrendo, ni de tragicidad más escalofriante, en toda la literatura castellana... Diríase estar escrito todo aquello a la luz del siniestro, oliendo carne quemada y escuchando alaridos de dolor... ¡Es una pesadilla!

¿Qué mucho, pues, que conozca yo palmo o palmo el Santander de Pereda, ora sea el provincianamente señoril de «Nubes de Estío», ora el marítimo-pescador de «Sotileza»? Como me sé la Montaña de «El Sabor de la Tierruca», de «La Puchera» y de «Peñas arriba», me sé el Santander de «Esbozos y rasguños» y de «Bocetos al temple y tipos trashumantes»... ¡Poco que conozco yo a «Las del año pasado»!... ¿«La Romería del Carmen»?... ¡Como la del Rocío!

Yo he vivido en Santander años y años, sin haber pisado su suelo hasta hace unas

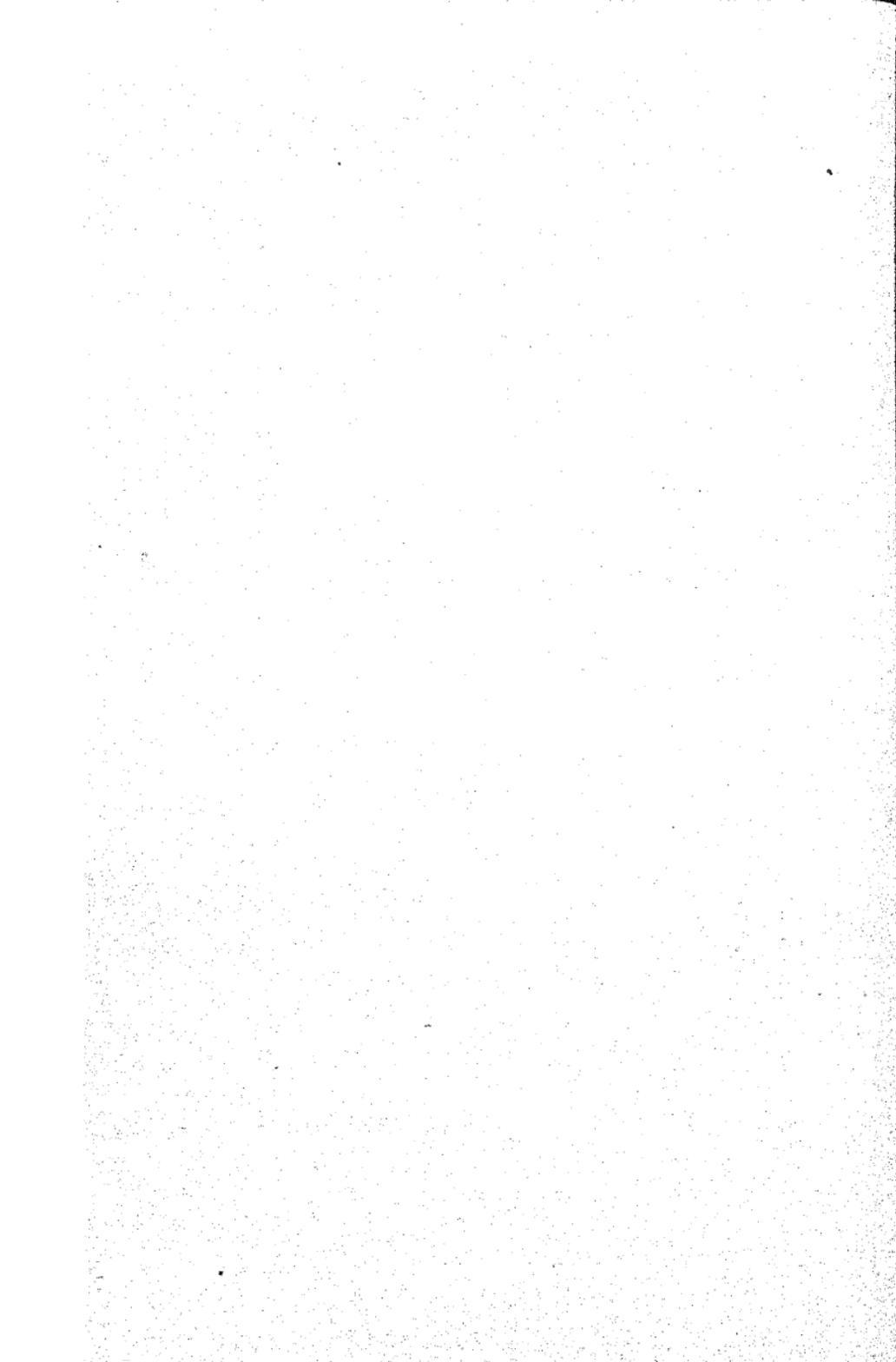
horas. Yo me sé de memoria el Muelle a Naos, la Maruca, el Sardinero... yo he visto sus pugilatos de cabildo a cabildo... ¡yo he *Oído* su calle Alta!... Yo he conversado con su Pae Polinar y he tenido que darle una colilla a Muergo... Yo he sentido la melancolía de sus primeras celliscas de Septiembre... Yo he empalidecido de terror trágico, ante la grandiosidad de sus galernas...

He llegado, pues, a Santander, como el que llega a su tierra y a su casa: más que a ver nada nuevo, ni a sorprenderse con nada desconocido, a recordar plásticamente lo que tiene en la retina de la memoria: lo que ha dejado de ver, durante un corto viaje y que, piadosamente juzgando, permanecerá lo mismo...

### III

¿Lo mismo? ¡Buenas y gordas!... ¡Cualquiera conoce el Santander de Pereda en esta hermosa avenida de su nombre con toda la catadura d un *boulevard* de París... si tuviera París un *boulevard*, flanqueado por un muelle, contra el que se estrellaran las olas del Cantábrico.

.....



# MIRACULUM NATURAE

## I

Cual si no fuese suficiente gloria para la capital de la Montaña haber mecido la cuna de Pereda, todavía ostenta otro florón en su corona de madre. Santander es la patria de ese milagro de la naturaleza; de ese timbre de la raza; de ese verdadero superhombre, que peregrinó por el destierro de la vida con el nombre de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Nada más fuera de mi programa de turista, que ejercer de «descubridor» de Menéndez Pelayo. Afortunadamente la Nación ha hecho con él la justicia de conocerlo, hasta saberse de memoria su labor de... San Isidoro del siglo XIX o de Santo Tomás de Aquino de los albores del XX... de tener como dogma de fe su talentazo desmedido

y, lo que acaso valga más para un polígrafo, que el talento: el asombro de los asombros de su memoria: esa potencia del alma, preciosísima, mirada por no pocos con desdén: como si el talento sin memoria fuese más que un capital depositado en el Banco, pero sin talonario de cheques. Nadie, por mucho que sepa de *omni rescibile*, sabe sino lo que recuerda, cuando tiene que hablar o que escribir. El que, sabiendo muchísimo, no recuerda lo que sabe cuando lo ha menester, es como el que con dinero por castigo, se ha dejado el portamonedas en el otro chaleco. La memoria es el portamonedas de la sabiduría. Yo por mí, soy muy entusiasta de la memoria... siquiera se le defina por algunos «el talento de los tontos.»

Y Menéndez Pelayo, inteligencia clarísima, era una memoria colosal. Le bastaba la lectura de un libro, para sabérselo y para poder precisar el capítulo, la página y a las veces hasta la línea en que estaba el concepto o la frase que se traía a colación. Diríase que tenía por memoria una placa fotográfica, en que quedaba impreso todo lo leído... hasta con las erratas de la impresión. Su

memoria era un milagro: «era un efecto admirable, fuera del orden comunmente guardado en las cosas.»

## II

Inteligencia clarísima y memoria prodigiosa, don Marcelino, además de todo esto era un gran corazón. Un corazón de niño, pero de niño bueno. Corazón, que siempre se le quedaba en Santander, porque en Santander se le quedaban sus dos grandes tesoros: su madre y... su biblioteca, y allí donde el hombre tiene su tesoro, allí está su corazón.

Cuando las bodas de oro de la Definición dogmática de la Concepción Inmaculada de la Virgen, se celebraron en Sevilla—casa solariega, dicho sea entre paréntesis, del nuevo Dogma—solemnísimas fiestas religiosas y literarias, y entre estas un certamen, de resonancia nacional, cuya llave de oro fué una grandiosa velada en el Museo, en la que, a ruegos del Arzobispo Spínola, alma de todo, actuó de mantenedor el bueno don Marcelino.

No sabiendo la Junta directiva del certamen cómo corresponderle menos indignamente, se le ocurrió obsequiarle con dos hermosas bandejas de plata repujada, que mi venerado maestro el canónigo más antiguo de aquella Metropolitana, don Modesto Abín y Pinedo, presidente de la Junta, y yo, como secretario, estuvimos a entregarle en la casa del insigne catedrático de aquella universidad, don Joaquín Hazañas y La Rúa, que tenía la honra de hospedarlo.

Comiendo estaban cuando llegamos y nos hicieron pasar al comedor.

—Señor: la Junta directiva del certamen —empezó el Presidente, mientras el secretario abría el estuche—ruega a usted que se digne de aceptar este humilde recuerdo de su estada en Sevilla. No mire usted lo que es ni lo que vale: sino el leal agradecimiento que significa.

Como chiquillo con zapatos nuevos, se puso don Marcelino con las bandejas. Y todo lo que se le ocurrió decir, casi con lágrimas en los ojos, fué esta sencilla frase, que delataban al hijo enamorado:

—¡Lo contenta que se va a poner mi madre cuando se las lleve!...

¡Habíamos acertado! Si la cuenta con el sabio quedaba por solventar, el hijo había quedado satisfechísimo.

### III

Con el amor a la madre, que acredita al hombre, vivía en el corazón de Menéndez Pelayo el amor a su biblioteca que si acredita al sabio y al estudioso, por lo que respecta a él acreditaba al Santanderino.

Sus libros los tenía en Santander. En Madrid los recolectaba durante todo el año. Y llegadas las vacaciones, esperadas siempre por él como por un chiquillo, los llevaba al Santander de sus amores, como quien lleva a la novia la galante chuchería, atestado de amor y de recuerdo... para tenerlos en Santander cuando llegara la hora de su muerte y legárselos a su pueblo de su alma, como quien lega la prenda que más estima, lo que más quiere, lo que más ama.

Lo que para Menéndez Pelayo eran los libros, píntalo de mano maestra esta otra frase de sus labios moribundos:

—¡Qué pena morirse teniendo todavía tanto que leer!

De aquí que Santander no le pague a Menéndez Pelayo por mucho y más que haga por enaltecer su memoria.

El le legó al morir todo lo que tenía, que no fuese él mismo, después de haberle dado la gloria sin igual de poder decir al mundo: —Héme aquí, solar y cuna del gran Menéndez Pelayo—.

Santander no está completo con el monumento de Pereda. Necesita otro: otro en que, sobre un montón de libros, como el de Pereda es un montón de peñascos, se destacase sobre el cielo azul del mediodía o sobre el de oro y púrpura del ardiente crepúsculo vespertino la estatua majestuosa, serena, transfigurada del super-hombre.

Por única inscripción dedicatoria, yo no pondría más que estas dos palabras: MIRA-CVLVM NATVRAE,

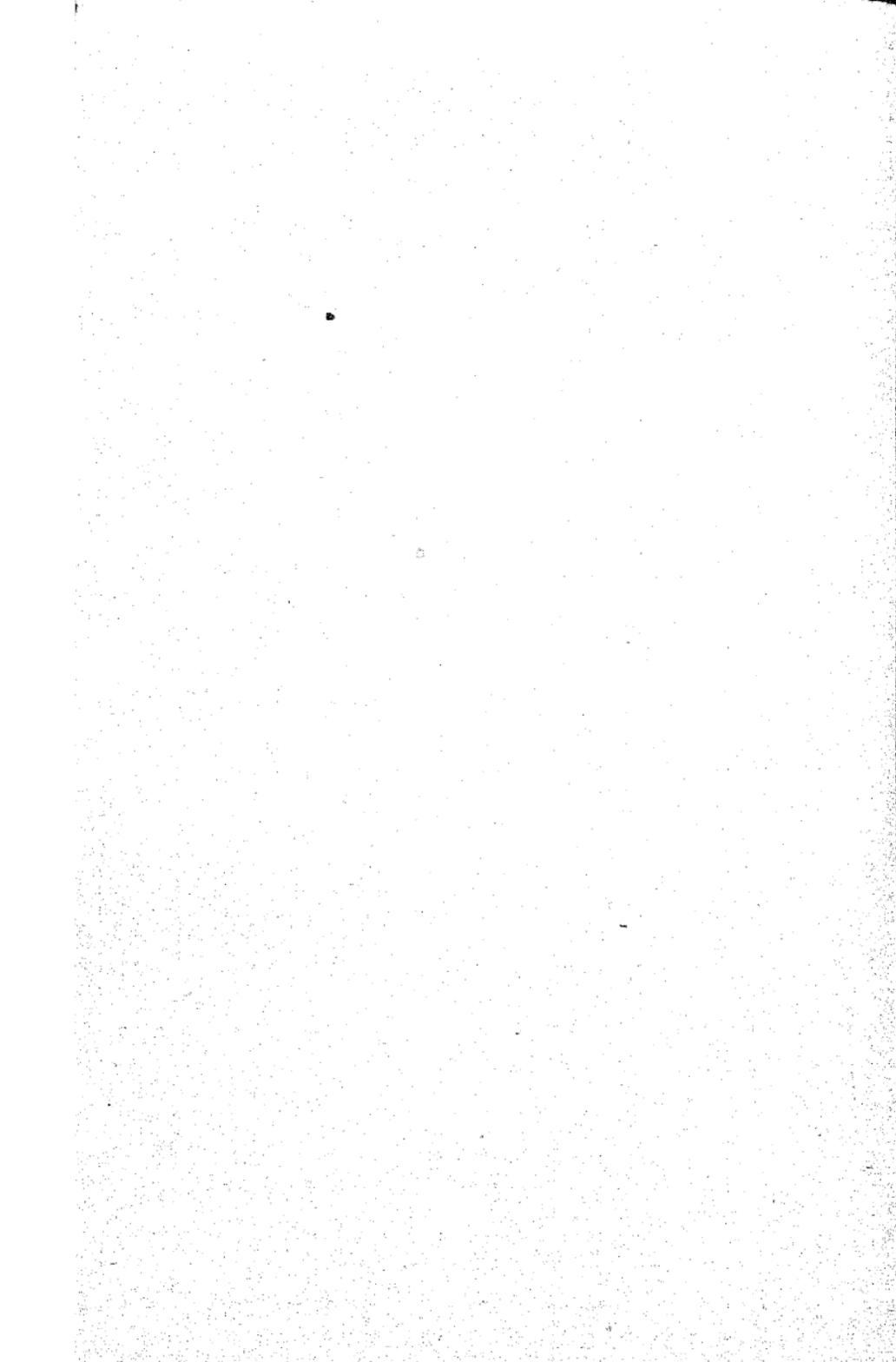
#### IV

Escribo estas cuartillas en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, y el bibliotecario, Sr. don José Artigas, paréceme que está ya escamado con este cura que tanto escribe y que tan

pocos libros pide para estudiar, que es a lo que se viene a las bibliotecas... Puede que sean figuraciones más: pero no sé por qué me parece que está escamado... El lo dirá cuando lea esta crónica.

Por sí o por nó, no abusemos por más tiempo de la hospitalidad con que nos ha acogido y vayámonos con la música a otra parte.





# “BIEN“ “BIEN“ “BIEN“

## I

Si lo que se propusieron en su altísima sabiduría las clases directoras de Santander fué hacer de ella la crema de la crema, la cifra del buen tono y como la quinta esencia de la distinción y de la elegancia, por estas que son cruces, que se pueden dar por satisfechas. Esto, más que una ciudad provincial y «de cabo de nación», si vale la frase, parece, y lo es en efecto, una de las más lindas, pulcras y currutacas cortes de Europa, con todo lo que una Corte, siquiera no sea más que de recreo, necesita para el desenvolvimiento de su vida «bien».

De aquí sus grandes casinos y sus cuidados paseos... su gran plaza de toros y su campo de «tennis»... su hipódromo y su club de regatas... su barrio de hoteles par-

ticulares del Sardinero, con todas las mone-rías de la elegancia, y sus hoteles talmente tales, con todos los refinamientos del lujo, todas las exigencias del «confort», todas las exquisiteces sibaritas del buen tono... ¡todo el *chic* y la *smar set* del europeísmo «bien».

Por aquello de que las comparaciones son odiosas, no la compararé con San Sebastián ni con Biarritz, que han sido hasta aquí las que han partido el bacalao en punto a lo *com 'il faut*. La comparemos sólo consigo misma, y digamos que por algo unos Reyes, de tan refinados gustos como los nuestros, han sabido hacer de ella su estación veran-niega preferida.

¿Dónde puede en el mundo emplazarse un palacio real de verano, como en esa pe-nínsula de la Magdalena, que se interna en el mar, temeraria, provocativa, insultante, cual si quisiera desafiar todas las iras del Cantábrico, para quedarse sólo con sus ha-lagos y sus caricias: sus halagos de brisas oxigenadas y salobres y sus caricias de es-pumas? ¿En qué lugar del planeta puede en-contrarse otra playa, de la magnificencia salvaje ni de la limpidez virginal de esa del Sardinero?

¡Lástima que no le quiten nombre tan nada poético y tan mucho mal oliente!... Sin que se tome a adulación a nuestra hermosa Soberana—gracias a Dios, nada espero ni nada temo—propongo que se lo cambie por el de «Victoria Eugenia». Tomen nota de la moción las clases directoras santanderinas... Eso de *Sardinero* no es nombre «bien», para una playa «bien», donde, entre reyes y príncipes, toma baños «bien», y hace vida «bien» tantísima gente «bien».

Porque hay que ver la gente «bien» que ha hecho, o que hace, mejor dicho, de la capital montañesa el escenario de su veraneo «bien».

Porque se vienen los Reyes con sus augustos hijos, y el Infante D. Carlos de Borbón con la Princesa María Luisa de Orleans y los suyos. Tras los Reyes, se viene, por aquello de «donde va el Rey va la corte», gran parte de la grandeza y del cuerpo diplomático, los altos palatinos y el ministro de jornada... Tras éstos, los que no quieren ser menos, y tras éstos, los que no quieren quedarse atrás: dando esto por resultado que aquí no se quepa en ningún sitio y que

aquí no se pueda estar en ninguna parte...  
Pero expliquémonos.

## II

No es porque falte aquí ni... sesos de mosquitos. En Santander hay de todo, si quiera cueste todo un ojo de la cara.—En cuanto fuera barato ya no era elegante.—Sino que, por lo mismo, precisamente, que Santander ha venido a cristalizar en el último grito de la moda, hay que estar en todas partes con los ojos cerrados. Crean que se impone aquí una huelga de «párpados caídos», y no por lo de Santander precisamente—¡pobrecita!—sino por lo de la moda sin pudor; que, al hacer de Santander su escaparate predilecto, hace de ella el reinado de la carne... de la carne «bien», se entiende..

A dondequiera que usted se asome: ora a la playa, donde después del baño de agua se toma el de sol, (con el mismísimo traje por supuesto) ora a la hermosísima Avenida de Pereda, donde radica el foco del movimiento «bien», no ve usted otra cosa que el desnudo, más o menos acentuado, pero el



desnudo siempre... Entra usted a tomar un refresco o a descansar en la terraza de un hotel, y tiene usted que acordarse de la frase del cuento:—¡lo que trabaja esta gente, para no trabajar!—o sea: ¡¡lo que se visten estas buenas señoras, para estar desnudas!!

Porque no vaya usted a creer que no se visten. Se ponen la mar de cosas. Se visten, y muchísimo. Mírelas usted, si no, y les verá sinnúmero de prendas, desde las más íntimas o interiores, visibles todas, hasta el *echarpe* o la capa... «Y sin embargo, llovía»... El efecto no puede ser más desastroso para lo que se procuraba, a no ser que lo que se procuraba fuese todo lo contrario de estar vestidas.

Con este «acortar las distancias», o sea: la del filo de la falda al borde del escote, la palabra «vestido» va a quedar reducida a la definición del silencio que da Fernán Caballero: «nombre sin cosa». El vestido—«cubierta que se pone en el cuerpo por honestidad»—según el diccionario, lo que toca hoy no «viste», y si en efecto viste, yo no lo he visto.

Y es que, como la jamona ha dado en

llevar la falda, a más (digo) a menos de media pierna, las que antes se llamaban tobilleras hoy la tienen que llevar, si han de diferenciarse de las otras, ¿qué menos que por encima de las rodillas?... Y las «niñas» de doce a catorce años... pues por el nacimiento de los muslos... ¡Son tan nenas! ¡tan renenas—¡qué son catorce años en el mundo!—que bien pueden ir los angelitos vestidas de la gracia!... ¿Que tienen novio y todo?... pero ¿vaya que mamá no lo sabe?...

### III

Ante el monumento de Pereda, tributo el más de justicia que ha podido rendir un pueblo agradecido al genio sin rival que lo ha inmortalizado en el arte, me he dado de manos a boca con un matrimonio «bien», que conocí en Sevilla esta primavera en su viaje de novios, y que se encuentra aquí de veraneo. Nos hemos saludado cordialísimamente y me han invitado a comer con ellos en... uno de los hoteles de más fuste.—No valen reclamos.—

De allí vuelvo ahora, y por Dios que aque-

llo no da idea de que haya discurrido por la historia «un tal Jesucristo»... Aquello no me parecía otra cosa, que la apoteosis de la carne.

¡De aquello, al friso del juicio, de la Catedral de León!...

—¡Está usted muy callado!—me dijo la señora, para tirarme de la lengua.

—Es que estoy como gallina en corral ajeno... Es esto demasiado fuerte para mí.

—¿Lo dice usted quizás por las toaletas?

—¡Y por las *destoaletas*!

—Pues donde quiera que usted vaya y haya gente «bien», verá usted lo mismo.

—Como los maridos y los padres—añadió el caballero—que somos los que debíamos poner pie en pared, nos encogemos de hombros, ellas campan por su respeto. ¡Tontearía que los predicadores y los obispos la echen por la tremenda, ni que ustedes los escritores festivos las pongan en solfa! ¡Con todo lo que usted vea en el mundo transigen las mujeres, menos con una toaleta del mes pasado. Y no crea usted—siguió, con una causticidad que levantaba ampollas:—la que más y la que menos que ve usted por

ahí «de cuerpo entero», ha hecho la entronización del Corazón de Jesús en el hogar. Pero lo que yo le digo a esta: ¡mientras no hagáis la entronización en el ropero!...

—Bueno:—terció la dama, quizás para llevar la conversación a terreno menos espinoso:—¿Usted quiere venir con nosotros a una excursión en auto a Covadonga?

—¡Encantado!

¡Y luego dirán que no se afina uno en los viajes!... Ya ven: digo «encantado», como cualquier hortera del ramo de perfumería.

¡Ob los viajes, y los viajes «bien»!



# PAISAJE

## I

Con razón asegura la experiencia que la pendiente del vicio es muy resbaladiza.

Dígolo, porque la gorronería es un vicio muy feo, y me hallo metido en él de hoz y de coz... ¡y como el pez en el agua por más señas!, pues no sólo he aceptado de mis amables anfitriones en el hotel santanderino el delicioso viaje a Covadonga, sino otro a Santiago de Compostela, costeando esos pedazos de cielo que se llaman las rías de Galicia.

## II

¡Miña madre, y qué cosa más bella... más virginal... más... ¡augustal!: pues si los montes nos hacen recordar la frase del Apóstol:

*--o altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei;* oh alteza de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios, los mares nos reflejan su infinitud, su fecundidad y su providencia.... Por algo vuelve a decir el Apóstol que lo invisible de Dios lo columbra el entendimiento por medio de las criaturas; y la criatura, para mí, más reflejo de Dios, es la infinitud de los mares, sobre todo cuando, como en las plácidas rías de Galicia, reflejan tan por entero la otra infinitud de cobalto, extendida como una piel, que diría el salmista, por encima de los picos de los montes: eso que la gente leída y escribida llama atmósfera y que nosotros los que hablamos en cristiano, llamamos cielo.

¿Que como dice el poeta «ni es cielo ni es azul»?... Pues, hijo: no he visto cosa más parecida.

### III

Cuando vista Galicia como nosotros hoy, se cierran los ojos para verla allá dentro de la cámara oscura de la retentiva, lo que se ve en la celdilla del recuerdo son dos gran-

des pinceladas nada más: una, verde, muy verde; y otra, azul, muy azul: el verde paradisiaco y eternamente primaveral de sus campos fecundados por eternas lluvias— aquí se impone el paraguas hasta... para hacer examen de conciencia—y el azul casi añil de su cielo, cuando las nubes no lo empañan, y el azul húmedo, jugoso de sus rías, azules a toda hora.

De tener que personificar a Galicia, yo no la pintaría más que así: como una virgen rubia, con unos ojos muy grandes y muy azules, con un señoril brial de terciopelo verde.

Si se usaran banderas regionales, yo haría la de Galicia de añil y de esmeralda.

#### IV

Como he viajado tan poco en este mundo, claro que no conozco la Costa-azul ni los poéticos paisajes de Suiza. Pero dificulto que sean más bellos ¿qué habrían de ser? que los que llevamos atravesados en la veloz carrera de nuestro *auto* desde Ribadeo hasta Ortigueira donde hemos almorzado, para

venirnos por Mera hasta Cadeira; de Cadeira a Forcados—la cosa es no alejarnos de la costa—y luego de Forcados, por el Rojal a Puente deume, y de Puente deume, costeando, hasta Betanzos, del que teníamos excelentes referencias.

Y en verdad que eran justas. Solamente la portada de la iglesia de Santa María del Azogue, con toda la honradez románico primitiva de sus deliciosos desdibujos, está más que sincerado un viaje por Galicia.

Ni hay en toda ella un arco perfectamente concéntrico, ni una línea bien trazada. Sin embargo: tiene una espontaneidad, una gracia, una despreocupación, una... honradez artística, que enamora y seduce, como todo lo románico, como todo lo gótico, anterior al siglo XV.

Es que aquellos artífices prescindían del compás para medir y de la regla para alinear. Dibujaban a ojo; dando esto por resultado esa fusión armónica de los elementos decorativos que se verifica en la retina cuando contempla las ornamentaciones arquitectónicas de la antigüedad... ese efecto tan distinto al que causa la simetría geomé-

trica, empachosa, ¡irresistible! del gótico moderno, que por querer hacer más y mejor da la impresión de un troquelado a molde, igual, idéntico, que se va repitiendo y repitiendo, siempre igual, igual, igual, por los siglos de los siglos... dando la impresión de industria, ¿sabe usted?; pero de arte, ni pizca.

¡Bien por la portada de Santa María de Betanzos! Si no es monumento nacional, merece serlo.

## V

¡Pero no habíamos quedado, desde el título de esta crónica, en que íbamos a cerrar el grifo del arte para dejar correr a caño libre la percepción del paisaje, la fruición de los encantos de la naturaleza?

Para arte ancha es Castilla, y allí pudiéramos habernos quedado. Hoy, día de paisajes, no debiéramos meternos en honduras arquitectónicas.

Bueno que tornemos a las andadas en la Coruña, a donde hemos llegado a la hora de comer. Pero entretanto, nada de archivoltas,

de capiteles, de hierros, ni de cuadros: sino aire, luz, tierra, cielo, verdor de praderías, musgosidades de rocas, umbrías de castañares y horizontes marinos: ¡motivos de alabanza a Dios porque nos destinó a este planeta; dentro de este planeta nos trajo a España como al Hijo del Trueno, y una vez en España,—¡bendita seal—, como a él, nos ha traído a este paraíso terrenal de esta Galicia...

¡Sí, gallegos dispersos por todo el orbe: bien hacéis con consumiros de morriña! Galicia se lo merece!

## VI

Hemos comido muy bien y con mucho apetito, pues desde Ortigueira hasta aquí, ya van horas y kilómetros, y el té que tomamos a la salida de Betanzos fué un prodigio de sobriedad, tanto como de elegancia: —el termo viste mucho.—Y cuando nos hemos levantado de la mesa, se ha entablado este diálogo:

—¿Viene usted con nosotros a dar una voltereta por ahí?

—No señor: es muy tarde, y tengo que rezar el oficio divino, que no he dicho ni pío en todo el día, y hacerme unas cuartillitas.

¿Y qué va usted a poner?—me ha preguntado la señora, toda extrañada.

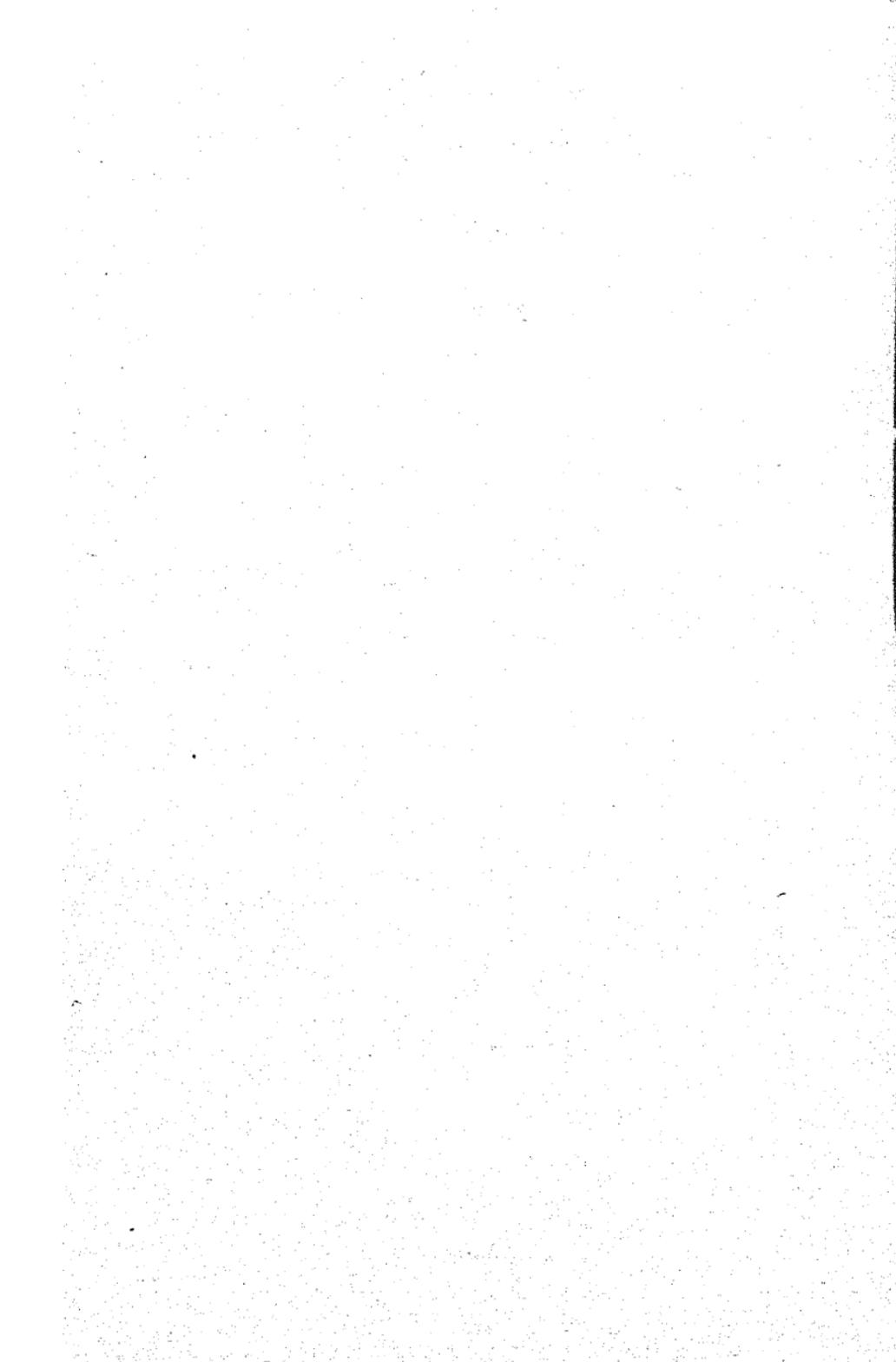
—De menos nos hizo Dios. Ya ve usted si la portadita de Betanzos no tiene un gran artículo. La cosa está en sacárselo. Tenerlo, lo tiene todo.

—Pues entonces es menester decir que son ustedes como el barbero, que dejan bigote donde no hay pelo... ¡Mira que la portada de Betanzos!...

.....  
Por algo decía Edmundo Goncourt que «lo bello es lo que nuestra criada y nuestra amiga encuentran por instinto horrible.»

La señora me perdona por la cita.





# MONTES EXCELSOS

## I

Mucho ha hecho el arte, sobre todo recientemente, en este encantado rincón de Asturias, que se llama Covadonga. Pero lo que hay que ver y que admirar aquí hasta perder el sentido, como la Reina de Sabá en su visita a la Corte de Salomón, no es lo hecho por el arte, sino lo que ha hecho la naturaleza.

Un poeta diría que Covadonga era... el brutal desprezo con que la naturaleza se había retorcido sobre sí misma, levantando hasta el cielo sus crispados brazos, que no otra cosa parecen los descarnados picos de sus abruptos montes.

Cuando sin conocer yo nada del mundo, más que las plácidas llanuras de mi tierra, de barros y arenales—aquéllos alfombrados

de viñedos y plantados de olivos, y estos, poblados de pinares y monte bajo—, veía las ilustraciones por Gustavo Dorée de la *Divina Comedia*, parecíame inverosimilitud del artista tanta magnificencia salvaje en aquellos barrancos profundísimos, en aquel descompuesto oleaje de atrevidas moles, que se remontan al cielo, cual si quisieran besar las plantas del Hacedor, y por cuya media falda pueden muy bien desencadenarse las tormentas, conservando lo alto de su cima en las tranquilas regiones de la luz. Solía yo comparar la figura humana de Virgilio y el Algieri con aquellas excelsitudes de taludes y profundidades de tajos, y me parecían ensueños de un demente aquellas desproporciones entre figura y fondo

Después llegué a ver entre Bobadilla y Málaga, el horror de los Gaitanes, que se dejan atrás todos los atrevimientos de Dorée. Leí más tarde en Alarcón la grandiosidad de la Alpujarra—y leer a Alarcón es lo mismo que estar viendo—; he pasado por Despeñaperros hace unos días, y he visto que es posible lo que yo conceptuaba una... inverosimilitud de piedra... Lo más alto

que yo había visto por tierras de Hinojos eran los vallados de pitas y chumberas de los callejones, y un almiar de paja me parecía un... Himalaya.

Hoy hago escala en mi viaje en esta «sagrada casa solariega de nuestra madre España reconquistada», y me quedo como la Reina de Sabá, cuando «non habebat ultra spíritum»; se le iba el santo al cielo, ante tantas y tan inconcebibles maravillas, como las de la Corte Salomónica.

## II

Lo primero que se trae en cartera al venir a Covadonga es la Basílica y la cueva de la Virgen; esa Basílica de piedra sonrosada, que diríase un gigantesco coral pálido perdido entre montones de esmeralda, y esa cueva—Portal de Belén del nacimiento de España—, donde, a los pies de la Virgen, duerme el sueño de la muerte—aquí es de la inmortalidad—el caudillo-norma; el caudillo-pauta; el héroe legendario, siquiera haya sido histórico, que recabó los prestigios de la raza española.

Del lado allá de la reja de la ventana veo un montón de tarjetas de visita... Yo sustituyo la mía por un padrenuestro... ¡Me parece muy poco para un don Pelayo, un cumplido de cartulina!...

Pero volvamos a la naturaleza. En Covadonga la naturaleza anula todo arte. Aquí no hay más artista, que el que «toca los montes, y los montes humean»... Un Dios, excelso sobre todos los montes, como sobre los mismos cielos está su gloria.

¡Qué alardes de poder los que ha hecho en Covadonga su potente diestra!...

¡Hay nada como la cañada de la carretera del Lago de Enol, con la Basílica, que parece un juguete, allá en el fondo, siquiera esté sobre el lomo gigante de una peña—la Peña de la Basílica—peñasco que, mirado de abajo arriba, da idea de poder con el mismo Vaticano que se echara a cuestras?... No sé por qué me trajo a la memoria el peñasco colosal, con la Basílica al hombro, la imagen de San Cristóbal con el Niño-Dios a cuestras. ¡Es un peñasco que sostiene a Cristo, siquiera en el sacramento de su amor! ¡Hay nada como aquel río de aguas

vivas, que recuerda el que en el Apocalipsis brota de los pies del Cordero, y que en forma de cola de caballo sale de aquella otra montaña, impetuoso, magnífico, desbaratado en espumas, para precipitarse con un son eterno en las profundidades del abismo, cual si hubiese pasado por allí Moisés y hubiese herido la roca con su taumatúrgica vara?

¿Hay nada más dantescamente pujante, ni más soberbiamente bravío, ¡más ferozmente titánico!, que ese «desfiladero del «Sella», esa... convulsión horrible de lajas y de rocas, con pelambre de enmarañados matorrales, que cierra todo horizonte, como toda la esperanza de salir de él, la leyenda escrita por la mano del Dante sobre la puerta de su «Infierno».

*Lasciate omni speranza, o vivi qui intrate?*

Si gustáramos de hacer frases, diríamos que aquello era el gran retablo del más estupendo templo a Dios Creador, cuyo poder infinito ha tenido bastante con un «fiat» para hacer el portentoso petrificado de aquellas moles, y cuya providencia no abandona ni al más menudo musgo, ni al más rudimentario

líquen, que, a manera de inspiradas pinceladas de escenógrafo, hacen reverdecer los lomos de las piedras; las caprichosas oquedades de las grutas; los filos de puñales de las cortantes lajas...

¡Ah! ¡Yo quería horizontes! ¡Yo quería luz! ¡Hijo de la «tierra llana» los desfiladeros me contristan y me ahogan!... ¡Yo quiero aire, yo quiero cielo! ¡Aquí me siento «gusano, y no hombre», y yo quiero ser hombre... ¡Horizonte! ¡Aire! ¡Luz!

. . . . .

### III

¿Horizonte? ¿Aire? ¿Luz? . .

Y por caminos de cabras, por no decir de águilas caudales, arrastrándome unas veces como gusano, y muy pocas andando como hombre, llegué a la inefable altura donde está «la Cruz.»

Entonces, todos los precipicios que me habían ahogado como infernal pesadilla, los tenía ya a mis pies, como el legítimo señor sus feudos y sus dominios. ¡Había recabado

mi corona de rey de todo lo creado!... ¡Por encima de mí ya no había nada, más que la Cruz! ¡Una Cruz infinita, tendiendo desde el espacio sus brazos redentores, cual si quisiese abrazar a Covadonga, y en Covadonga a Asturias, y en Asturias a España, y en España al mundo!... ¡Salve, Cruz preciosa!

¿No quería yo horizontes... aire... luz? ¡Perdiérame en aquel océano de aire, de luz, de cielo!...

¿Aquello?—¡Los Picos de Europa, ostentando el manto de nieves de su eterno desposorio con el invierno!... ¡Nieve y azul, nada más, es lo que abarca la vista, en estas infinitudes de horizontes! ¡Nieve y azul, nada más, como en los cuadros de la Inmaculada!...

—Bendita sea tu pureza,  
y eternamente lo sea...

Y recité la oración que sabe a besos de madre...

Y me encaré con la Cruz, cayendo de rodillas ante ella.

—¡Cruz reconquistadora de mi patria, ine-

fable secreto de todas las proezas de la historia más grande de entre todas las historias de los pueblos! ¡Cruz, sagrado depósito, que va de mano en mano, desde Pelayo a Fernando III, y de Rui Díaz de Vivar a Isabel la Católica, para, pasando por León y Aragón, y Castilla, y Cataluña, fulgir, en día memorable, el día más memorable de nuestra gesta, desde la almenada torre de la Vela granadina...; pero para ir en manos de Colón, en procesión acuática, que, atravesando el virginal Atlántico, a hacer estación al fin en las playas remotas de un nuevo mundo!.. ¡Arbol pujante, cuya sombra bienhechora cobijó dos continentes, pero cuyas raíces vigorosísimas, se enredan entre las piedras de estos barrancos, aprisionando entre sus tentáculos esa sagrada gruta! ¡Bueno que sean dos mundos tu anchuroso templo: tu pedestal, sin embargo, potente, inconmovible, es Covadonga!

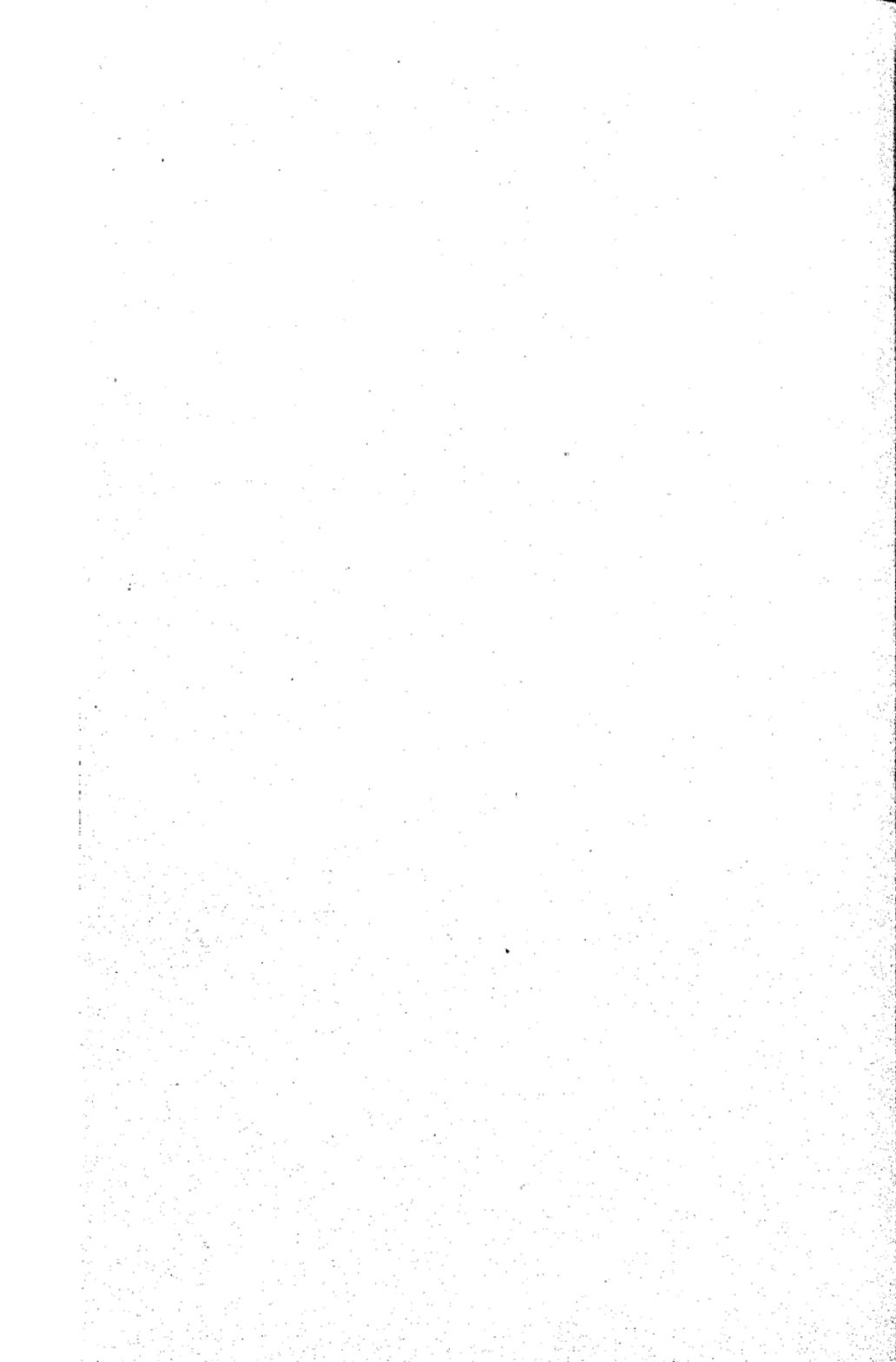
Ostensorio de Cristo Redentor el mapa de mi patria, tú, Cruz de Covadonga, eres su magnificentísimo remate. Ni ostensorio sin cruz, ni España sin Asturias, ni Asturias sin

---

Covadonga, ni Covadonga sin tí... Síntesis del Cristianismo fuiste, eres y serás la síntesis de España.

¡Creo en Dios... Creo en tí... Creo en España!, y porque creo, espero, y como espero, amo.





# EL PORTICO DE LA GLORIA

## I

Yo he querido siempre mucho a Santiago.

Delante de su imagen, recibí el sér de cristiano en la parroquia de Hinojos.

Delante de su imagen, recibí la primera Comunión, y delante de su imagen canté mi primera Misa, todo ello en mi parroquia, que es la casa solariega de los fieles de Cristo; y si durante nueve años ejercí la cura de almas, fué en la iglesia parroquial de Santiago de Sevilla.

Además, soy español por la divina misericordia, y de los que aman a su Patria y se glorian de la historia de su Patria... Mi abrazo, pues, a la imagen del Santo en su Catedral Compostelana no ha sido una ritualidad de turista, tributo a la costumbre. Mi abrazo

al amigo íntimo de Jesucristo ha sido un querer dejarle incrustado mi corazón; un derramar sobre él mi alma entera y plena; un abrazo infinito con que he querido abrazar en él como en suprema síntesis, todo lo que más amo en este mundo, como español y como cristiano: mi Patria y mi Fe.

Santiago es nuestro padre en la fe. Como San Pablo a los Corintios, puede decir Santiago a los Españoles:—Mediante el Evangelio yo os he engendrado en Jesucristo—y si España tornó a ser nación después del Guadalete, si es la homérica heroína de esa gesta de ocho centurias, es porque el Hijo del trueno,

*Equoque et euse acérrimus*

caballero en aéreo corcel y desenvainada la espada flameante iba abriendo camino a sus pendones victoriosos...

«¡Santiago y cierra España!» ha sido, siglos y siglos, nuestro grito nacional... Quien no ame a Santiago no ama a España, y el que no ame a su Patria, tenemos convenido que está juzgado.

## II

Bueno: pues dígame usted qué se hace uno en Santiago de Compostela para ver en seis o siete horas, que nos restan de día, lo que, a juzgar por la guía que traemos ha menester sus cinco días y medio por buena cuenta...

Para ver a trompicones mejor es no ver nada, por donde hemos resuelto consagrar esta visita a Santiago a solo su Catedral, y más aún que a su Catedral en conjunto, a la archiestupenda maravilla de su «pórtico de la gloria».

Y comencemos por un lamento.

¿Por qué? ¿por qué lo han tapado con esa enorme fachada del Obradoiro (todo lo magnificentísima que ustedes quieran, pero como las hay a millares por ahí) siendo así que lo que oculta es el ejemplar supremo de portada románica que ha podido ser labrada por mano de los hombres? Más que esto, ni en España ni en el mundo. El «pórtico de la gloria» de Santiago de Galicia es el monumento cumbre del arte románico de

que puede gloriarse el universo. Con razón se le denomina el «pórtico de la gloria», porque de aquí, a la gloria.

### III

Centro del tímpano de la puerta central— el «pórtico de la gloria» consta de tres—es una imagen sedente del Salvador: gigantesca, infinita, (tendrá allá sus cuatro metros); de ese tamaño absurdo que daban a la figura del protagonista de sus composiciones los entalladores de la época románica, a fin de sensibilizar la grandeza de sus héroes por medio del contraste con las demás figuras.

Ver aquel Cristo inmenso sentado entre los cuatro Evangelistas... entre dos ángeles con sendos incensarios... ocho ángeles más con atributos de la Pasión... hasta una cuarentena de figuras, u orantes o leyentes, amén los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, unos con instrumentos de cuerda en las manos en actitud de pulsarlos y otros con redomas, «las llenas de las oraciones de los santos» de que habla el sagrado texto... ver aquel Cristo sedente, centro a donde to-

dos miran y a donde converge toda la composición, es recordar *per quem omnia* de San Juan y el *propter quem omnia* de San Pablo: por Jesucristo todo y para Jesucristo todo... ¡Hasta la bienaventuranza eterna es tal bienaventuranza porque la lucerna que la ilumina es el Cordero: *lucerna ejus est Agnus: el Cordero, quia occisus est:* porque murió.

Por eso el Cristo glorioso del tímpano de la gloria ostenta las redentoras cicatrices de la pasión en las manos, en los pies y en el costado.

Canon de la iconografía cristiana de los siglos medios es representar a Cristo glorioso con las cinco cicatrices de la cruz, quizás para expresar de esa manera lo íntimamente que están unidos el dolor y el triunfo, la humillación suprema de la Cruz y la exaltación divina por la Cruz. Diríase que se sabían todos ellos de memoria el hechizo de artículo de la suma de Santo Tomás, que dice de esta suerte:—A ver si lo enjareto.—

«Conveniente fué que el alma de Jesucristo tomase en la resurrección el cuerpo con cicatrices.

Primero: para ostentarlas como trofeo de su victoria.

Segundo: para confirmar el corazón de sus discípulos en la fé de la resurrección.

Tercero: para presentárselos eternamente a su Padre, al pedirle por aquellos por los que había muerto en Cruz.

Cuarto: para insinuar a los redimidos con su muerte, con cuánta misericordia los ayudará, y

Quinto: para en el tremendo último juicio mostrar a los réprobos con cuánta justicia habrán de ser condenados.»

El Cristo sedente del tímpano de la gloria debe ostentar y ostenta las cicatrices de la crucifixión.

#### IV

Este tímpano, que bastaría por sí solo a prestigiar la primera de todas las Catedrales de todo el orbe terráqueo, no es más que uno de los tres en que está dividido el pórtico de la gloria. Todavía nos quedan que admirar los dos lados del tríptico. El de la izquierda; «la iglesia de los judíos» según

unos, o el purgatorio según otros, y el de la derecha, o sea «la iglesia de los gentiles» o el infierno.

Representa el primero otra imagen del divino Redentor entre un Adán y una Eva; un Abraham y un David; un Isaac y un Samuel; un Jacob y un Aarón; un Judá y un Moisés... ¿Iglesia de los Judíos? y ¿por qué no Limbo, o seno de Abraham, siendo así que el central es desde luego la gloria? Mucho más si se tiene en cuenta ese cepo en que aparecen cautivas esas dieciseis figuras con las manos levantadas en actitud suplicante... ¿Cabe mejor expresión plástica del purgatorio? Respetando muchísimo las opiniones ajenas, para mí este gran tímpano no es más que el seno de Abraham y el purgatorio.

Como el de la derecha, más que «iglesia de los gentiles» es la exacta pintura del infierno tal y como lo concebía la Edad-media. El Dios de las justicias infinitas en un círculo de la archivolta, y en otro círculo el Cristo a cuyo nombre había de doblar las rodillas el infierno. Y luego, demonios y más demonios, con patas de caballo o pezu-

ñas de buey, sosteniendo almas desnudas con los afilados dientes o las feroces garras de ave de rapiña... entre horrorosos monstruos de ensueño de calentura y asquerosos reptiles que muerden o agarrotan... ¡el horror saludable de los siglos milenarios que oían a toda hora el espeluznante clangor de la trompeta del juicio, y que preocupados del problema de lo eterno, aguardaban de un día a otro el acabamiento de los tiempos y el fin de las cosas!... el tremendo

Dies irae, dies illa  
Qua resurget ex favilla  
Iudicandus homo reus

día de la eternidad, en que el hombre resurgirá de sus cenizas para comparecer como reo, que tiene que ser juzgado, por un *judex vivorum et mortuorum*; el inapelable juez de vivos y de muertos.

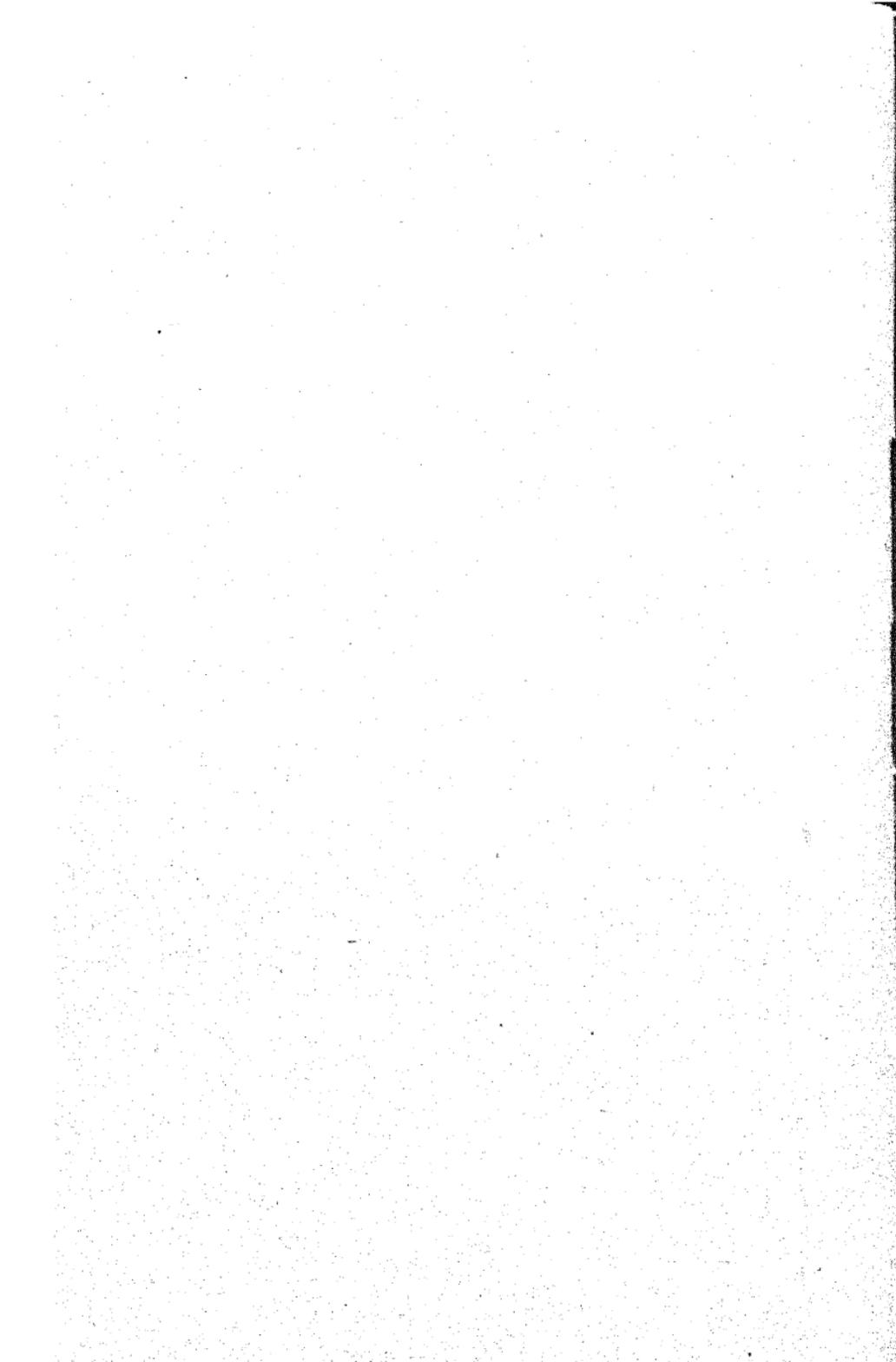
## V

¿Quince cuartillas ya, sin haber ni acabado de escudriñar el pórtico de la gloria? La

culpa no es mía: la culpa es de quien en esa página de piedra encerró, con todos los horrores de pesadilla del infierno y con todos los torturantes anhelos del purgatorio, todas las apocalípticas magnificencias de la bienaventuranza.

El pórtico de la gloria es Santiago de Compostela.





# CARRETERAS

## I

Tomamos el desayuno en el hotel, y nos vestimos de máscara.

—¿....?

Bueno: nos pusimos los guardapolvos, las caretas y las gorras—por más que ya yo la tuviese puesta desde la noche anterior—y montamos en el automóvil, cuyas entrañas de hierro crepitaban a impulsos de la combustión de la gasolina.

El vehículo echó a andar... a correr de seguida... y a volar como una exhalación poco más tarde: aunque con la serenidad de un balandro, cuya afilada quilla cortase las quietas aguas de un mar tranquilo...

¡Cosa más delicada de movimiento, más suave... más deliciosa, al fresco beso de la brisa matutina!.. ¡Vaya! ¡que concibe uno

eso que han dado en llamar vértigo de la velocidad!..

## II

—¡Oiga, amigo Altolaguirre:—pregunté a mi huésped:—esto por donde se desliza el automóvil, como una bola de marfil por una superficie de cristal bruñido, ¿qué es y cómo se llama?

—No entiendo.

—Que qué nombre tiene por aquí *esto* por donde vamos caminando.

—¡La pregunta tiene gracia! ¡Pues una carretera!

—¡Ah! ¿sí?... Yo, como lo que conozco por ese nombre son los caminos por cuenta del Estado que van de pueblo a pueblo por mis tierras de Huelva, creí que esto se llamaría de otro modo siendo así que es otra cosa. Llamarlo carretera, me parecía calumnia.

—¡Pues cómo son las carreteras de su tierra de usted?

—Las carreteras por mi tierra son... pues *una serie de baches*, que, para que no ten-

gan solución de continuidad ni haya que ir a buscarlos uno aquí y otro allí y perder tiempo, se les procura alinear al lado de una fila de palos de telégrafos. Carreteras por tierras de Moguer, de Villalba del Alcor, de Bollullos del Condado y de Hinojos son... o fangales en que se atascan los carros hasta las mazas de las ruedas en el invierno, o precipicios en que vuelcan las carretas de gavillas en el verano... Ahora bien: los pájaros del cielo, todos los que usted vea pueden pasar por allí... Descuento usted un trocito que hay desde Sevilla a Villamanrique, donde la casa del Conde de París tiene un palacio y un coto; y lo demás que no sea eso, como si estuviese fuera del mapa de la Península.

— ¡Pero hombre!

— Pueblos hay como Hinojos, de los de mayor riqueza de por allí, en que, mientras hay en toda la región una arroba de aceite o una cántara de vino, no hay quien compre una panilla; y en que, cuando llega la hora de vender, hay que depreciar la mercancía un real el mosto y tres o cuatro el aceite, por no tener más vía de comunicación con el

resto del mundo civilizado, que unos cinco cuartos de legua de carretera a Pilas... ¡de lecho de esmeraldas!

—¿De lecho de esmeraldas?...

—Sí señor. Pues ¿qué? ¿no califican los poetas, de esmeraldas, los pámpanos de nuestros viñedos y las copas de nuestros pinos, y quien dice las copas de nuestros pinos dice las varas de nuestras mimbres?... Pues allí, cuando el temporal de lluvias corta la carretera, que es a cada media vara, los indígenas que tienen que transitar, se van a las «canteras»... del arbolado vecino: cortan lo que han menester para cegar la barranca que abrió la torrentera... le echan unas azadonadas de tierra por encima y ¡si viera usted, amigo, qué blandito!... Crea usted que da gusto...

—¡No habrá por allí políticos!

—Que yo sepa, no. O si, en efecto, los hay, serán de los que no se interesan por sus distritos. ¡Eso de suponer, si los hay, que no valgan media docena de kilómetros de carretera, me parece muy duro! Mejor será que no quieren, que no pueden. ¡Dicen que eso es tan fácil cuando se tiene la sartén por el mango!

—¡Pues eso es un desprecio a sus representados, rayano en el insulto! ¡Eso es una bofetada, con la mano llena de fango!... ¡Eso es un salivazo en mitad de la cara! ¡Con pueblos como los de por aquí arriba podían dar!

—¡O con cierto cacique, que me recomendaron para un «histórico»!... ¿Quiere usted oírlo?

—¿.....?

—Allá va, y amenizaremos el viaje.

—¡Oye, Paloma! —Paloma era la Señora.

### III

—Había en cierto partido electoral uno de esos caciques poderosos, sin los que no se mueve la hoja del árbol. Y no bien empezaba a cernirse en el horizonte de la política nacional la nube de una nueva legislatura, cata el desfile de candidatos, haciendo su obligada peregrinación a aquella Meca.

—Bueno: —decía el cacique al aspirante, después de haberse dejado requerir y adular, porque hay que ver de lo que son capaces ciertos hombres: —Como todas las cosas de este mundo tienen su precio, el acta que usted desea también lo tiene.

—¿¿.....??...¿Y qué precio es el que tiene ese acta, ya que es usted... tan franco?

—Pues... una carretera a la estación—y quien decía una carretera a la estación, decía un cementerio... un grupo de escuelas... (una vez, hasta una túnica de terciopelo bordada de oro para nuestro Padre Jesús y un manto y un palio para la Virgen de los Dolores, pues allí como usted sabe, somos muy cofradieros).

—¿Nada más?—preguntaba el candidato muy orondo.

—¡Nada más!

—¡Pues nada! ¡en cuanto se abran las cortes, cuente usted con ello, como si lo tuviera en el bolsillo! ¡Tuviera que ver que no! ¡Eso, y cuanto ustedes quieran!... ¿Quiere algo más? ¡Con franqueza!

—La cosa es—añadía el cazurro, rascándose la cabeza socarronamente—que, como somos mortales y a Segura lo llevan preso, y tamboril pagado suele tener mal son, el acta no la afloja este cura, mientras usted no deposite en el Banco, a disposición de la comisión ejecutora que se nombre, la cantidad presupuestada. Ya el señor Bracamonte

nos la pegó en la pasada legislatura, dejándonos con tres cuartas de narices, y de los escarmentados nacen los avisados... ¡Todavía estamos esperando todo lo que nos prometió! Así pues, cangearemos acta por cheque. Cuando vaya usted a las Cortes, pues tan felices se las promete, se lo cobra y en paz. Así usted, amigo mío, saldrá diputado, y nosotros tendremos carretera. ¡Un pequeño adelanto, de fácil cobro!... ¿No acaba usted de decir que como si lo tuviese en el bolsillo?...

—Es que...—solía decir el diputado al verse cogido en el garlito:—eso...

—¡No hay qué que valga!: o el depósito en el Banco, o el acta a disposición del que la pague por sus cabales. Pero eso de ustedes, pisando alfombras, y nosotros, metidos en fango hasta las ingles; ustedes, ostentando el prestigio de políticos cumbres, y nosotros, rompiéndonos la crisma por estos precipicios; ustedes, cobrando sueldos, y nosotros, teniendo que vender nuestros productos por lo que quieran darnos; ustedes, si a mano viene sentados en la mesa del comedor de gala de palacio codo con codo con

el Rey, y nosotros, fuera del mapa de Europa; ustedes, en Madrid y nosotros en Frajana; ¡para eso es menester ser tontos, y el tiempo de los tontos ha pasado!...

.....  
—¿Pues sabe usted que el tío la entendía?  
—Como que si esa jurisprudencia se siguiera en todas partes, otro gallo nos cantara. ¡Es tan humano cuando se ha subido dar un puntapié a la escalera!



## CAPUT CASTELLAE

### I

—Soy sacerdote de la Diócesis de Sevilla. Estoy aquí de paso desde ayer, y deseo celebrar.

—¿Quiere usted en algún altar determinado?

—De ser posible, preferiría el del Santo Cristo. Si no, otro cualquiera.

—Sí, señor. Ahora mismo. Afortunadamente estará en las últimas oraciones un señor capitular, y puede usted salir de seguida.

—Pues con permiso de usted, voy a prepararme siquiera unos minutitos.

### II

Con ser yo tan entusiasta del arte del Renacimiento, por lo que respecta a los Cru-

cifijos, los que más me hablan al alma no son los atildados y correctos de esa época. Para mí un Cristo románico es todo lo que hay que ver en la iconografía cristiana, prefiriendo la rudeza de la línea, la tosquedad del detalle y la monstruosidad del conjunto, —rudeza y monstruosidad siempre impregnadas de espiritualidad y misticismo— a todas las perfecciones anatómicas, elegancias de dibujo y alambicadas exquisiteces de factura de los que caen del lado acá del siglo XV.

Aun sin salir de Sevilla; para mí el Crucificado supremo es el del Millón que corona el retablo de nuestra Catedral. A mí me dice más que el de los Cálices con ser tan bello; que el del Amor, con ser tan a lo Miguel Angel y que el mismo Cachorro de Triana, con parecer un Apolo, triunfante en una Cruz.

Por eso he preferido en la Catedral de Burgos celebrar en el altar del Santo Cristo, que horroriza, pero atrae; que amedrenta, pero subyuga... que nos da cabal idea de lo que será el pecado, cuando ha hecho aquel... horror, del más bello de los hijos de los hombres.

## III

Cuando he dado gracias, he salido a tomar el desayuno a un café de la plaza del Espolón, pasando una vez más por debajo del arco de Santa María (que yo no sé por qué me parece el diseño de la puerta de la gloria) y he vuelto a la Catedral, si Catedral a secas puede llamarse este conjunto armónico de obras de arte de todo género: este compacto museo de incontables maravillas.

En todas las Catedrales que llevo visitadas, sobresale algo. Pero en esta de Burgos no sobresale nada. Es todo tan exquisito; tan acabado en su género, que lo último que se ve parece lo supremo que se lleva visto.

Y aquí de mis dudas: por qué lado es más hermosa: si por la Pellejería, con la Capilla del Condestable en primer término; en segundo, el cimborrio y en tercero, las filigranadas agujas: o si desde el Espolón, con las torres primero, el cimborrio después, y luego la Capilla del Condestable: si la puerta de la Coronería, que parecería transportada de León, si tuviese parteluz, si la de la

Pellejería, digna hermana de la del Hospital de Santa Cruz en la imperial Toledo... De la del Sarmental no se diga, porque es sin rival en su conjunto: ¡qué agujas! ¡qué rose-tón! ¡qué puerta y qué escalinata! Dan ganas de subirla de rodillas.

Y otra vez de mis dudas: por donde es más hermosa otra vez; si por fuera —de lo que queda hecha descripción, siquiera so-merísima—si por dentro, de lo que creo que no habrá pluma capaz de dar cabal idea: pues si peregrina es su puerta de la sacristía vieja, su retablo de la capilla de Santa Ana no se deja eclipsar ni aun por el mismo de la Cartuja; su nave de la Epístola no se puede comparar dignamente sino con la del Evangelio, y su nave central, mirada desde la tribuna del coro, no se parece a nada más que a sí misma; con su primorosa reja plateresca que apura el gusto, su altar mayor estupendo del más clásico Renacimiento castellano, y en el fondo sus polícromos ventanales irisándolo todo de reflejos nacarinos, igual la piedra que el hierro, el oro que la talla...

Nada diré de su puerta del claustro sino

que es digna de él, ni de la escalera de la Coronería que parece el acceso a un palacio de Venecia.

#### IV

Hay por allí una estatua sepulcral,—la del Obispo Cartagena—más que la cual, ya no es posible en el arte estatuario: desde el trenzado de los almohadones hasta las enguantadas y enjoyadas manos; desde el báculo que parece totalmente de argentería y no de piedra, a la mitra preciosa enriquecida de bordaduras y cabuchones... Creo que hasta allí se llega, pero que de allí no se pasa... Aquel alabastro es carne y telas y bordaduras y pasamanería y joyas... ¡Aquella es la verdad! La verdad petrificada.

Aunque si vamos a estatuas sepulcrales, todavía hay en la catedral burgalesa, entre la verja del coro y el facistol, la del Obispo don Mauricio, el amigo íntimo de San Fernando: de madera toda ella, revestida de láminas de bronce con esmaltes de Lemoche, a la altura artístico-arqueológica de la cual, pues es del siglo XIII, será difícil que haya otro ejemplar en el mundo.

¡Bien le pagó su amistad el Santo Rey,  
erigiéndole tan insuperable monumento!

¡Y habrá quien llame bárbaros a aquellos  
siglos!

## V

Perdónenme el sepulcro de Fuente Pela-  
yo de la capilla de Santa Ana y el del Ar-  
cediano Villegas, ejemplares ojivales de pri-  
mera magnitud, si no tengo para ellos más  
que un recuerdo: lo mismo que los relieves  
del trasaltar de Felipe de Borgoña que valen  
más, que si de oro fueran. ¡Qué calle de la  
Amargura!... ¡qué Calvario!... y sobre todo:  
¡qué Descendimiento de la cruz, con la Re-  
surrección y alguna de sus escenas como  
parte del asunto!

Me queda todavía muchísimo que ver y  
de que tomar apuntes. Me queda todavía,  
como quien no dice nada, la Capilla del  
Condestable; el magnificentísimo enterra-  
miento del gran Conde de Haro.

## VI

Si fuera posible que le dieran a uno alguna vez ganas de morirse, por el gusto de ser enterrado, sería desde luego aquí: a vista de esta página de arte sin rival; del lado allá de esa verja, mejor que la cual no la he visto ni en Toledo—no en balde es de Cristóbal de Andino—al lado ese retablo de Santa Ana, del gótico más germánico, y de ese otro de San Jerónimo, que si no fuera de Gaspar de Becerra, sería de Berruguete, y sobre todo: delante de ese otro altar plateresco, representando en su cuerpo bajo la Circuncisión y en su coronamiento el Calvario; ostentando en la línea central la Oración del Huerto, los Azotes y la Cruz a cuestas, todo ello del plateresco más elegante, entre las espiritadas nervaduras de un arco gótico, con estatuas ojivales dentro de filigranadas hornacinas.

Pues eche usted escusones colosales tallados en los muros y heraldos con las empresas de los Haro sobre la complicada archivolta... y con la Magdalena de Leonardo

de Vinci, el tríptico flamenco de Gerardo David... ¡una magnificencia, en fin, tan abrumadora, que para mí preferiría tal enterramiento a la misma cripta de Reyes del mismísimo Escorial!

He pasado, casi sin detenerme, por delante del sepulcro de don Gonzalo de Lerma... ¡son muchas cosas para saboreadas en tan poco tiempo! Así no se debe ver. Pero los señores Canónigos están al salir de coro y me urge quitarme de enmedio...

Voy a «dejar tarjeta» ante el arca de los restos de Rui Díaz de Vivar y a echar un rato de conversación en el claustro con la estatua de mi San Fernando de mi Sevilla, que ofrece el nupcial anillo a Doña Beatriz.

¡Gusta tanto cuando se anda expatriado, tropezarse con gente conocida! Y ahí es nada San Fernando, para quien tiene en Sevilla todo lo que más quiere...

Sevilla de mi Sevilla

Sevilla de mi consuelo:

¡Quien estuviera en Sevilla

Aunque durmiera en el suelo!



# LA CARTUJA

## I

Pocas ciudades de España, de la categoría de esta de Burgos, tendrán tan hermosa entrada.

Sale usted de la estación, y entra en un gran paseo sombreado de árboles hermosísimos, que desmienten lo de lo yermo de Castilla; paseo que se une, sin solución de continuidad, con el que lleva el nombre del héroe de la Guerra de la Independencia, inmortalizado por Goya, o sea el Empecinado. Y dejando a la izquierda el río Arlanzón y luego a la derecha el seminario de San José; aquí las Adoratrices y allí los Carmelitas Descalzos, cata otro nuevo paseo aún más hermoso—el paseo denominado de la Quinta—; atraviesa usted el puente de San Pablo y entra usted en la eterna calle de los

lujosos cafés y de los comercios; esa calle de todas las ciudades modernizadas, sólo que en lugar de llamarse de Sagasta o de Cánovas del Castillo se llama en Burgos calle Victoria.

En ella está el hotel que me han recomendado y a cuya puerta me apeo. Me asignan habitación en el principal con balcón a la calle, y me encierro a lavarme y asearme pues vengo sucio y ahumado como un fogonero...

«Alto dón es el agua:»  
dijo el poeta.—Y el jabón—añado yo.

## II

Son las cuatro y tres cuartos de la tarde—hora oficial—cuando he dado por terminada mi «toilette». Hago que me traigan de un café o nevería de la calle una granizada de limón, pues tengo la garganta como tenía la cara antes de lavarme, solo que la cara estaba sudorosa y la garganta reseca, y mientras despacho sorbo a sorbo el delicioso refrigerante, el cochero que me trajo de la estación y a quien cité a esta hora.....

—¿A dónde?

—A la Cartuja. Pero despacito, ¿sabe?... Hay que disfrutar de estos paseos famosísimos y de estas calles tan pulcras y aseñoradas. Por consiguiente arrea, cuando gustes...

Y por la carretera de la Quinta, bajo un túnel meramente de la verde ramazón de los pujantes árboles—no conozco ciudad de más arbolado—dejando atrás el arco de la Vieja, veo en lo alto de un montículo, destacarse de sobre el añil del cielo de levante, a manera de un imponente catafalco, la que después de todo lo es en verdad de los que, como diría el Apóstol, «muertos estáis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»: la Cartuja; ese cementerio en vida de esos monjes, mortificados como la penitencia y callados como el silencio, que hacen resucitar el ascetismo de la Tebaida con todas sus austeridades, para vivirlo en pleno siglo XX.

¡Dios mío! Si yo me tuviera que estar callado... ¡y para toda la vida!... ¡Qué arduo es para algunos el camino del cielo!

## III

Doy un tirón de una cuerda que pende junto a la puerta que da a la portería. Sale un lego que parece desprendido de un lienzo de Zurbarán, y besándome la mano, se me ofrece a mi talante.

—Si le parece, empezaremos por la iglesia.

Y abre, y entramos.

—Esta primera parte, para los fieles... Este, el coro de los legos (de estilo plateresco de lo más puro)... Este, el coro de los padres (primor de arte ojival)... Este, el enterramiento de los fundadores, Dios los tenga en su santo reino (el Rey don Juan II de Castilla y doña Isabel de Portugal, su consorte)... Ese, el sepulcro de su hijo el Infante don Alfonso (un sepulcro mural, de estatua orante, de esos aciertos de la época gótica que no tienen desperdicio) y el altar mayor—

¡Y me reconcilé para siempre con el gusto gótico!...

## IV

Figuraos un retablo de batea, limitado en sus flancos verticales por una cardina gótica, que más que obra de entalladores, parece brujerías de orfebres. Y en la parte superior, entre tablero y tablero, de la misma filigrana de los flancos, hasta seis hornacinas, de luengos y espiritados chapiteles, de que arrancan las nervaduras de la cúpula del ábside, entre esbeltos ventanales de polícro-mas vidrieras... Y en la parte central del retablo prodigioso, encerrado por un círculo de ángeles que me hacía recordar los círculos del *Paradiso* de la Divina Comedia; entre un Padre Eterno de tiara y un Espíritu Santo en forma de mancebo, con corona imperial que sostienen los brazos de una Cruz, un Cristo crucificado, de rigidez románica y delicadeza gótica, *per passionem crucis ejus gloria et honore coronatum*, como diría el Apóstol: coronado de toda esa gloria de ese retablo *único «quia occisus est»*: porque murió...

Con un relieve de la Oración del Huerto, y

otro de los Azotes; otro de la calle de la Amargura y otro del Descendimiento de la Cruz, todo ello dentro del círculo de los ángeles, todavía queda lugar para un pelícano, emblema del sacrificio: pelícano posado sobre la Cruz y cobijado por aéreo chapitel que corta el círculo, y se esfuma finísimo hasta el friso de encaje de la batea...

Monumento más completo a Jesucristo crucificado que el centro de ese altar de la Cartuja burgalesa, no es posible al arte de los hombres... ¡Más que esto, el Evangelio, y eso porque es divino!

Lo demás del retablo, con ser de la misma traza e idéntica factura, ya no es más que un retablo, siquiera sea digno de su centro; ese centro de grandiosidad y enrevesamiento de Apocalipsis, donde se ve ante todo y por encima de todo la gloria del Cordero. Con ser tan grande el altar, y a la vez que tan grande, tan complicado, no se ve en él más que el Cristo: muerto, pero glorioso, o glorioso porque fué muerto... *quia occisus est*, que es la frase que compendia todo el Apocalipsis...

## V

Y he salido de la iglesia sin querer ver ya nada más. Ni siquiera la capilla de San Bruno, con su hermoso retablo Renacimiento y la estatua del bienaventurado a que cuadra la sabida frase de—no habla, porque es cartujo—. Después de ver ese retablo mayor ya nada satisface.

Y besándole al lego el santo escapulario, fineza que ha alborotado su humildad hasta hacerle intentar besarme los pies, he salido de la Cartuja a la poética hora de ponerse el sol... pero de ponerse el sol del lado allá de Burgos, que se extiende a mis pies con todas las opacidades en que lo va dejando el crepúsculo.

El cielo es naranja y esmeralda y púrpura, pero naranja y esmeralda y púrpura luminosas, o sea vívido fuego... Las famosas agujas de la catedral, agudas como flechas y caladas como el encaje, más que torres «que desprecio al aire fueron», parecíanme copulines de incensario, por entre cuyos calados delicadísimos se veían fulgir las brasas para la incensación vespertina.

Y yo no sé si sería ilusión de mi mente, o sería realidad; pero yo veía hasta el humo, —quizás de alguna fábrica— ascender hasta el trono de Dios-Hombre, como tributo de culto de adoración al que, precisamente «por haber muerto» como el retablo de la Cartuja, «es digno de recibir Divinidad».

Y se me vino a los labios instintivamente: —suba, oh Cristo, hasta tí la adoración de todo el mundo redimido, como sube a tu presencia la humareda del incienso: *dirigatur, Domine, oratio mea, sicut incensum in conspectu tuo.* —

Y recé el Angelus.



# INTIMIDADES

## I

Burla burlando, la verdad es que llevo ya un mes fuera de casa, y que, a pesar de tantísimas hermosuras como llevo percibidas y de tantos buenos ratos como llevo disfrutados, empiezo ya a sentir un si es no es nostalgia de la tierra. ¡Tiran tanto la casa y el hogar, la familia y los amigos, que basta ahora no he saboreado toda la poesía de la copla:

Marinero sube al palo  
y dile a la madre mía  
que si se acuerda de un hijo  
que por los mares tenía.  
¿Se acordará de mí como yo de ella?...

## II

Ni es esto sólo, y vayan sinceridades con .

el público, ya que al público me debo como escritor, y más en este viaje que hago en su obsequio; aunque salí de Sevilla ño mal pertrechado de fondos para cuanto, prudentemente pensando, pudiera sobrevenirme, el caso es que llevo gastado un disparate, y temo que el bordón de peregrino, a que aludía Vicente Díez de Tejada, en uno de sus hechiceros artículos, honrosísimo para mí, se me vaya a trocar en «sable», que tan lejos ha estado siempre de mi sala de armas. Los hoteles son un pobre a la puerta, «diario todos los días». Los coches, de que no puede prescindir en modo alguno el que viaja, por algo son llamados el gusano roedor, y no digamos nada de las propinas que hay que dar hasta por persignarse... ¡Mozos de estación, cocheros, camareros de hoteles, cicerones!... ¡Dios os harte, que trabajillo le mando!

Pues dígame usted quién es el guapo que, después de un viaje como este, se presenta ante los suyos con las manos en el seno, sin llevar de recuerdo siquiera una fruslería a tantísimas personas como lo quieren a uno...

De aquí que haya tenido que comprar unos pocos de abanicos... otros tantos bolsos de mano, unos de mostacilla y otros cuantos de tisú, de oro (falsísimo desde luego, a fin de que parezca antiguo), unas cuantas pitilleras, y otras tantas corbatas... Nada entre dos platos ¿saben? Pero un puñado de duros, como si fuera de moscas.

Pues apunte usted el juego de breviaros que tuve que comprar en Salamanca. Un almirez con la cifra de los Reyes Católicos —una F y una I coronadas— que compré en Avila, y una herrada de cobre que se me antojó en Santander donde también he estado, lo mismo que en Covadonga, Santiago, Burgos... y una bacía de afeitar, de Talavera, antigua, que se me entró por los ojos en una tienda de antigüedades de Toledo, y que es uno de esos ejemplares de cerámica española, que acreditan la industria de una nación.

Hay que ver aquel blanco amarillento, sobre el que se destaca el verde limpidísimo de los árboles de la guardilla y los asuntos de montería que campean graciosísimos entre los árboles. ¡Si vieran qué león rampante

el que ocupa todo el fondo, con el obligado mote «¡BIVAMI DVEÑO!»

### III

Y a propósito de loza antigua, pues de algo hemos de ocuparnos. Cosa es que no me explico el retroceso en el arte. Bueno que no estanquemos y que no hagamos más de lo hecho hasta nosotros. Pero quedarnos atrás de nosotros mismos, retroceder de adonde llegamos, y avenirnos con nuestra decadencia, he aquí para mí un enigma en siglos de cultura.

¿Dónde han ido a parar las tonalidades metálicas de aquellos verdes, briosos y calientes como la esmeralda misma; la calidad de aquellos azules cobalto, de aquellos amarillos luminosos y de aquellos sienas traslúcidos... ¡aquella caricia, en fin, para los ojos de los antiguos Alcoras, Talaveras y Trianas!?

¿Haber venido a parar, después de todo esto, a las ñoñeces de la cerámica moderna, en que nada se funde y todo chilla, hasta el punto de que lo que no lastima los ojos es porque está destefido? Más que pinceladas

de color, irisañas por el fuego, paréceme recortes de percal, pegados con engrudo en recipientes de cartón sucio.

He oído decir—no sé si será verdad— que el negocio, que por algo se dice que no tiene entrañas, hace con las tierras o colores de la paleta cerámica, lo que se hace con el tabaco que nos traen de contrabando de Gibraltar—, que primero le extraen la nicotina para los tintes y después al mercado: extraer a esas tierras los metales ricos, la plata, el cobre, el plomo, el estaño, y entregarlas al comercio, para que éste provea a la industria, dando por resultado todo ello esos naranjas, limón; y esos azules, grises; esos verdes, sin valores, y esos sienas, desteñidos, como chocolate aguado.

Como me lo contaron te lo cuento. Pero algo tendrá el agua cuando la bendicen, y algo tendrán—o mejor, «no tendrán» esas materias primas, cuando igualmente fundidas en el horno por el fuego, producen un efecto tan distinto. ¡Porque mira que es mate; porque mira que es deslavazado, porque mira que es sin gracia todo lo de la cerámica de nuestros días!

¡Con qué gusto visitaría la colección de Talavera antigua que posee en su palacio de la calle Quintana la infanta Isabel... que me dejaran un rato solo... ¡y que no hubiera en el decálogo tal séptimo mandamiento!!

Y basta de cerámica.

#### IV

Extenuado de bolsa y «amorrinado» de espíritu, también el hermano estómago está empezando a protestar de tanto comistrajo, como nos suelen dar por esos hoteles.

No diré yo—Dios me libre—que hagan con las carnes lo que con las tierras de la cerámica: primero extraerles la sustancia alimenticia y luego después servirías con salsa de tomate...; pero cada lonja de carne en salsa, ora con «champignon», ora de habichuelas o con guisantes, no sé por qué me recuerda el «honestum mendacium» (honestamente mentira) de la moral ciceroniana.

Crean que estoy de pescado con salsa mayonesa hasta los pelos; y si es de riñones salteados—no he visto cosa más seguida—y de pollo al horno, hasta los mismos pe-

los de los pelos... Mentira me parece que voy a volver a mi patriarcal cocido y a mis croquetas «de primera intención» y no de rebusco; a mi pescadito aliñado y a mi ensalada como el café del otro (1); a mi flan hecho en casa y a mi dulce de cabello de ángel, regalo de las monjas por la plática de reja... a todo, en fin, lo que se come en las casas de la clase media, que es mi clase; o sea, ese bendito «pan nuestro de cada día», que tan rico nos sabe, cuando lo hemos ganado honradamente y tenemos con quienes compartirlo... después de haber sido bendecido por la mano de una madre...

Marinero sube al palo  
y dile a la madre mía  
que si se acuerda de un hijo  
que por las mares tenía.

---

(1) Habían ido del pueblo a la capital, a no sé que asunto, y entraron en un café. Se sentaron en torno de una mesa, y he aquí el mozo acudiendo a las palmadas, muy diligente.

- ¿Qué va a ser?—preguntó.  
—Café... ¿u queréis algo má?...  
—Si; café—dijo uno.

- Café.  
—Café—añadieron los otros, al unísono.  
(El mozo, de uno en uno.)  
—¿Usted?  
—Con un rocioncillo de aguardiente.  
—¿Usted?...  
—Con leche.  
—¿Usted?...  
—Yo, solo.  
—¿Usted?...  
—Migao.

Así a mí, pecador, me gusta la ensalada... Ordinario, pero histórico.



# CARTAS BOCA ARRIBA

## I

Lo que las termas de Caracalla para los desocupados patricios de la vieja Roma, era para los desocupados de mi pueblo, cuando yo me criaba, la puerta de la posada del Francés: un lugar de reunión y parloteo, donde, en torno de la tribuna al aire libre de un orador, casi siempre murmurador y maldiciente, se agrupaban cuantos se aburrían en sus respectivos domicilios, para llevar a cabo la trascendental tarea archiespañola de «matar el tiempo».

Ni que decir tiene que, habiendo cazadores en el concurso, el tema cacerías era uno de los que pasaban revista diariamente; sobre todo cuando entraba en docena un maestro zapatero, cazador empedernido, a quien llamaba la gente culta «Terror de os

campos», más que por lo que mataba, que no era poco, por lo que solía exagerar, tanto en el número de las piezas como en los mil incidentes cinegéticos, rayanos muchas veces, no ya en lo inverosímil, sino en lo absurdo.

## II

Y lo que toca aquel día había estado... ¡vaya!, estupendo.

Había colgado el pájaro de un olivo, y al instante, ¡cuchichí!, ¡cuchichí!... y el pajolero campo, sin responder...

Pues, señor: que a eso de los diez minutos de cuchichí, cuchichí, ¡un macho como una pava, entrándole por el lado de los Majanos!... Va a apuntar —y hacia ademán de ello—, y otro pájaro entrándole de la banda de la Cañada-Honda, persiguiendo a la hembra, fascinado el animalito por el reclamo, que seguía, cuchichí, cuchichí, cada vez más artero..., más tunante...

Pues dijéranle ustedes qué hacía, con tres piezas en el ruedo, y sólo una escopeta, aunque de dos cañones..., sino contener el

aliento, a ver si podía hacer carambola..., y... ¡tatel, dos de ellos enfilados que ni en pintura, y ¡¡cataplúm!!!, que dejo fritos al macho y a la hembra de la Cañada-Honda..., y el macho de los Majanos tendiendo el vuelo, y ¡¡cataplúm!!!, ¡otro tiro, que le hizo caer redondo encimita mismo del reclamo!..

Pues, señor: que se repone mi hombre—mi hombre era el reclamo—del susto del golpetazo sobre la jaula, y otra vez cuchichí, cuchichí, como si estuviera a jornal el animalito...

Otro par de cartuchos en la escopeta, ¡y un bando por el lado del Coto-Gelo!...—¿Qué hago, madre mía del Rocío?... ¡Pues que sea lo que Dios quiera!... Y apunté. Descerrajé el primer tiro y barrí ¡cuatro!... y disparo el segundo, claro que al vuelo, y... ¡uno cayendo frito!, ¡pero frito!, y dos, ali-cortados! ¡¡una tarde de primera!!

## III

Oía la narración Currillo el tuerto, a quien llamaban Tartaja, por su tartamudez contumacísima, sin haber ni medio pestañeado durante todo el discurso. El espectáculo de lo sublime hace enmudecer, y aquello lo era realmente.

Y clavando en el narrador su ojo de Longinos, le dirigió esta pregunta, rascándose la cabeza:

Gu... gu... güeno... ¿Y e... e... en... to... ton... ce... i... i... is... peeer... taste? ¿...?

Y la carcajada padre en todo el auditorio, y el mejor comentario a la desatentada inventiva de «Terror de os campos.»

## IV

Pues, *gu... gu... güeno*, mis amados lectores: ¡yo también *ispierto* ahora!... El viaje de incógnito con que os he entretenido no ha sido más que un sueño en el patio de esta vuestra casa.

En vez de dormir la siesta, me echaba a soñar. Y con unos cuantos bloques de postales a la vista y unos ratos de conversación con unos cuantos amigos, conocedores de las ciudades que yo no conocía de por mí, me he hecho este libro.

Ha sido una diablura, lo comprendo. Pero una diablura de no mal gusto, puesto que se lo he dado a los lectores, a juzgar por las cartas con que me han honrado; los unos, agradeciendo los piropos de su tierra y los otros instándome a que me pase por los puntos de donde me escriben, seguros de que habría de hallar abundante materia para el piropo y el ditirambo.

Conste que les agradezco hasta la infinitud el hospedaje que algunos me han ofrecido y el oficio de cicerone con que muchos se me han brindado... Ahora comprenderán la razón de lo impenetable de mi incógnito y de lo a rajatabla de mi silencio.

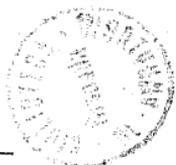
Y allá va una contestación a los que como «Armando Ruino», repórter de «El Castellano» de Toledo, me han buscado por los hoteles, como quien busca a un hijo en Salamanca; lo primero que tiene que ha-

cer el que viaja de «incógnito» de verdad es dejar en su casa su nombre de pila y velar con un seudónimo el por que lo conoce todo el mundo. ¿Por qué no he de llamarme Juan Bautista y Muñoz?... Ya ven qué cosa tan fácil, y hasta tan dentro de la verdad.

¿Profesión?... ¿Cuál más honrosa que profesor del Seminario de Sevilla? ¡Todo el trabajo que a mí me dieran, fuera no dejar de mí más rastro en un viaje que el que deja en la atmósfera el aerolito que la cruza en la serena noche del estío!... Aparte media docena de prebendados de esta Santa Iglesia, que han andado de veraneo por sus tierras de Castilla, no me conoce nadie por mi cara... Nadie, pues, en mejores condiciones para un viaje de incógnito.

## V

Ahora bien, que como todo tiene su contra en este mundo, el mentir — siquiera sea literariamente — también la tiene, y mucha. ¿Quién es el guapo que va a crearme el día en que se me ocurra viajar de verdad, para



escribir? Voy a tener que llevarme un notario en la maleta para que levante acta.

Menos mal que, entusiasta admirador del padre Quieto, posible es que no me dé el naípe por viajar, y que con esta, mi «primera salida», me dé por satisfecho para ciento un día. Ni siquiera para atiborrarse de arte es preciso moverse de su casa; mientras haya buenas fotografías que estudiar, guías de ferrocarriles, planos de carreteras, y hasta cuentas de hoteles, que han sido toda mi documentación para esta mi novela de peregrino.....

## VI

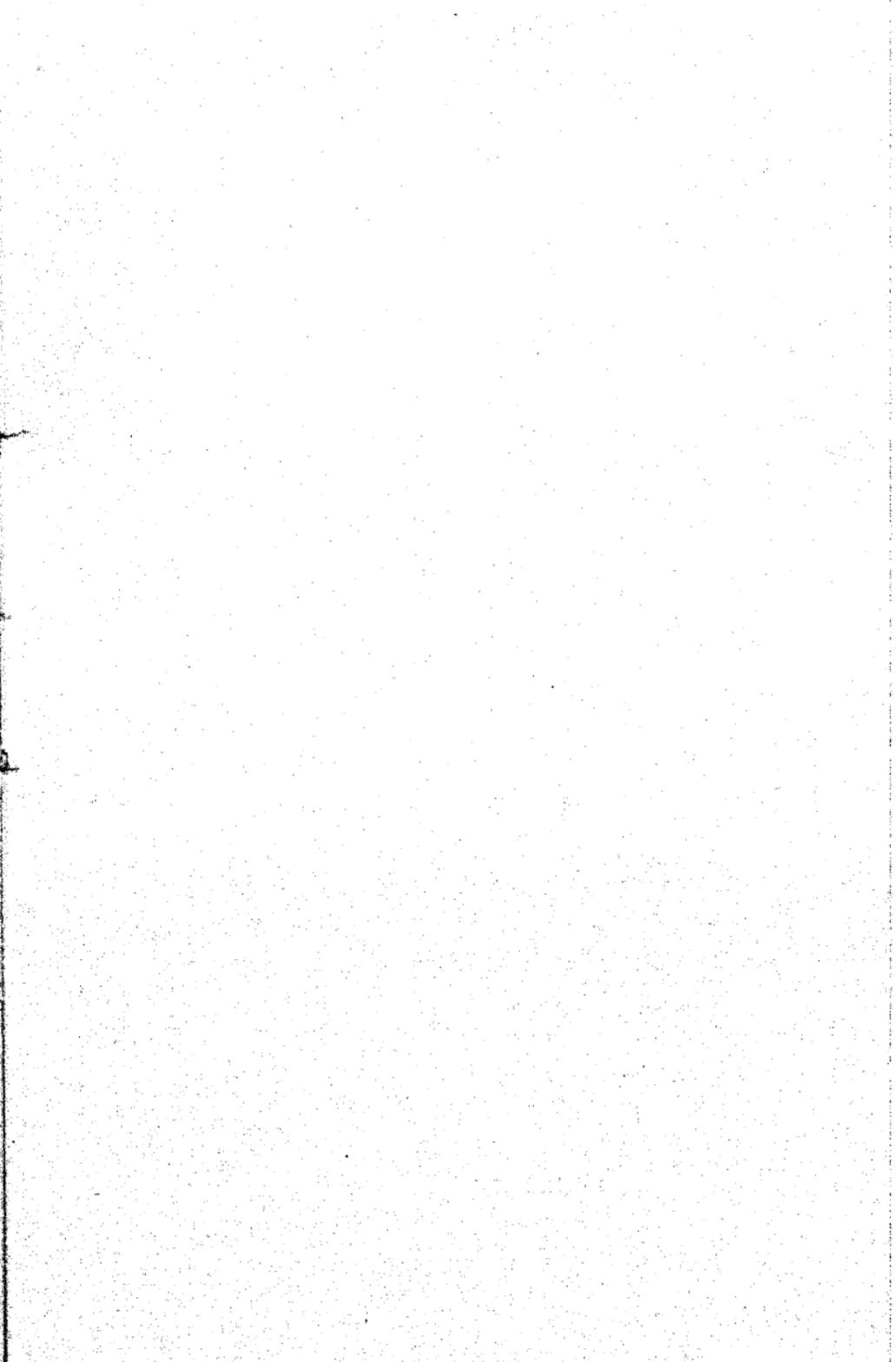
Y ahora, a mis «históricos» otra vez y a lo que vaya encartando, pues la vida, que es mi libro, tiene muchas facetas y cada faceta es un inagotable foco de cambiantes... Todo menos tronchar la pluma, que es mi segunda naturaleza, ni dejar de comunicarme frecuentemente con amigos como vosotros, que tanto parecéis estimarme, y a quienes, resueltamente, retetantísimo quiero.

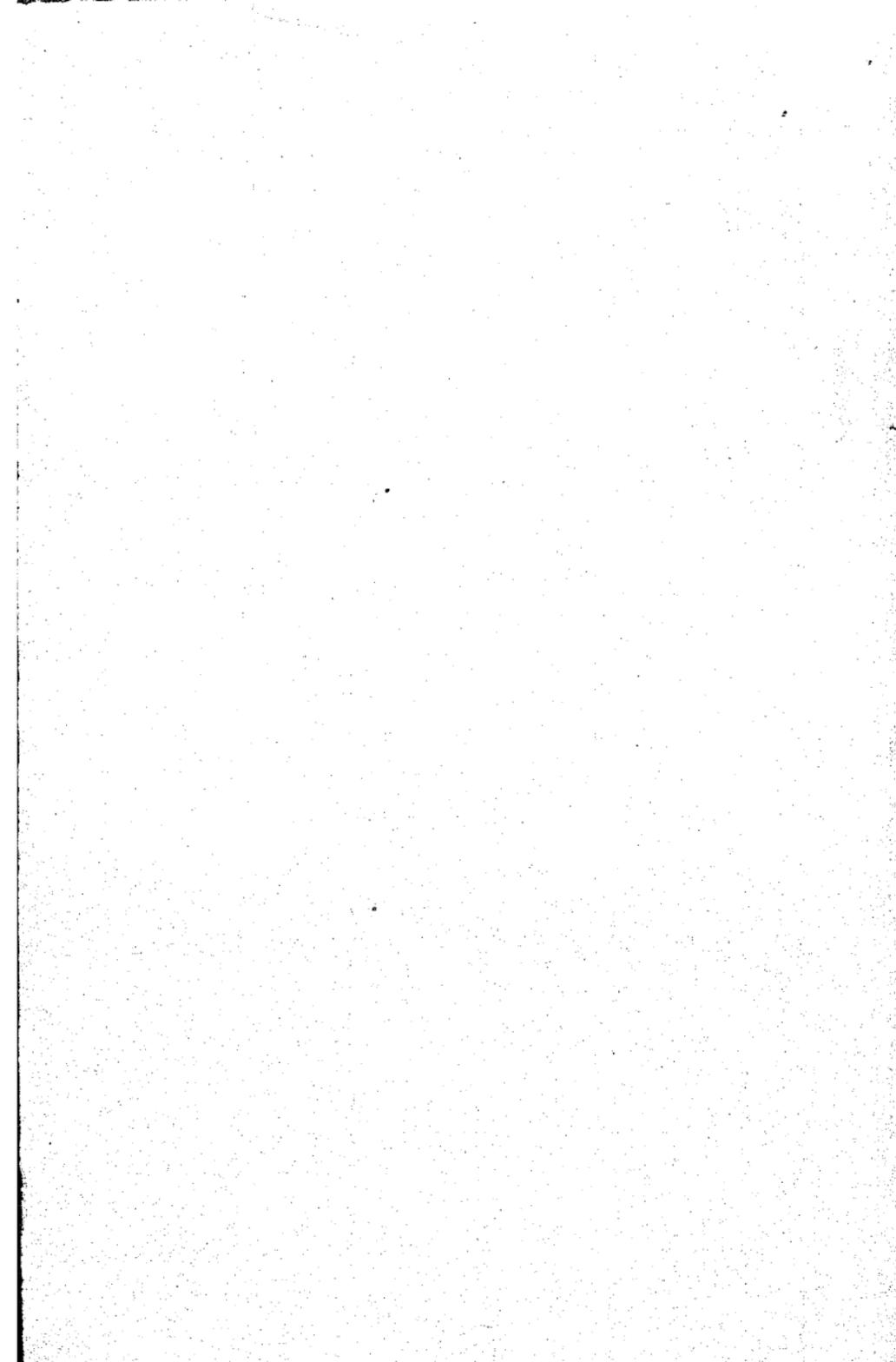
Muy malo habría de ser—y no lo soy—si así no fuera.

Conque absuelto del pecado de mentira ¿no es verdad?

¡Hombre, sí! ¡Siquiera por faltarle el requisito «cum intentione fallendi», intención de engañar, pues a la vez que el pecado, si no antes, concebí el firme propósito de esta confesión en público!

**FIN**





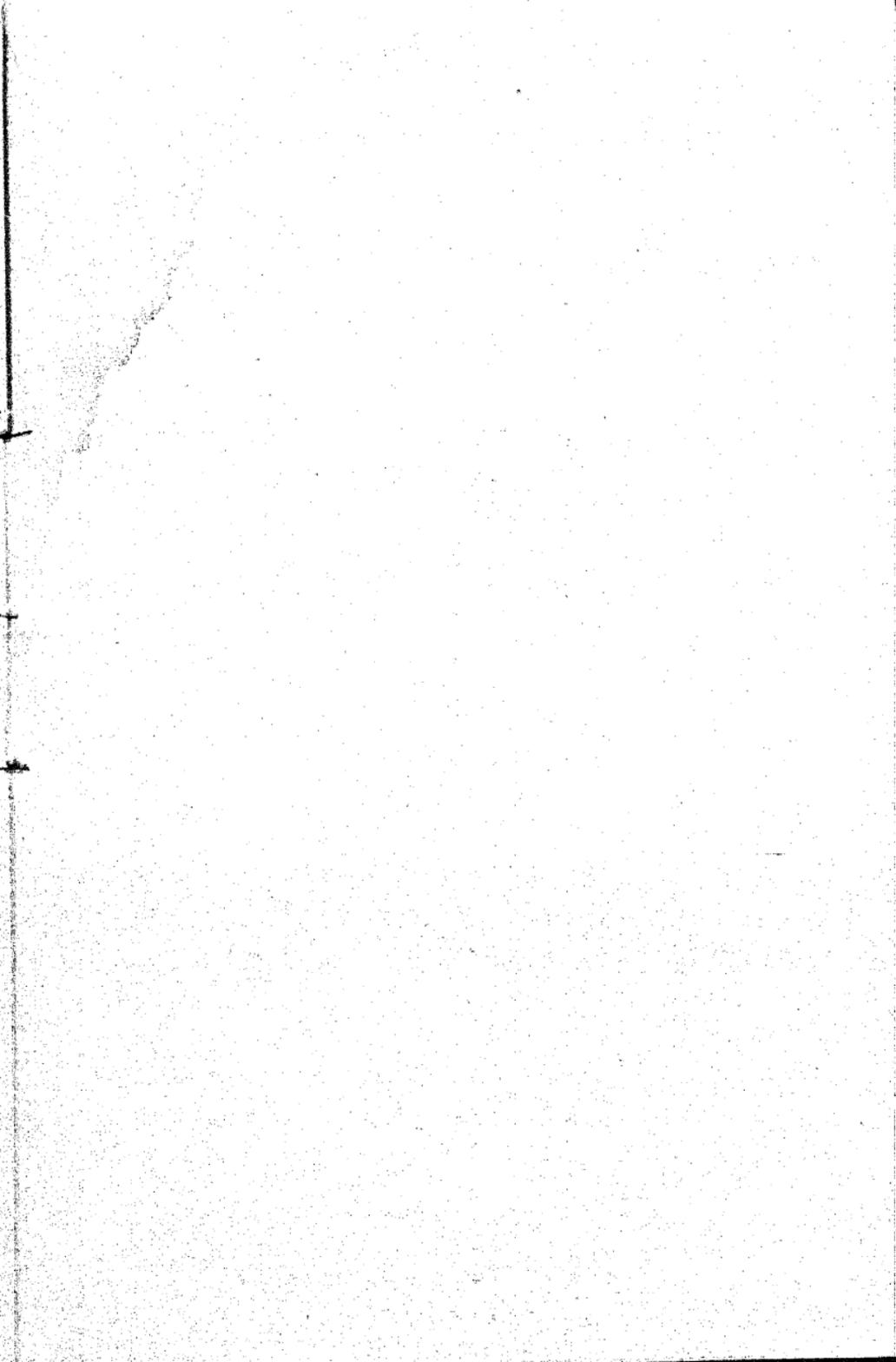
# ÍNDICE

---

	<u>Páginas</u>
«Alea jacta est». . . . .	5
Preparativos . . . . .	13
La Mezquita . . . . .	21
Parada y fonda . . . . .	29
Adiós incógnito . . . . .	37
El entierro del Conde de Orgaz . . . .	45
«Trapos» sublimes. . . . .	53
Alta Toletum. . . . .	61
La Familia de Carlos IV. . . . .	69
Las «Meninas» . . . . .	77
El Escorial . . . . .	85
La Virgen española. . . . .	93

	<u>Páginas</u>
Avila. . . . .	99
Domus Aurea . . . . .	107
Charras Salmantinas . . . . .	115
Puro de incógnito . . . . .	123
Palencia . . . . .	131
La Iglesia de San Pablo. . . . .	139
Pulchra leonina. . . . .	147
El Maestrazo. . . . .	155
Miraculum naturae . . . . .	163
«Bien» «Bien» «Bien» . . . . .	171
Paisaje . . . . .	179
Montes excelsos . . . . .	187
El pórtico de la gloria . . . . .	197
Carreteras . . . . .	207
Caput Castellae . . . . .	215
La Cartuja. . . . .	223
Intimidades . . . . .	231
Cartas boca arriba . . . . .	239







## OBRAS DEL AUTOR

---

- ORO DE LEY. 4 PTAS.  
MANSEDUMBRE. 4 PTAS.  
PACO GÓNGORA. 4 PTAS.  
JAVIER DE MIRANDA. 4 PTAS.  
LA MILLONA. 4 PTAS.  
JUEGOS FLORALES. 4 PTAS.  
TEMPLE DE ACERO. 4 PTAS.  
EL BUEN PAÑO... 4 PTAS.  
DELICIAS VERANIEGAS. 4 PTAS.  
JUSTA Y RUFINA. 3 PTAS.  
COLORÍN COLORAO. 3 PTAS.  
DE GUANTE BLANCO. 3 PTAS.  
EN EL CIELO DE LA TIERRA. 3 PTAS.  
CRUZ Y CLAVELES. 3 PTAS.  
HISTORIA CONTEMPORÁNEA. 3 PTAS.  
EL NIÑO DE NAZARET. 2 PTAS.  
JESUCRISTO Y LA BELLEZA. 2 PTAS.  
MEDIA PAVA. 1 PTA.  
EXPOSICIÓN DE MUÑECAS. 1 PTA.  
AMOR POSTAL. 1 PTA.  
LA BLANCA PALOMA. 1 PTA.  
LUCHA DE HUMOS. 1 PTA.  
EL SANTO CRISTO DE LIMPIAS. 1 PTA.  
GÜENAVENTURAS. 1 PTA.